

- Argentina \$ 9

puentes

año 3 - número 10 - agosto 2003

UN HORIZONTE DE JUSTICIA

Para el nuevo gobierno del presidente Néstor Kirchner no es posible una Argentina sobre las bases de la impunidad. La nulidad de las leyes del perdón y otros desafíos que impone el presente. **Escriben: Alfredo Pucciarelli, Juan Carlos Torre, Ricardo Sidicaro, Sandra Russo y Alejandro Schneider.**



Dossier de literatura y memoria. Por Miguel Dalmaroni, Mario Goloboff, María Malusardi y Rossana Noffal.

Dossier 25 años de resistencia. Historia de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

sumario

4. “El problema de la impunidad es un tema fundacional para la nueva Argentina”, por Alejandra Correa.
10. Ceder la dama, por Alfredo R. Pucciarelli. **15.** La apuesta del nuevo presidente, por Juan Carlos Torre.
18. Del rey desnudo al traje cruzado, por Sandra Russo. **20.** El legado de los 70, por Alejandro Schneider. **23.** Una ciudadanía cada vez más reflexiva, por Ricardo Sidicaro. **26.** Memorias de la resistencia, por Mauricio Tenembaum. **30.** La sociedad de lo descartable, Ricardo Antunes. **34.** “Se trata de armar un pasado posible”, por Horacio Pietragalla. **38.** Reescrituras del pasado, dossier de Literatura y memoria.
40. Madres e hijos en la poesía de Gelman, por Miguel Dalmaroni. **48.** Los conjuros contra el horror, María Malusardi. **52.** Una máquina desmontable, por Rosana Noffal. **56.** Memorias de la lluvia, por Mario Goloboff. **63.** Al maestro, con cariño, por Diego Díaz y Hugo Cañón. **66.** Aprender del pasado. **68.** Comisión por la Memoria. **70.** Biblioteca. **71.** Historia de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, por Diego Díaz.



El nuevo gobierno y la lucha por la Verdad y la Justicia

“La impunidad es un problema fundacional para la nueva Argentina”

por Alejandra Correa

fotos Víctor Bugge



En sus primeros sesenta días de gobierno, el presidente Néstor Kirchner propició una serie de medidas con respecto al tema de los Derechos Humanos. El pase a retiro de la cúpula militar, con Ricardo Brinzoni a la cabeza, la renovación de los jefes de las Fuerzas Armadas, la derogación del decreto que impide la extradición de los máximos responsables del plan represivo de la última dictadura, y la posible nulidad de las leyes de impunidad, son los primeros pasos que prometen transitar un nuevo mapa donde la memoria no quede excluida de las acciones de gobierno. En una audiencia con el presidente Néstor Kirchner, la Comisión por la Memoria dialogó sobre estos y otros temas de la agenda política.

En este número de Puentes, diversos autores analizan las claves para comprender el futuro.

El documento enumera los principales temas que la Comisión Provincial por la Memoria considera vitales para establecer las bases firmes para un nuevo proyecto democrático. Fue entregado al Presidente Néstor Kirchner el 7 de agosto, en una audiencia en que los miembros de la Comisión que presiden Estela Carlotto y Adolfo Pérez Esquivel, se sentaron a dialogar con el nuevo jefe de gobierno en el Salón Sur de la Casa Rosada.

En la charla se fueron recorriendo cada uno de los temas, en forma distendida, con respuestas concretas por parte del presidente. A su lado, el Jefe de Gabinete, Alberto Fernández; el Ministro del Interior, Aníbal Fernández, y el Secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, aportaron opiniones y, a la vez, escucharon cada una de las propuestas.

Los "viejos deseos" de justicia

Uno de esos puntos señala la importancia de impulsar la nulidad de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, sin que eso signifique alguna nueva forma de perdón a los delitos cometidos por los represores durante la última dictadura militar.

En este tema, fueron concluyentes las palabras del Jefe de Gabinete en la conferencia de prensa que se llevó a cabo al término de la reunión, que no hicieron más que subrayar lo que transmitió Kirchner: "El presidente, y quienes estamos en su gobierno, pensamos que sólo a través de la justicia se puede recuperar la verdad; no creemos que una sociedad pueda funcionar sobre las bases de la impunidad y el olvido. El presidente Kirchner ha asumido su responsabilidad en el mismo instante en que derogó el decreto del ex presidente De la Rúa que impedía la extradición a las personas involucradas en hechos aberrantes durante la dictadura. La responsabilidad del gobierno es la de no favorecer la impunidad. La presencia de la Comisión por la Memoria nos compromete mucho más en el deseo del gobierno de que la Argentina se encauce de una vez y para siempre en la senda de la verdad y la justicia. Estamos convencidos de que por este camino deberemos andar los argentinos para lograr que las generaciones futuras vivan con tranquilidad. La impunidad es un problema fundacional para la nueva Argentina y nosotros tenemos una posición tomada. Es público y notorio lo que pensamos y creemos que se debe hacer."

Sobre este punto, Estela Carlotto señaló que la reunión había sido sumamente importante y que la Comisión había hecho un expreso reconocimiento a las medidas del actual gobierno, que estaba cumpliendo con "viejos deseos" de los organismos de Derechos Humanos que vienen bregando por el fin de la impunidad, por la verdad y la justicia. En este sentido, dijo: "Vemos acciones concretas, positivas y efectivas y seguiremos aplaudien-

"El presidente, y quienes estamos en su gobierno, pensamos que sólo a través de la justicia se puede recuperar la verdad. No creemos que una sociedad pueda funcionar sobre las bases de la impunidad y el olvido. La presencia de la Comisión por la Memoria nos compromete mucho más en el deseo del gobierno de que la Argentina se encauce de una vez y para siempre en la senda de la verdad y la justicia. Estamos convencidos de que por este camino deberemos andar", señaló el Jefe de Gabinete, Alberto Fernández.

do como hasta ahora las medidas que el gobierno tome en este camino y nos ponemos a disposición para cooperar en todo lo que el Estado necesite de cada uno de nosotros."

Por su parte, el vicepresidente de la Comisión, el fiscal Hugo Cañón, señaló que además de ofrecer colaboración, "nos comprometimos con el jefe de gobierno para trabajar con los legisladores, ante el Congreso Nacional, para que las leyes de impunidad puedan anularse, ya que son contrarias a la Constitución Nacional y en su origen son nulas en forma insalvable."

Adolfo Pérez Esquivel, por su parte, se refirió a otro de los puntos tratados en la reunión: los derechos económicos y sociales ya que, según reafirmó, la mirada sobre el pasado no debe eludir la atención que se debe prestar al presente.

"Hemos planteado la situación de pobreza, donde se violan desde hace años los derechos económicos y sociales de una gran parte de la población. Con relación a este tema hemos planteado también la situación de los detenidos y procesados durante las protestas en cortes de ruta. Y también nos referimos a poder avanzar sobre los temas relacionados con la seguridad", enumeró el Premio Nobel de la Paz.

Archivos y educación

Entre los puntos que se tocaron, la Comisión puso especial énfasis en el tema de la apertura de nuevos archivos de la represión, a nivel nacional. Se puso a disposición del gobierno la experiencia acumulada en los últimos años de trabajo con los Archivos de Inteligencia de la Policía Bonaerense, de los que la Comisión es depositaria por ley y que actualmente se encuentran en proceso de digitalización. En la reunión, el propio Presidente aseguró que no existirán impedimentos para que se pueda avanzar sobre este ítem.

Un párrafo aparte mereció el tema de la Educación. En este sentido el documento que quedó en poder del Presiden-



La audiencia. Los miembros de la Comisión por la Memoria plantearon diversos temas sobre el futuro de la Argentina.

te señalaba además la necesidad de “coordinar políticas públicas que tiendan a rescatar la memoria, fundamentalmente con la mirada puesta en los jóvenes y generaciones por venir, haciendo hincapié en la educación y la cultura”. El fiscal de Bahía Blanca, Hugo Cañón, aseguró al término de la reunión: “Ofrecimos colaboración en este punto porque consideramos que se trata de un tema importantísimo pensando en el futuro. Es un tema en el que la Comisión viene trabajando desde hace varios años. El Presidente instrumentó los mecanismos para que estos aportes que podamos realizar se puedan canalizar a través del Ministerio de Educación”, señaló Hugo Cañón.

Las instancias judiciales

El documento firmado por todos los miembros de la Comisión dejó sentada la adhesión a la postulación de Eugenio Zaffaroni para integrar la Corte Suprema de Justicia y solicitó “especial protección” para funcionarios judiciales que sufren persecuciones, presiones o amenazas. Tales los casos de Miguel Ángel Ambrosio y Guillermo Marrijuán, fiscal y secretario respectivamente del juicio de

extradición que tramita el juzgado federal a cargo de Rodolfo Canicoba Corral.

En otro párrafo también se le informó al gobierno de la necesidad de contar con un aval a un proyecto de ley para dar cumplimiento al compromiso ante el Comité Interamericano de Derechos Humanos en el caso de Lapacó, por el cual se estableció el funcionamiento de los Juicios por la Verdad, dando especial atención y preferencia a las víctimas y organismo de Derechos Humanos en la determinación de competencias. Finalmente, los miembros de la Comisión concluyeron en la importancia del trabajo conjunto y que en este camino a recorrer ahora están más cerca de ver cumplido su reclamo de justicia y verdad.

Todo indicara que el nuevo gobierno se propone reescribir el pasado volviendo sobre un diseño donde la impunidad ocupó el centro de la escena.

Del éxito de esta nueva página depende la posibilidad de que todos aquellos que han sostenido a la memoria como una bandera de lucha sientan que ahora tienen un gobierno dispuesto a escucharlos traduciendo, sus pedidos en acciones concretas.

Veintisiete años más tarde

Un repaso por las principales medidas que el gobierno ha tomado en materia de Derechos Humanos en tan solo dos meses permiten delinear un nuevo mapa.

Días antes de las elecciones, la Comisión por la Memoria realizó una serie de preguntas a los candidatos a presidente para conocer sus plataformas en temas como la nulidad de las leyes de impunidad, el rol de las Fuerzas Armadas y de Seguridad y la Corte Suprema. Entonces, el candidato Néstor Kirchner respondió:

- Sobre las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final: "Coincidió con el pedido de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y la actual postura del Gobierno de apoyar las resoluciones judiciales sobre la nulidad de esas leyes".

- Sobre el tema de la Corte Suprema: "No puede haber gobernabilidad con impunidad o sin un funcionamiento sano y republicano de los poderes del Estado. El accionar de la Corte se asemeja al de las corporaciones cuasi mafiosas. Es una vergüenza que uno de los poderes del Estado utilice la extorsión como método de presión frente al Congreso y al Ejecutivo."

- Sobre la intervención de las Fuerzas Armadas en seguridad interior: "Cuando escucho posiciones que plantean pacificar al país con las Fuerzas Armadas en las calles, me causa una profunda preocupación. La ley de seguridad interior marca la separación de las funciones militares de la Defensa de las de Seguridad Interior. Las Fuerzas Armadas dentro de la Constitución antes que dentro del país."

El mismo día de la asunción del nuevo presidente, el 25 de mayo pasado, ya era un secreto a voces que la primera medida de su gobierno sería el pase a retiro de la cúpula de las Fuerzas Armadas, pasando a retiro a 27 generales, 13 almirantes y 12 brigadieres. El corte generacional era el dato decisivo: no se ascendía a ningún militar comprometido en la represión.

Tres días más tarde pasaba a retiro el teniente general Ricardo Brinzoni —quien está imputado por ser secretario en la intervención del Chaco, cuando se produjo la masacre de Margarita Belén—. Fue reemplazado por el general Roberto Bendini.

El 3 de junio, Néstor Kirchner recibió por primera vez a representantes de Abuelas de Plaza de Mayo, Madres Línea Fundadora, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, el Centro de Estudios Legales y Sociales, Familiares, la Liga

Argentina por los Derechos del Hombre, el Movimiento Ecuemínico por los Derechos Humanos y el Servicio de Paz y Justicia. Estela Carlotta, Adolfo Pérez Esquivel, el pastor José De Luca, Rosa Roinsimblit y Gustavo Palmieri fueron algunos de los representantes de dichos organismos de Derechos Humanos ante quienes se comprometió a impedir la represión de la protesta social, a no otorgarle a las Fuerzas Armadas responsabilidades sobre la seguridad interior, a consultar los antecedentes de los policías y a modificar los operativos de seguridad en las manifestaciones. Los organismos presentaron un documento en el que además figuraban los siguientes temas:

- Que el Estado Nacional no firme con Estados Unidos los acuerdos de impunidad que ese país viene impulsando para excluir a sus ciudadanos del Tribunal Penal Internacional.

- Derogación del decreto que dispuso el rechazo de todos los pedidos de extradición de militares acusados por tribunales extranjeros.

- Rechazo al proyecto de ley antiterrorista promovido por el senador Miguel Ángel Pichetto, que habilita a los militares a hacer seguridad interior, abriendo así la puerta para que repriman el conflicto y la protesta social con la excusa de la guerra al terrorismo.

- Los organismos expresaron su preocupación por la reiteración de prácticas militares conjuntas —mayoritariamente de fuerzas norteamericanas— en la Argentina.

El 7 de julio, el presidente Néstor Kirchner pronunció un discurso destinado a marcar un punto de inflexión en la relación entre el poder político y las Fuerzas Armadas. "Combatir la impunidad es una manera de incrementar la calidad institucional", sostuvo en la cena de camaradería realizada en el círculo de la Fuerza Aérea, la cita anual que reúne a los funcionarios del Gobierno con la cúpula de las tres armas. El Presidente no sólo eligió no pasar por alto, como lo hicieron sus antecesores en el cargo, el espinoso tema de las consecuencias de la represión ilegal llevada a cabo durante la dictadura, sino que lo planteó como eje de su mensaje. Kirchner propuso la búsqueda de la verdad como forma de reencuentro entre los argentinos. "Pero el reencuentro no puede venir desde el silencio o la complicidad", advirtió.

"No podemos hacernos cargo de los momentos doloro-



El tema militar. La primera acción del gobierno fue relevar a la cúpula de las Fuerzas Armadas.

sos de la historia reciente de nuestra patria sin contribuir a la verdad. Fue doloroso que nos enfrentáramos entre argentinos, debemos encontrar un punto de reencuentro que nos ayude a superar esa triste historia, y no tenemos otros veinte años para hacerlo", subrayó Kirchner.

Mientras el 22 de julio, la Cámara Federal de Resistencia dejó libres a los diez militares acusados del fusilamiento de 22 presos políticos en diciembre del 76, en la llamada Masacre de Margarita Belén, y le quitó la competencia al juez Skidelsky, al día siguiente España envía los pedidos de detención de los 46 militares argentinos acusados de genocidio, terrorismo y torturas y el Gobierno se ve empujado a decidir qué hacer con los decretos que rechazan la extradición de represores.

La oficina de Interpol se comunicó con el juez de turno, Rodolfo Canicoba Corral, para explicarle que ya estaban en el país los reclamos de arresto contra Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Alfredo Astiz, Antonio Domingo Bussi y otros 42 militares, paso previo a los pedidos de extradición.

En realidad, el Gobierno preferiría que los militares sean juzgados en el país, pero como la Corte Suprema todavía no definió si anulará las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que traban los procesos en Argentina, la extradición aparece como el camino más certero para el juzgamiento de los responsables del terrorismo de Estado.

La imposibilidad del traslado a Madrid sólo pesa para los militares que aún están siendo juzgados en la Argentina.

El 24 de julio, el juez federal Rodolfo Canicoba Corral ordena

la detención de 45 militares y un civil procesados por su par español Baltasar Garzón. En la orden figuran ocho militares que ya están presos por robo de bebés o desaparición de personas: los dictadores Jorge Rafael Videla y Emilio Eduardo Massera, el ex jefe del primer cuerpo del Ejército Carlos Guillermo Suárez Mason; el ex jefe de la Armada Rubén Oscar Franco y los represores de la Escuela de Mecánica de la Armada Jorge Eduardo Acosta, Jorge Enrique Perrén, Juan Carlos Rolón y Héctor Antonio Febres. Estos acusados quedarán a disposición conjunta de Canicoba Corral y el juzgado que los había arrestado anteriormente. Sin embargo, es predecible que no prosperen los pedidos de extradiciones de quienes están siendo juzgados en el país.

Garzón también ordenó el arresto del abogado Gonzalo Torres de Tolosa, único civil requerido, quien presentó una querrela contra el juez español y el canciller Rafael Bielsa. Ayer también hizo llegar un escrito al juzgado en el que reclamó la nulidad de las órdenes de captura. Este hombre fue incriminado por el ex marino Adolfo Scilingo en su testimonio y, aunque él negó haber participado de un "vuelo de la muerte", reconoció en una entrevista publicada por la revista Noticias que, durante la última dictadura, visitaba la ESMA "dos veces por semana".

Los ex comandantes del primer cuerpo del Ejército Jorge Olivera Rovere y Juan Carlos Ricardo Trimarco, los ex jefes de la Armada Armando Lambruschini y Jorge Isaac Anaya y el ex jefe de la Fuerza Aérea Basilio Lami Dozo, también figuran en la lista, junto con el represor prófugo Jorge Vil-doza, Astiz, Bussi y otros 29 militares.

¿Ceder la dama?

por Alfredo R. Pucciarelli

fotos Patricio Pidal

¿Terminará, como dice Kirchner, el “toma y daca” que caracterizó a la política de los pactos corporativos? El autor de esta nota se interroga y advierte: “No habrá más de lo mismo, pero tampoco revancha. Los responsables del despojo neoliberal seguirán impunes y la vieja política tendrá la posibilidad de reciclarse”

Los ciudadanos que votaron con diferentes grados de indiferencia y escepticismo las fórmulas presidenciales de izquierda y centroizquierda, comprometidas con la ruptura y el cambio del proyecto neoliberal responsable del estado de decadencia actual, están registrando con gran sorpresa, no exenta de satisfacción, el súbito cambio de escenario político generado primero por la desertión del candidato Menem a la segunda vuelta electoral, seguida posteriormente por la fuerte ofensiva política lanzada por el presidente Néstor Kirchner desde el día mismo de su proclamación y reforzada por la gran explosión de moderado entusiasmo que viene manifestando en estos días una gran parte de la población, acompañado por el apoyo crítico de un amplio espectro de dirigentes, partidos políticos y organizaciones ubicados dentro del campo opositor.

Más allá de sus verdaderas e inconfesables intenciones, la insólita decisión del candidato Carlos Menem durante el último tramo de la pugna electoral provocó un verdadero estado de conmoción y, en medio de ese clima, una inesperada radicalización del candidato opositor junto con una verdadera danza de especulaciones y de interpretaciones contrastantes respecto de sus consecuencias institucionales. Pero, el muy alto nivel de rechazo a su postulación en esa segunda instancia y el modo en que es percibido y proce-

sado por los grandes caudillos territoriales del comando menemista que, en defensa de sus intereses regionales, lo forzaron a adoptar, por primera vez en su historia, una decisión fundamental en contra de su propia voluntad, está indicando que la desertión del “líder” toma la forma y es, simultáneamente, el comienzo del desbande de las huestes menemistas dentro del movimiento peronista. El tiempo dirá si el menemismo ha entrado realmente en descomposición, o si su estado mayor logra conducir una retirada estratégica para volver a reunir fuerzas y dar batalla en la confrontación interna que se avecina, a pesar de haber quedado severamente debilitado. También dirá si el alto nivel de rechazo electoral que desencadenó ese proceso es solamente la expresión de la oposición a un elenco político fuertemente corporativo signado por la frivolidad, la insensibilidad y la corrupción o, también, la modificación de su anterior adhesión a las concepciones neoliberales que marcaron el desarrollo de toda su gestión gubernamental. La secuencia de elecciones provinciales que se avecinan permitirá comprobar si el neoliberalismo se reinserta dentro de una nueva corriente interna del peronismo, si se articula de algún modo con la concepción neoliberal no peronista o se transforma en otra cosa dentro o fuera del movimiento peronista.

La derrota electoral y el evidente aislamiento político del

menemismo fue obra del ex presidente Eduardo Duhalde —conductor de una heterogénea coalición de punteros municipales bonaerenses y caudillos regionales del interior del país—, pero ha sido capitalizada casi exclusivamente —en los primeros momentos— por el reducido núcleo de dirigentes que, dentro y fuera del peronismo, impulsaron la precandidatura del Néstor Kirchner. Para sorpresa de la mayoría, el presidente electo y su elenco gubernamental vienen elaborando un discurso reparador de algunos de los graves daños materiales y simbólicos que las gestiones anteriores vinieron infringiendo a los sectores populares y tomando decisiones que para algunos resucitan el contenido del tradicional programa redistribuidor del peronismo. Para otros, suena de forma similar al discurso alfonsinista del 83, adaptado a los nuevos tiempos. El lenguaje vuelve, después de mucho tiempo, a ser comprensible, tanto por su forma como por la capacidad que ostenta de identificar, analizar y nombrar un conjunto de problemas muy sentidos por la mayoría de la sociedad. Un discurso fuertemente articulado con la acción política e institucional que envía un nuevo tipo ya olvidado de mensaje a la sociedad: el cambio y una sociedad mejor son deseables y posibles.

Comienza con su clara intención de enfrentar, en algunas de sus instancias, a los intereses y los hombres enquistados en la inmensa corporación institucional que dicta las políticas del Estado y rigen desde hace mucho tiempo los destinos de la sociedad en democracia y va adquiriendo, poco a poco, el carácter de una nueva convocatoria a formar un frente social de apoyo a su gestión política transformadora. El desafío lanzado desde el poder gubernamental parece haber sido recibido muy favorablemente y se expresa en el crecimiento de una gran corriente de opinión formada por ciudadanos que, independientemente de su origen y de sus opiniones partidarias, adhieren al nuevo estilo claramente decisionista de gestión gubernamental. Si la iniciativa gubernamental se mantiene en este rumbo y amplía sus objetivos, es posible que presenciemos la formación de un nuevo tipo de movimiento político social de carácter transversal, nutrido con los aportes provenientes de diversas corrientes de opinión y capaz de integrar —¿y liderar?— un frente amplio junto a un importante grupo de organizaciones políticas y sociales.

Esta especie de cambio de época que se vislumbra por detrás de estos tres grandes acontecimientos fue sagazmente percibido por algunos de los líderes políticos latinoamericanos, arribados al país para presenciar la asunción presidencial. Para el Presidente Chávez, el mensaje inaugural del Presidente Kirchner marca el comienzo de un proceso que culminará con la formación de un movimiento social y político capaz de gestar políticas que entrarán en consonancia con los “aires” de cambio que imperan en el continente. Al finalizar el memorable acto del día 26, Fidel Castro elogió la lucha social y política que culminó en la gran derrota electoral de Menem, el mayor símbolo conti-

Si la iniciativa gubernamental se mantiene en este rumbo y amplía sus objetivos, es posible que presenciemos la formación de un nuevo tipo de movimiento político social de carácter transversal, nutrido con los aportes provenientes de diversas corrientes de opinión.

mental de neoliberalismo, y ponderó ese triunfo como una gran contribución a la causa de la libertad latinoamericana. El presidente de Brasil, Lula, compartió esos juicios, pero agregó otros que alumbran el costado opuesto y contrastante de la misma cuestión: nuestros dos países —declaró al periodismo— se encuentran en una óptima situación para elaborar acuerdos de integración de todo tipo porque, después de muchas idas y vueltas, han llegado reconocer finalmente que son países pobres. La definición es correcta pero incompleta. Un análisis más preciso debería indicar que, aunque los dos países, junto con la mayoría de las naciones latinoamericanas, presentan en la actualidad indicadores sociales parecidos, Brasil arrastra ese problema desde tiempos inmemoriales; a diferencia de la Argentina, que es una sociedad relativamente próspera que se ha empobrecido súbitamente por efecto de uno de los más extraños procesos contemporáneos de acelerada declinación económica y descomposición institucional.

Por esa razón, la lucha contra la herencia de los anteriores gobiernos neoliberales que posiblemente vamos a compartir, además, con varias naciones latinoamericanas es en nuestro país sensiblemente diferente. Un gobierno con espíritu democrático y republicano, sensibilidad popular e ideología progresista como el que se nos presenta en la actualidad debe encarar una gran cantidad de problemas que, a pesar de su gran diversidad, pueden ser agrupados en dos tipos interrelacionados pero diferentes. Por un lado, debe desarticular la compleja trama de relaciones corporativas del antiguo régimen y eliminar del discurso oficial y de las prácticas institucionales la ideología neoliberal, una concepción decadente que, a pesar de los desastres que ha producido desde el poder, insiste en solucionar los problemas que nos ha dejado como herencia aplicando los mismos criterios y las mismas fórmulas del pasado. Por otro lado, debería elaborar un programa de reparación, de por lo menos una parte, del enorme daño que el cuerpo social ha venido sufriendo, tratando de frenar primero y revertir después un proceso incesante de polarización social que registra casi treinta años de antigüedad. Por ello es imperioso comenzar a modificar con políticas e iniciativas estatales el esquema permanente de redistribución regresiva del ingreso que es su último fundamento, eliminar la indigencia y la exclusión social, bajar los índices de pobreza y de desocupación u obtener, por lo menos, los canales de movilización social descendente. La mayoría de las decisiones adoptadas por el elenco guber-

namental se hallan orientadas a resolver, en su gran mayoría, las cuestiones de orden político institucional, sin que se vislumbre por el momento, en las acciones ni en el discurso un programa de amplitud equivalente destinado a resolver los problemas más agudos y urgentes en el ámbito económico-social. Este muy fuerte desequilibrio plantea interrogantes sin respuesta sobre el verdadero rumbo y alcance del proyecto presidencial: el esperanzado apoyo popular a la serie de medidas adoptadas hasta ahora, ¿no estará aportando inadvertidamente una nueva forma de legitimación política a la misma corporación político-institucional, ahora reformada y depurada, que una buena parte de la sociedad pretendió derribar junto con el Gobierno de la Alianza en diciembre de 2001? El proceso de legitimación de la corporación reformada y con funcionamiento adaptado a las grandes presiones sociales de esta época, ¿no se traducirá, a su vez, en algo mucho más grave aún: la naturalización y consecuente adaptación respecto del "estado de cosas existente"?; o, dicho de otra manera, ¿no conducirá a la aceptación resignada de que los múltiples procesos de expropiación y despojo que alimentaron el proceso de expropiación económica y de polarización social son ahora irreversibles, que la dramática situación que nos ha dejado la revolución conservadora menemista y la aceleración del proceso de decadencia durante los dos últimos períodos gubernamentales, tiene causas identificables pero no removibles? Sinteticemos la cuestión con una metáfora ajedrecística: ¿no será que al "entregarnos la dama" —descalificando a Menem junto a su elenco y a importantes aspectos de la cultura menemista— la corporación está generando la posibilidad de obtener ventajas posicionales que resultarán decisivas en el momento de definir la partida?

En relación con el primer interrogante, el reciente viaje presidencial para apoyar la reelección como gobernador de un antiguo miembro de la corporación y la aún más reciente consagración electoral de dos de ellos en las provincias de San Luis y Córdoba parece indicar que, en efecto, el proceso de modificación del antiguo régimen será sumamente ambiguo y contradictorio: la gestión político-institucional, especialmente en el ámbito nacional será más transparente, más relacionada con las demandas de la sociedad y más respetuosa de las normas republicanas; pero la producción político electoral destinada a seleccionar los elencos gubernamentales en sus distintos niveles continuará, por el contrario, en manos de los "punteros territoriales" y "caudillos regionales tradicionales" que seguirán reproduciendo los vicios de la vieja política de base clientelar y financiando con métodos espurios su propia subsistencia y sus costosas campañas electorales. La lista de diputados provinciales que presentará próximamente la fracción predominante del peronismo bonaerense ratifica el poder de ese tipo de dirigentes y consolida aún más esos métodos de acumulación de poder en sus diversas instancias.

Así puede interpretarse la mayor parte del discurso gubernamental: un discurso "verdadero" que hace referencia directa a muchos de los grandes problemas de la sociedad; pero, a la vez, "realista", porque diseña sus estrategias cuidando de no enfrentar las estructuras de poder y el tipo de correlación de fuerzas existente.

En relación con el segundo interrogante, no podemos dejar de advertir que los catastróficos efectos sociales producidos por "el corralito", la devaluación de la moneda, la pesificación general de las deudas bancarias y la expansión de la inflación constituyen una especie de etapa final, de punto de llegada de un largo proceso iniciado con la última dictadura militar, de demolición de la mayoría de las instituciones del Estado, de desarticulación del aparato productivo, de privatización fraudulenta de las empresas estatales y de expansión incontenible de la deuda pública interna y externa. Gracias a ello nos hemos convertido en un país capitalista periférico típicamente latinoamericano que ha hecho descender el salario mínimo a un nivel similar a los restantes países semiindustrializados del continente, y acumula, entre muchas otras desgracias, el 17% de desocupación abierta, el 25% de población indigente, el 60% de pobreza y un gran número, aún no precisado, de población excluida, carente de todo de contacto social esencial. Por esa causa, la última estrategia reactivadora del Ministro Lavagna, basada en la explotación intensiva de las ventajas diferenciales que otorga a la producción nacional el tipo de cambio, ha sido relativamente exitosa. Con los actuales costos salariales, la industria privada puede salir a competir con los productos importados en el mercado interno y exportar con ventajas adicionales ciertos productos en el ámbito regional e internacional.

Si lo miramos con esa perspectiva, el proceso político que abre la nueva iniciativa presidencial se halla más distante de la reparación social que de la consolidación y naturalización del estado de decadencia actual, por medio de la transformación y autodepredación de la corporación político-institucional. En el mejor de los casos, la estrategia de reactivación le solicitará a los grandes beneficiarios del modelo neoliberal, empresas exportadoras, privatizadas y entidades financieras, un poco de comprensión respecto a las características de la nueva etapa y algo de colaboración, cediendo una pequeña fracción de las grandes ganancias realizadas hasta ahora. Así puede interpretarse la mayor parte del discurso gubernamental: un discurso "verdadero", que hace referencia directa a muchos de los grandes problemas de la sociedad; pero, a la vez, "realista", porque diseña sus estrategias cuidando de no enfrentar las estructuras de poder y el tipo de correlación de fuerzas existente. Lo que vivimos como una sana corriente de aire fresco es la decisión de eliminar tanto las conocidas estrategias basadas en el "más de



En cualquier caso, con su estrategia "vanguardista", el "kirchnerismo" ¿podrá entrar en sincronía ahora o en un futuro no muy lejano con los intereses y expectativas de la corporación de punteros bonaerenses y/o con la futura liga de gobernadores peronistas? Y si ello ocurre, ¿cuál será el nuevo programa que refleje los acuerdos y los puntos de equilibrio?

lo mismo" propugnadas por la derecha neoliberal en el campo económico, como las más oscuras prácticas corporativas en el plano político institucional. Terminará, como dice el presidente, el "toma y daca" que caracterizó a un tipo de política dominada por oscuros pactos corporativos, pero no habrá sanción política para sus responsables, quienes tendrán la posibilidad de "reciclarse" volviendo adoptar el tono y la conducta de los nuevos políticos populares. El futuro dirá cómo se resolverá la contradicción que está por nacer entre las prácticas tradicionales que todavía permiten acumular poder político electoral y las nuevas prácticas que rigen el ejercicio institucional de ese poder, en renovados ámbitos gubernamentales "descorporativizados". No habrá "más de lo mismo", pero tampoco "revancha". Los responsables del despojo seguirán impunes, los beneficiarios no serán expropiados ni penados, seguirán realizando sus grandes negocios y girando legal o ilegalmente la mayor parte de sus beneficios al exterior. Sólo un reducido grupo dentro del conjunto formado por las víctimas propiciatorias del modelo, los despojados, tendrá la oportunidad de recuperar una parte de lo perdido, la mayoría seguirá instalada en ese limbo alimentado de desocupación y magros ingresos que la desplaza de la indigencia a la pobreza, de ésta a la no pobreza y viceversa. Las instituciones del Estado seguirán declinando, por falta de recursos, su responsabilidad en la prestación de servicios sociales, contrastando con el compromiso adquirido por el Ministro de Economía con los organismos internacionales de crédito que lo llevarán a pactar seguramente formas de pago de la deuda externa menos onerosas pero igualmente expropiatorias. De ser así podríamos afirmar, parafraseando a Guillermo O'Donnell, que la "venganza social" diseñada por la clase dominante durante la dictadura militar y su intento por eliminar definitivamente la identidad política, las formas de organización y los niveles de ingreso de los sectores populares que diferenciaron a nuestro país del resto del mundo periférico, ha sido consumada definitivamente.

En el mejor de los casos, el nuevo contexto puede colocar en la escena política los componentes del oscuro e indefinido enfrentamiento que se ha venido dando entre las dos fracciones predominantes de la clase dominante, la que pugna por nuevas reformas orientadas a la reactivación de la producción y del mercado interno y la que posee principal-

mente activos financieros y pretende seguir especulando con bonos y tasas de interés, aunque ello signifique el estancamiento económico y la lucha por la redistribución de excedentes en un situación general de "suma cero".

Las objeciones que puedan formularse no deben impedir reafirmar, por último, que nos hallamos ante un hecho político trascendente e inesperado que por detrás de su propia dinámica parece estar incubando un audaz intento de relegitimación de la cara más visible y cuestionada del viejo régimen, la corporación político institucional. Si la inferencia es correcta, podemos formular, por último, el interrogante que ha venido desvelando a académicos y políticos desde el comienzo mismo de este nuevo proceso político: ¿cuál es la base social y la fuente de apoyo político que dispondrá esa especie de vanguardia encabezada por algunos hombres del Presidente en el momento en que los intentos de ampliar o profundizar cambios en la política del Estado produzcan enfrentamientos con algunos conspicuos miembros de la corporación perjudicados por el proceso de autodepuración, como ocurre en estos días con la Suprema Corte de Justicia, o con los grandes poderes económicos que pactaron anteriormente con ella? Con los datos que disponemos el interrogante no puede ser resuelto sin antes responder adecuadamente una serie de cuestiones previas. En efecto, ¿dónde se ubica el origen del intento de relegitimación corporativa a través de la reformulación y radicalización del proyecto político? En ese sentido, las conclusiones serán de un tipo si se considera que desde el núcleo duro de un importante sector del peronismo surge, como plantea Torcuato Di Tella, un proyecto de centro izquierda destinado a enfrentar con flexibilidad y gran capacidad de adaptación tanto las secuelas del "que se vayan todos" como los otros cuestionamientos surgidos después del 20 de diciembre. O de otro muy distinto si se piensa que el proyecto de Kirchner aparece como la apelación a un recurso electoral de último momento por parte de una corporación debilitada e incapacitada de resolver satisfactoriamente la explosión de contradicciones internas desatada por el mismo tipo de cuestionamiento. En cualquier caso, con su estrategia "vanguardista", el "kirchnerismo" ¿podrá entrar en sincronía ahora o en un futuro no muy lejano con los intereses y expectativas de la corporación de punteros bonaerenses y/o con la futura liga de gobernadores peronistas? Y, si ello ocurre, ¿cuál será el nuevo programa que refleje los acuerdos y los puntos de equilibrio? Y, si fracasan las tentativas de establecer acuerdos al interior de la corporación peronista, ¿cuál será la estrategia y el contenido de otros posibles encuentros con fuerzas que se hallan militando actualmente en el campo opositor?

Las respuestas dependen muy fuertemente de la evolución de los acontecimientos del futuro inmediato y deberán ser elaboradas en una posterior indagación.

Alfredo R. Pucciarelli pertenece al Instituto Gino Germani, Conicet/UBA.

El regreso de la política

La apuesta del nuevo presidente

por Juan Carlos Torre

fotos Patricio Pidal



La declarada crisis de los partidos políticos parece estar dando sus primeros pasos hacia un nuevo panorama. Ahora, los analistas se hacen una serie de preguntas sobre la tan mentada reforma política y moral donde el futuro se construya en base a nuevas premisas.

Al cabo de 20 años de la transición a la democracia, la crisis conmueve las estructuras de los partidos políticos. La crisis se manifestó primero bajo la forma de la desafección ciudadana en las elecciones legislativas del 2001. Los porcentajes, hasta entonces nunca alcanzados por los votos en blanco, los votos nulos y la abstención electoral constituyeron una señal elocuente del malestar con la representación partidaria. El drástico descenso del voto de protesta en las elecciones presidenciales del 2003 parece haber cerrado, al menos temporalmente, la brecha entre las expectativas de los ciudadanos y las ofertas partidarias. Sin embargo, en dichas elecciones, la crisis volvió nuevamente a manifestarse, ahora bajo la forma del debilitamiento de los liderazgos nacionales del partido.

En efecto, el desenlace de los comicios condujo al vértice del gobierno a un presidente, Nestor Kirchner, que obtuvo el 22 por ciento de los votos del electorado, la mayoría de los cuales no le pertenecen en primera persona. Frente a esta evidencia puede afirmarse que la crisis que estalló a la luz del día hace dos años, provocando fuertes realineamientos políticos y el eclipse de aparatos y figuras partidarias, aún no ha concluido.

¿Qué decir, pues, sobre su desarrollo futuro? En una medida importante, aunque no definitiva, ello dependerá de la resolución de la apuesta política, por cierto novedosa, hecha por Kirchner una vez arribado a la presidencia.

Sabemos que al lanzar su candidatura el entonces gobernador de Santa Cruz apuntaba a las elecciones del 2007. Proveniente de una provincia periférica y con una participación menor en la vida interna del peronismo, su estrategia consistía en utilizar la plataforma de la campaña electoral del 2003 para hacerse conocer por la opinión pública del país e iniciar la búsqueda de apoyos para disputar la sucesión presidencial dentro de cuatro años. Las vicisitudes de la puja entre los dos principales caudillos del peronismo, Carlos Menem y Eduardo Duhalde, apuraron los tiempos y, el 25 de mayo pasado, Kirchner asumió la primera magistratura. Este inesperado giro de su fortuna política lo ha encontrado a mitad del camino en la construcción de un liderazgo político nacional.

Conocemos que fue el respaldo de Duhalde y el aparato peronista bonaerense el que lo sacó del fondo del pelotón de postulantes a la presidencia y le aseguró un lugar competitivo en la primera vuelta de los comicios. Conocemos, también, que la renuncia de Menem a la segunda vuelta lo privó de alcanzar el previsible apoyo plebiscitario que hubiese galvanizado sus credenciales para gobernar. Así las cosas, Kirchner se corresponde bien con el prototipo del presidente débil que tantos analistas anticipaban habría de emerger de un mapa político fragmentado y en transformación como el que presenta el país. De allí concluían, asimismo, que se impondría naturalmente al nuevo gobierno la necesidad de la búsqueda de consensos y del reacomodo

“Ese no es ciertamente el caso de Kirchner en la actualidad, quien si bien dispone de los recursos del ejecutivo es en realidad un “outsider” dentro de la clase política nacional. Pero precisamente es su condición de “outsider” la que hace verosímil su disposición a encarar la reforma política y moral.”

damiento a los equilibrios políticos existentes.

El debut de Kirchner no se ajustó, empero, a ese libreto. La conciencia de su debilidad le dictó, en cambio, la sobreactuación de su autonomía: escogió con una orquestada soledad a los hombres de su gabinete y anunció la hora de un profundo cambio político y moral, con decisiones simbólicas y contundentes. A la vista de sus primeros pasos surge nítida la marca de su trayectoria personal en el contexto de la crisis de las estructuras de partido.

Kirchner no llegó a la Casa Rosada culminando una larga marcha política y rodeado del sostén popular. Ese fue sí el caso de Alfonsín en 1983, el de Menem en 1989 y también el de la Alianza en 1999. Más bien, su instalación en la presidencia fue el resultado contingente de los conflictos de liderazgo en el peronismo. La neutralización de los dos principales caudillos en disputa tuvo por efecto la creación de una oportunidad favorable e inesperada y, gracias a ella, Kirchner, expresión de una corriente minoritaria dentro del partido, accedió, salteando etapas, a la conducción del gobierno. En esas circunstancias, comenzar su gestión con la política de consensos y equilibrios hubiese significado comenzar a ceder, al mismo tiempo, porciones del todavía precario poder que los avatares de la política depositaban en sus manos. Colocado ante la opción, se comprende que haya desechado el libreto ideal que tenía por delante y tomado el camino que la más elemental racionalidad política le aconsejaba seguir: ocupar sin demora los espacios de poder que estaban a su alcance para compensar y apuntalar el origen fortuito de su flamante autoridad. Para esta empresa contó con el recurso invaluable que las reglas de la democracia han puesto en circulación: los atributos del poder constitucional.

En un país por tanto tiempo acostumbrado a que los resultados políticos sean decididos por el poder económico, el poder militar, el poder sindical, el poder de la movilización en las calles, pocas veces fue más evidente la transformación política que han traído consigo estos 20 años de democracia que cuando Kirchner avanzó desde la presidencia, en nombre de su reforma moral y política, sobre las jerarquías militares, los servicios de inteligencia y seguridad del Estado, los focos de corrupción dentro de la administración pública (PAMI), esgrimiendo por todo recurso su bastón de mando.

Frente a la puesta en marcha de esta política desde las alturas es difícil, sin embargo, evitar la sensación de artificiali-



dad que trasmite toda ella. Además de ser el fruto de una coyuntura imprevista, responde a una agenda que tiene más eco fuera que dentro del partido justicialista. El desmantelamiento de las redes del sotto gobierno que han crecido al abrigo de las administraciones democráticas, facilitando la política de intercambios entre los poderes fácticos y las principales fuerzas políticas, ha sido una consigna movilizadora del centro-izquierda. Fue levantada primero por el FREPASO y, luego de esa fallida experiencia política, retomada con vigor por Elisa Carrió en el ARI. Su recuperación por parte de Kirchner, una vez en la presidencia, le ha ganado la simpatía de estos círculos políticos, en donde encontró apoyos y cuadros para sumar a la exigua falange —integrada por un puñado de amigos y parientes— que lo acompaña en su empresa desde el lejano sur.

La recepción de su cruzada regeneracionista en las filas del justicialismo, en particular entre sus principales sostenedores políticos, fue comparativamente más circunspecta: recibió justificaciones ad hoc rápidamente improvisadas —como las que ofrecieron los Ministros de Defensa y del Interior al desplazamiento de la cúpula militar—; pero, en verdad, está beneficiada por el período de gracia que Duhalde ha concedido al presidente que ayudó a instalar en la Casa Rosada para cerrar la puerta a las ambiciones de Menem. Sin embargo, parece probable que la decisión de terminar con “las formas tradicionales de hacer política”, comenzando

por quitarles los recursos estatales que las hacen posibles, genere tensiones entre Kirchner y sectores de la dirigencia del Partido Justicialista. En primer lugar, porque las prácticas políticas de áreas importantes del justicialismo son expresivas de todo aquello que el nuevo presidente denuncia y que sus aliados de centro-izquierda condenan. En segundo lugar, porque los eventuales perjudicados por la operación de limpieza política y moral, pronto concluirán que los recursos que pierden servirán, en los hechos, para fortalecer las aspiraciones de un liderazgo renovado y alternativo dentro del partido. He aquí reunidas las claves de la paradoja de la anunciada reforma política y moral.

Porque se trata de una empresa formidable, ya que apunta a cambiar los usos y costumbres políticos bien arraigados, será tanto más factible cuanto mayor sea la centralización del poder en manos de quien la promueve. Como la que resulta de reunir en una misma persona las capacidades institucionales de la presidencia y el liderazgo reconocido de un partido gobernante. Ese no es ciertamente el caso de Kirchner en la actualidad, quien si bien dispone de los recursos del Ejecutivo es en realidad un “outsider” dentro de la clase política nacional. Pero precisamente es su condición de “outsider” la que hace verosímil su disposición a encarar la reforma política y moral.

Toda reforma implica una redistribución del poder. De allí que quienes se sientan perjudicados por el cambio del statu quo a la hora de las decisiones, le retaceen su apoyo y procuren frenarla. Esta ha sido la suerte corrida por los reiterados compromisos a favor de la renovación de las instituciones y las prácticas de la política hechas por los partidos de cara a las demandas de la ciudadanía y luego silenciosamente abandonados.

Hoy, la reforma política y moral ha ingresado de nuevo en la agenda pública de la mano de un político que tiene incentivos para llevarla a cabo, porque su proyección futura depende de un realineamiento de las fuerzas políticas. Lo ha hecho suscitando expectativas, pero en condiciones por cierto complejas y difíciles. Cabe esperar que los impulsos de la voluntad política sean disciplinados por los consejos de la razón política, que recomiendan no abrir demasiados frentes al mismo tiempo y evitar los riesgos del aislamiento político.

Del desenlace de la apuesta política que ha lanzado dependerá que la gestión del nuevo presidente señale el promisorio comienzo de un cambio político dentro de la democracia argentina o sea apenas una manifestación pasajera de la crisis de la estructura de los partidos políticos.

Juan Carlos Torre es sociólogo, autor de publicaciones sobre la historia de los años peronistas, el sindicalismo, y las relaciones entre democratización y reformas económicas. Actualmente es profesor de la Universidad Di Tella y director de la Revista en Ciencias Sociales, *Desarrollo Económico*.

Los primeros pasos del nuevo presidente

Del rey desnudo al traje cruzado

por Sandra Russo

fotos Patricio Pidal

Si es cierto que en los primeros pasos residen las claves del camino que emprenderá un nuevo dirigente, los que dio Néstor Kirchner al asumir como Presidente nos hablarían de una forma muy personal de gobernar un país que últimamente se ha definido como ingobernable. Estas son algunas postales de los primeros días.

El domingo 25 de mayo se preveía que en la Plaza se amontonarían unos cuantos muchachos peronistas venidos desde el ya fantasmático Gran Buenos Aires (ese agujero negro contaminado por diversos agentes tóxicos de la política argentina), mandados por unos cuantos dirigentes que, también previsiblemente, por cada metro cuadrado lleno irían anotándose porotos en la nueva lotería nacional. Bien: eso no pasó. Micros había, pero el paisaje humano que pudo verse durante toda la tarde, hasta la noche, transmitió otra cosa. Somos muchos, pero igual nos conocemos: sabemos perfectamente cuándo la que está allí es gente común y corriente que sale de su casa empujada por algún resorte invisible pero más poderoso y estimulante que un choripán. También transmitió algo distinto de lo previsible el nuevo Presidente, y no sólo en su discurso inaugural: sus tics, sus torpezas, sus espontaneidades, su obstinada búsqueda de contacto físico con la gente, la euforia juvenil que no se tomó la molestia de disimular fueron acaso la primera muestra gratis del enorme carisma del que es capaz un hombre poco carismático: lo primero que hemos de decir sobre Kirchner es que hasta ahora se ha mostrado como una caja de sorpresas.

Tras el discurso, en el que rescató el rol indelegable del Estado como mediador social, la imposibilidad de seguir pagando la deuda en base a más ajustes, más desempleo y pobreza, la necesidad de que la seguridad jurídica alcance no sólo a los ricos y poderosos, en el que subrayó que no puede pensarse la gobernabilidad en base a la impunidad (de quienes están

en condiciones de crear caos social o económico si no obtienen a cambio perdón, vía libre, luz verde o vista gorda), más todos los otros ítems que todos recordamos perfectamente, hubo un clic. Kirchner verbalizó, en ese discurso, una verdad inevitable, y de ahí el clic. Blanqueó, al decir cada una de esas palabras, el profundo y definitivo agotamiento de un ciclo. Podría decirse, en ese sentido, que Kirchner es el hombre que, de traspíe en traspíe, contra todas las previsiones, contra todos los pronósticos, con un liderazgo nacional más parecido a un patchwork de entrecasa que a una arquitectura política, por méritos propios pero seguramente también por esos azarosos pases mágicos de la historia, ocupa el lugar indicado en el momento justo.

Fue sorprendente, en los días sucesivos, las magras críticas que recibió un mensaje tan claro, direccionado y cargado de ideología. Ese mensaje, precisamente, re-ideologizó la política, especialmente y sobre todo, la política de Estado. Después de años de dirigentes y funcionarios que fueron de pesca tirando como anzuelo el "yo, político" —equivalente al "yo, argentino"— desembarazado de responsabilidades, misión, creencias, criterios, intereses y compromisos, llegamos ahora al punto en el que es música para nuestros oídos —la música más maravillosa— escuchar a alguien que dice yo creo en esto y voy a actuar en consecuencia. Nos habíamos olvidado de que eso y no otra cosa es la política. Queda claro que durante más de diez años todos los que mandaron en la Argentina también creían en algo. Creían,



claro, en la omnipotencia causal de los mercados, pero adhirieron tan fervorosa y negligentemente a esa creencia que hicieron aparecer al mercado como una lluvia torrencial, un terremoto o un accidente geográfico: ¿qué queda ante un fenómeno natural más que atenerse a él, abrir paraguas o declararse en emergencia? Nada. Pero es mentira que no hayan hecho nada. Porque los grupos económicos, las corporaciones y los alineamientos mundiales en los que fueron anotando y con los que fueron comprometiendo sucesivamente a la Argentina no eran, obviamente, naturales, sino construcciones de sentido y de poder naturalizadas por sus peones, sus reyes y sus alfiles.

Ahora Kirchner dice todo lo contrario, y si recibe por el momento tan pocas críticas es en parte porque el agotamiento del ciclo y del modelo es tan drástico, tan evidente y tan abrumador, que en principio esas construcciones de poder deben rearmarse como construcciones de sentido: no hay argumentos para rebatir la crítica a lo muerto. Lo muerto, ha muerto. Yace aquí, al lado. Aquí, adentro. Aquí, en el medio. Aquí, en el pecho. Aquí, en la mente. No es posible ninguna discusión al respecto. Lo muerto huele a muerto. Apesta a muerto.

¿Quién tendría el tupé de salir a decir ahora que el Estado debe reducirse a su mínima expresión y que debe ceder todo el espacio a la iniciativa privada? ¿Quién tendría la cara lo suficientemente dura como para sostener que el mercado se autorregula? ¿Quién sería tan delirante como para ponerse a exigir que la Argentina "honre sus compromisos internacionales" a costa de más hambre, más violencia o más desocupación? ¿Quién se animaría a insinuar que, si se siguen las recetas del Fondo Monetario, ello redundará en beneficio de la Argentina y no en el del Fondo Monetario?

Lo sostuvieron hasta hace un par de meses, con esas mismas palabras. Bien: ya no sería posible. No es posible y por eso no lo hacen. No es que estén de acuerdo con Kirchner, es que han quedado desnudos de discurso y argumentos. El espejismo del pensamiento único murió. Lo que tomamos por un ciclón que barrió con todos nuestros recursos, nuestras riquezas y nuestras expectativas se ha desvanecido, y no era un ciclón: como en "The Truman Show", teníamos a unos cuantos avivados enfocando enormes ventiladores sobre nuestras cabezas, máquinas de lluvia y efectos especiales. Por todo esto, y por algunos atributos propios de Kirchner y su esposa, una acaso sobreactuada primera ciudadana —una vez que tenemos una primera dama presentable, ¡presentémosla!—, se insinúa en estos días cierto e insólito fervor. Esta sociedad tiene tremendas ganas de re-enamorarse de sí misma, y venimos tan golpeados que el simple hecho de que el nuevo Presidente se exponga como alguien "normal" —al adjetivo que más usa Kirchner para definirse— le agrega aura. Todo indicaba que este traje, cruzado o no, a quien le iba a calzar, como el zapatito de la Cenicienta, era a Chacho Alvarez; pero las deshoras históricas son así, y es al desgarrado Kirchner a quien le tocará cerrar la maldita puerta del capítulo de sangría, mafia y mentiras que nos dejó sin aire. Se verá si está a la altura de la formidable oportunidad que tiene delante. Es muy probable que, si no pierde la facultad de dirigirse a la gente en un lenguaje llano y comprensible, sea acompañado. Y, para eso, Kirchner deberá advertir y asumir que entre las principales virtudes que debe cultivar está la de la comunicación. La pelea será tan relevante, que es necesario que ni por un momento el gobierno haga el marketing de la lucha. Es ahora o nunca, y es en serio.

El legado de los 70

por Alejandro Schneider

Kirchner y varios de sus funcionarios reivindicaron su pertenencia a la militancia peronista de la generación del 70. Para el autor eso no significa que vayana actuar o pensar como entonces y propone revisar el escenario político y social que alimentó el crecimiento de la izquierda marxista y peronista en los 60 y 70.

En estos últimos meses, los recuerdos y las alusiones sobre la militancia peronista de la Generación del '70 volvieron a convertirse en un tema cotidiano de conversación. Más aún, hace unas semanas, el veinticinco de mayo, se cumplió un nuevo aniversario del regreso del justicialismo al poder luego de dieciocho años de proscripción. En ese entonces, Héctor Cámpora juraba como primer magistrado de la Nación, clausurando un ciclo luctuoso abierto en 1955. El hecho en sí no tendría tanta importancia si no fuese porque ese día, tres décadas más tarde, nuevamente un nuevo mandatario peronista se encontraba gobernando en la Casa Rosada.

Ahora bien, esta referencia histórica cobra un particular sentido cuando observamos que el actual presidente, Néstor Kirchner, así como varios de los funcionarios que ocupan puestos de primer nivel, fueron integrantes de esa generación. De este modo, es oportuno realizar unas breves reflexiones sobre el significado de ese fenómeno, no sólo por el interés histórico que depara el mismo, sino porque el movimiento creado por Juan Domingo Perón continúa ocupando hoy el centro del escenario político.

La evocación de las décadas de 1960 y 1970 trae aparejada, en forma necesaria, una valoración de la misma. En este sentido, la memoria y el mito, así como su proceso de construcción, se convierten en un lugar de disputa política e ideológica que abarca no sólo el recuerdo de la época sino una

lectura del presente argentino. La militancia de esos años es un hecho valioso del pasado; sin embargo, no tiene por qué ser forzosamente un indicio o una línea de actuación en el presente. Si bien numerosos militantes setentistas ocupan hoy cargos relevantes en la función pública —en realidad, algunos de ellos hace varios años que lo hacen—, esto no significa que vayan a pensar o actuar como si fuese ese entonces.

Esos años se vieron signados por una intensa actividad política, un auge de masas, y el crecimiento de la izquierda marxista y peronista. Este período se inició, en términos globales, con la instauración de la dictadura del general Juan Carlos Onganía, cerrándose con el fin de la presidencia de María Estela Martínez de Perón, en marzo de 1976. Fueron años de intensa conflictividad social en la Argentina. Esta tuvo sus orígenes en los diversos intentos parcialmente fallidos de los sectores dominantes por cambiar el modelo social de acumulación de capital, lo cual generó —por su propia contradicción y dinámica— un permanente enfrentamiento con la clase obrera y los sectores populares. Dicha situación se combinó con otro fenómeno no menos importante, como fue la proscripción electoral de Perón y su movimiento en el escenario político, produciendo un fuerte sentimiento de ilegitimidad que caracterizó a todos los

gobiernos de la época. En forma paralela, y contribuyendo al proceso, durante la década de 1960 se originaron una serie de sucesos mundiales que imprimieron fuertes huellas en la actividad militante del momento: la Revolución Cubana y la extensión del proceso revolucionario en América Latina, la guerra de Vietnam, la Revolución Cultural en China, el Mayo Francés y la Primavera de Praga, entre otros acontecimientos.

En relación con el presente, éste fue un período de intensas discusiones políticas. No fue casual que un importante número de jóvenes se vieran atraídos por este clima y que su politización tuviera relación con el contexto internacional. Dentro de la realidad particular del país, todo ello se combinó con una clase obrera combativa en lo sindical, con un notable nivel cultural, impregnada por la memoria colectiva de las primeras presidencias peronistas y por la fuerte resistencia abierta a la Revolución Libertadora.

Ese contexto, sumado a la alta conflictividad social reinante, alimentó a las corrientes opositoras de entonces. En esos años surgieron nuevas organizaciones tales como los grupos guerrilleros urbanos y agrupaciones políticas de izquierda que, si bien existían al comienzo de este proceso en núcleos pequeños, un tiempo después habían incrementado su caudal en adherentes y su influencia en la vida política y social. Cada una de éstas fueron producto de la época y todas se esforzaron por conectar las reivindicaciones populares a su visión particular del socialismo y a sus respectivos medios para alcanzar tal propósito. Comunistas, trotskistas, maoístas, guevaristas y peronistas revolucionarios conformaron por entonces la denominada Generación del '70.

Para algunos intelectuales, dicha camada fue un fenómeno propio de la pequeña burguesía afectada por una especie de anomia. De este manera, se la concibió como resultado de una utopía divorciada de la mayoría de la población. Por el contrario, para otros, representó el momento más alto de politización de los argentinos. Al decir de un protagonista de esos años: "Todo el mundo estaba metido en algo. Si no militabas, eras un estúpido. Hoy en día no pasa nada". Para la historia oficial, avalada y sostenida por diferentes gobiernos, fue una cuestión de pequeños grupos de enajenados bajo influencia extranjera (Cuba, el Che Guevara, la Cuarta Internacional). Tanto para hombres que estuvieron en el peronismo como para aquellos que estuvieron identificados con algunas de las corrientes de izquierda, más allá de los distintos matices, fue su momento de gloria perdido. Para la mayoría de sus militantes, ésta fue la época de su "vida política", que le marcó su identidad como ser humano: la capacidad de trascender en función del bien colectivo. Fue una época de alegrías. Así, para algunas personas se abrió "una era de esperanza que se estaba haciendo realidad" tras varios años de "oscuras catacumbas". Al decir de un protagonista de esas jornadas: "La noche negra abierta

tras el golpe del '55 se estaba terminando".

La totalidad de los testimonios y la historia de las organizaciones se remiten, en la reflexión y en la identificación, a un pasado en común que entronca con la historia del movimiento obrero. Hechos como la Semana Trágica de enero de 1919, la movilización peronista del 17 de Octubre de 1945, la Resistencia (1955-1958), las ocupaciones de fábrica en 1964 y el Cordobazo (1969) se convirtieron en hitos históricos que se fueron resignificando en la memoria popular y en la militancia. Su transmisión oral, y algunas veces escrita, permitieron la construcción de una identidad en tanto clase y en tanto grupo político. Esto cobró significado mediante diversos mecanismos expresados en el lenguaje empleado y en las prácticas del activismo, ya fuese en la fábrica, en el barrio o en la universidad. Todos los miembros de esa generación abrevaron dichas experiencias colectivas y las vertieron en su labor cotidiana; estuvieron comprometidos con la realidad social de esos años, expresaron una voluntad de cambio y de compromiso con su entorno, no dudando de entregar sus propias vidas para tales logros. La mayoría de ellos no sólo compartieron una clara vocación transformadora sobre la sociedad en la que actuaron, sino también toda una serie de elementos que los asemejaron en su forma de sentir, de pensar y de actuar que quedaron registrados en la memoria de sus protagonistas. Si bien cada organización tuvo rasgos singulares, existió un sustrato cultural y político en común que las identificó y las separó, a su vez, de otras agrupaciones.

II

En cuanto a los militantes que integraron los Montoneros y los diversos grupos que conformaron la denominada Tendencia Revolucionaria, su impronta estuvo signada sobre todo por el "compartir y hacerse cargo" de la tradición legendaria del justicialismo en sus primeros gobiernos y por los años de enfrentamiento a los sucesivos regímenes militares y civiles instalados a partir de 1955; en particular, se identificaron y se reconocieron como continuadores de la Resistencia contra la popularmente recordada Revolución Fusiladora. De esta manera, rescataron de la memoria colectiva del "pueblo peronista" diversos hitos históricos: el 17 de octubre, el levantamiento del general Juan José Valle, los "caños", los "comandos" o la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre. No sólo redimieron esos acontecimientos sino que los hicieron suyos, se convirtieron en elementos legitimadores de su accionar y fueron componentes centrales de su folklore. Estas huellas culturales se combinaron con otras configuraciones contemporáneas: el pensamiento y las prácticas políticas de los diferentes grupos nacionalistas, la acción social de los sacerdotes del Tercer Mundo y la prédica revolucionaria del Che Guevara. En la primera de las perspectivas, las organizaciones peronistas se nutrieron de individuos que actuaron y simpatizaron con grupos nacionalistas como Tacuara o, en otros

casos, que habían participado en el Movimiento Nueva Argentina en la década de 1960. Esta influencia ideológica se expresó en un conjunto de ideas y nociones que buscaron explicar la problemática económica, social y política en que se hallaba el país. De esta forma, con diferencias y matices, se debatía acaloradamente sobre una amalgama de premisas básicas: Pueblo vs. Oligarquía, Imperialismo vs. Nación, Liberación o Dependencia, entre otras “contradicciones principales y secundarias”. A su vez, estas formulaciones aparecían acompañadas por toda una sucesión de lecturas de escritores como Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, José Hernández Arregui, José María Rosa, por mencionar algunos de los más recordados.

En cuanto a la segunda, los grupos peronistas se nutrieron de las transformaciones ocurridas en el seno de la Iglesia Católica a partir de las iniciativas del Papa Juan XXIII, el Concilio Vaticano II y los documentos resultantes de las diversas conferencias episcopales. En ese ámbito nació el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, como un sector eclesástico que denunció la opresión económica y la dependencia en América Latina, junto con el consiguiente derecho de los pueblos a la legítima defensa. Más aún, este compromiso social cobró un sentido más realista a partir del ejemplo del cura guerrillero Camilo Torres. Este clérigo representó para numerosos militantes setentistas todo un símbolo por su conducta frente a la vida: la solidaridad por la causa de los pobres, el uso de la vía armada para solucionar los problemas sociales, el sacrificio que se eleva hasta el martirologio y la posibilidad de que cohabitase el mensaje del Evangelio con los textos de Carlos Marx.

Por último, el impacto revolucionario cubano en el continente y la figura del Che ejercieron una fuerte atracción en el conjunto de la militancia política. En ese proceso, el temple, la ética, el accionar y el pensamiento de Guevara desplegaron un protagonismo de primerísimo orden. Si bien su personalidad tuvo un notable efecto sobre la conciencia y la conducta del activismo de esos años, su impronta fue distinta en las organizaciones que abrazaron la lucha armada de aquellas que no optaron por ese medio. En el caso de los jóvenes peronistas, su estampa se hizo sentir en diferentes niveles: desde el uso legítimo de la violencia contra la Revolución Argentina; pasando por la imagen del Guerrillero Heroico muerto en Bolivia que evocaba un parecido con las representaciones religiosas de Cristo; hasta la explicación política sobre la moral revolucionaria en el concepto del hombre nuevo.

Sin embargo, estas concepciones e influencias ideológicas no fueron las únicas que impregnaron su accionar. La Tendencia en el transcurso de su trayectoria política fue desarrollando otras características peculiares: su concepción nacional de la revolución, su culto a Eva Perón, sus fuertes rasgos movimientistas, la noción de una autoridad que pudiese resolver los problemas de los trabajadores,

La generación de los años '70 se originó en circunstancias particulares de la historia de nuestro país. En este sentido se convertiría en una cuestión baladí descontextualizarla de ese momento.

entre algunos de ellos. Quizá donde mejor se observan estos atributos fue en la mirada que sostuvieron y divulgaron sobre la historia Argentina del siglo diecinueve. En ella se trató, en forma permanente, de rescatar determinadas figuras del pasado como Manuel Dorrego, Facundo Quiroga, Juan Manuel de Rosas o Felipe Varela. En esta perspectiva apelaron a todo un arsenal simbólico con el fin de lograr una mayor identificación con las “montoneras y sus lanzas”. En cualquier caso, la idealización que se hacía de los caudillos condensaba, en gran medida, las cualidades antes mencionadas.

Por otra parte, a diferencia de las organizaciones provenientes de la izquierda, la militancia peronista no especificó —en general— su análisis, sus discursos y su proyección política desde el punto de vista de las clases sociales. Su ideal revolucionario se acercó más a la visión que tenían de los primeros gobiernos de Perón que a un determinado modelo de socialismo; en otras palabras, se aspiraba a una revolución en el marco de los procesos de liberación nacional del Tercer Mundo.

Finalmente, corresponde reflexionar sobre dos cuestiones. La generación de los años '70 se originó en circunstancias particulares de la historia de nuestro país. En este sentido, se convertiría en una cuestión baladí descontextualizarla de ese momento. Por un lado, el activismo y la militancia de aquella década expresaron una importante voluntad de cambio. Lejos de la maliciosa teoría de los dos demonios, los miembros que pertenecieron a esa generación intentaron transformar la sociedad. Los integrantes de los diferentes grupos no fueron unos inadaptados sociales; por el contrario, expresaron un fenómeno masivo que respondió a una situación política de esos años. De este modo, las distintas organizaciones, más allá de los errores cometidos, buscaron constituirse en una opción de poder y, en ese camino, no dudaron en impugnar la autoridad estatal de ese entonces. Por último, incumbe recalcar que la pasada pertenencia a una corriente revolucionaria no es un imperativo categórico que conduzca necesariamente a moldear el comportamiento de los actuales gobernantes. En definitiva, recordemos este antiguo proverbio árabe: “El hombre se parece más a su época que a su padre”.

Alejandro Miguel Schneider es Doctor en Historia. Profesor en la UBA y en la UNLP. Entre otras publicaciones, coautor con Pablo Pozzi de *Los Setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976* (Buenos Aires: Eudeba, 2000).

2003: ¿Agonía de una época o comienzo de una nueva?

Una ciudadanía cada vez más reflexiva

por Ricardo Sidicaro

En el proceso político de los últimos años, donde muchos han visto un creciente desinterés colectivo por la política, el autor de esta nota detecta en cambio un aumento de la reflexión crítica por parte de los diversos actores sociales. Al mismo tiempo, señala que el actual gobierno tiene por delante el desafío de procurarse una legitimidad que ya no están en condiciones de otorgarles los partidos o las corporaciones tradicionales.

El decenio menemista, prolongado por sus continuadores de la alianza UCR-Frepaso, llevó la situación económica, política y social argentina a límites de desestructuración desconocidos bajo las precedentes, y accidentadas, administraciones civiles. El hecho de que tanto uno como otro gobierno surgieron de comicios regulares y de la alternancia democrática le acordó a ambas experiencias un rasgo que no puede dejar de realzarse. La continuidad de las dos administraciones se registró más claramente en el plano de las políticas económicas neoliberales, implementadas primero por los peronistas y asumidas luego como propias por los aliancistas. Por otra parte, ambos gobiernos se desarrollaron en un contexto de crisis de la autoridad y de la legitimidad estatal, proceso al que contribuyeron con sus iniciativas.

El debilitamiento de las instituciones estatales, iniciado desde hace varias décadas, se vio profundizado no sólo por la estrategia económica que cedía poder sobre las decisiones públicas a los denominados actores del mercado (extranjeros y nacionales) y a los organismos internacionales de crédito y supervisión manejados por los Estados Unidos,

sino, también, por la creciente corrupción administrativa. Durante los doce años de vigencia del "modelo", la mayoría de los dirigentes partidarios cayó en el descrédito ante la opinión de una ciudadanía que, en parte, modernizó no sólo muchos de los consumos materiales sino que, además, se fue haciendo más evaluativa y exigente con los "productos" políticos que se les ofrecía. En ese sentido, puede afirmarse que veinte años de democracia y doce de modernización económica contribuyeron a incrementar en todos los actores, individuales y colectivos, los niveles de reflexión crítica sobre la sociedad y la política. Muchos análisis han tendido a confundir la notable tendencia a la despartidización y a la destradicionalización de las opiniones que se registró en el período aludido con un supuesto desinterés por las cuestiones públicas, cuando, en realidad, la distancia con respecto a los partidos o el parlamento y sus dirigentes debería interpretarse como una expresión del aumento de la preocupación de la ciudadanía por la política.

En el plano social, el incremento de la pobreza en un amplio porcentaje de la población se vio acompañado

con el disloque del viejo sindicalismo peronista y la emergencia de nuevas formas de movilización popular que oscilaron entre la negociación puntual de planes de asistencia y la incipiente formación de organizaciones con lenguajes y modos de participación muy distintos a los que habían sido usuales en otras épocas en el activismo reivindicativo de las demandas de los sectores más carenciados. Así podría decirse que el incremento de la reflexividad social se puso de manifiesto en todos los sectores de la población y que las modalidades que asumió en cada sector no fueron las mismas. En todos los sectores sociales se desarrollaron formas específicas de un fenómeno compartido: la autorrepresentación.

En el plano económico cambiaron los predominios y los grandes intereses empresarios (extranjeros y nacionales) buscaron maximizar sus ganancias mediante acciones que desintegraban el espacio productivo local al regirse casi sin ningún tipo de límite proveniente de los maltrechos aparatos estatales, cuyos mecanismos de toma de decisiones habían capturado de disímiles maneras. La gravitación de los actores socioeconómicos predominantes en las decisiones públicas se dio en forma simultánea con el debilitamiento de la influencia de los partidos oficialistas sobre los presidentes salidos de sus filas, quienes se empeñaron, además, en "privatizar" los elencos gubernamentales con hombres de negocios y con sus propios parientes y amigos, conducta que perjudicó aún más el ya escaso reconocimiento social de las estructuras partidarias. La preocupación de los dirigentes de los partidos oficialistas por la mera posesión de los cargos y el apoyo que daban a los proyectos neoliberales, sin hacer proselitismo a favor de ellos o, directamente, expresando en privado que no los compartían, los sumió poco a poco en la condición de una corporación separada de sus propios votantes. Los peronistas conservaron con más facilidad los apoyos electorales de los individuos de los sectores populares a quienes les deterioraron ingresos y derechos sociales, en tanto que los radicales y los frepasistas, cuyos votantes eran menos apegados a las ataduras de las tradiciones partidarias y que, en un alto porcentaje, se encontraba en la mitad de la población con mayor capital cultural, vieron esfumar rápidamente la confianza que anteriormente había sido depositada en ellos.

En el contexto del colapso del "modelo", los propagandistas de la antipolítica y los críticos de la clase política adquirieron gran predicamento en la opinión pública. La visión ideológica de los denominados "costos de la política", se esparció por doquier e hizo creer que el "gran" problema argentino eran los salarios de los diputados provinciales, las pensiones graciables, o las comitivas de los altos funcionarios. El populismo superficial y moralizante ofertado a la clase media por la alianza UCR-Frepaso, con su discurso electoral que ocultaba la

afinidad profunda con el neoliberalismo, puso su aporte a la propaganda antipolítica dirigida al "hombre y la mujer común", que con cacerolas de cocina en mano contribuyeron a su anticipada salida del gobierno. El fin de la administración aliancista supuso un quiebre institucional confuso en el que se sumaron las diversas movilizaciones espontáneas de protestas de diferentes sectores de la ciudadanía, junto con las para nada espontáneas manipulaciones organizadas por quienes querían instalarse en el gobierno acortando los plazos constitucionales, más los agentes que representaban a los distintos actores socioeconómicos que buscaban las ganancias de la devaluación luego de haber recibido los beneficios de la convertibilidad, sin ignorar, por supuesto, las expresiones de ira popular salvajemente reprimidas, para nombrar sólo algunos de los heterogéneos elementos e intenciones que se combinaron en los acontecimientos de diciembre de 2001.

Bajo los gobiernos provisionales que siguieron al de De la Rúa, se alcanzaron nuevos límites en los procesos de desestructuración: la pérdida de autoridad de las instituciones, la caída del valor de la moneda nacional, la marginación internacional y las amenazas de los acreedores externos, el incremento de los índices de pobreza, la disminución de la producción, la agudización de la crisis de los principales partidos, la multiplicación de las manifestaciones de rechazo a la clase política, fueron las principales evidencias empíricas que, según las preferencias políticas e ideológicas, se esgrimieron para sostener que el tantas veces evocado borde del abismo ahora había quedado atrás. Sin duda, esa situación de extremo peligro del camino hacia la nada fue el mayor capital con el que contó el gobierno de Eduardo Duhalde para forjar un pacto tácito fundado en el deseo compartido por prácticamente todos los desperdigados actores de la política argentina de conseguir el retorno, al menos, a la tranquilidad del ahora añorado "borde". Las elecciones presidenciales de 2003, una verdadera interna del dividido y agotado peronismo de la que debió participar toda la población sin distinción de afinidades partidarias y afiliaciones, operó como una reconciliación nacional al estilo de la que tantas veces había pedido el difunto caudillo del justicialismo, y, lo que no es menos interesante de hacer notar, la reflexividad y el cálculo de los votantes le acordó a esos comicios un singular rasgo de ejercicio de racionalidad democrática. Las encuestas revelaban que el gran perdedor de una segunda vuelta comicial hubiese sido Carlos Menem; en la algarabía del triunfo de Néstor Kirchner, lo único seguro fueron las incógnitas.

La gestión gubernamental encabezada por Kirchner se inicia en condiciones estructurales y con una configuración de actores totalmente distinta a las que hallaron los tres gobiernos peronistas anteriores. Para decirlo resu-

midamente, el nuevo gobierno carece de los amplios apoyos sociales y de los aparatos estatales organizados y con capacidades económicas, políticas, burocráticas y técnicas con los que contó Juan Perón en los años '40; está lejos de disponer del fervor social y de los apoyos corporativos y movilizados que sostuvieron y otorgaron sentidos antagónicos a la experiencia de los '70; no tiene los márgenes de libertad para las jugadas heterodoxas con las que Menem sorprendió en los '90 a una ciudadanía mucho menos politizada que la actual.

Uno de los principales problemas de los gobiernos elegidos democráticamente consiste en cómo lograr articular la conservación o conquista de apoyos sociales lo suficientemente numerosos en términos de sufragios para mantener el control del Estado y, a la vez, conjugar esos intereses electorales con las expectativas de obtención de beneficios de los grandes actores socioeconómicos, cuyas acciones u omisiones influyen decisivamente sobre las condiciones de bienestar de la sociedad. Al respecto, el gobierno encabezado por el presidente Néstor Kirchner se encuentra ante los mismos desafíos de sus antecesores que llegaron por la vía de las urnas a la primera magistratura en las últimas dos décadas. Dado su origen político e ideológico, se agrega la pregunta específica sobre las eventuales rupturas y continuidades con las tradiciones peronistas. El proceso electoral de 2003 fue transparente en el sentido de que fue pública la decisión de Eduardo Duhalde de colocar en la presidencia al candidato de su preferencia. Con claridad, el peronismo mostró que la mayoría de sus dirigentes podía fraccionarse sin mostrar convicciones compitiendo por futuros cargos. La distribución de los sufragios de origen peronista favoreció porcentualmente a Carlos Menem, hecho que pudo asombrar a quienes encontraron paradójico el amplio apoyo que el ex presidente alcanzó en los medios más humildes y perjudicados por el neoliberalismo. Néstor Kirchner sumó a los sufragios provenientes del aparato bonaerense del duhaldismo los votos de sectores denominados corrientemente progresistas, generando una coalición silenciosa y sin compromisos explícitos que, sin embargo, tendió a reflejarse en sus primeros actos de gobierno y en su gabinete inicial. El tercer candidato peronista, Rodríguez Saa, asumió discursivamente perspectivas y gestos más cercanos a la tradición discursiva peronista clásica y su llamado resultó muy poco convocante en términos electorales. De hecho, la fuerza creada por Juan Perón pareció convertirse en todo el sistema de partidos, en tanto que el radicalismo, dividido en tres candidatos, hizo una especie de "interna" mucho menos reconocida que consiguió una cantidad de votos para nada despreciable, pero dejó mucho más en evidencia la profundidad de su crisis. Tomados en su conjunto, tanto la acción de los dirigentes de las fuerzas tradicionales como las orientaciones de los electores, pueden considerarse como una nueva, y

El disgusto expresado por tantas personas hacia el juego político desde mediados de los '90, ya permitía pensar que el proceso de modernización y de reflexión sobre lo público había avanzado más en la ciudadanía que en quienes decían ser sus "representantes".

la más palmaria, manifestación del proceso de descomposición del bipartidismo peronista - radical cuya vigencia tiene más de medio siglo.

La procedencia peronista del nuevo presidente debe, en consecuencia, ser relativizada en el marco del fin del juego de opciones que le dio sentido a la vida política nacional durante un período tan prolongado. La disponibilidad que expresaron los ciudadanos que desplegaron un alto nivel de reflexividad a la hora de votar, generando la incertidumbre en los sondeos de opinión, fue la nota dominante y cuya inequívoca lectura revela el cierre de una época de los sufragios automáticos y atados a tradiciones antagónicas que hoy ya no tienen correspondencia con las ideas y acciones de los dirigentes partidarios que se beneficiaron con las trazas dejadas en el imaginario colectivo por las luchas y las pasiones cuyos ecos, fruto del inexorable renovador que es el tiempo, se extinguen junto con quienes las vivieron en otra realidad. El disgusto expresado por tantas personas hacia el juego político desde mediados de los '90 ya permitía pensar que el proceso de modernización y de reflexión sobre lo público había avanzado más en la ciudadanía que en quienes decían ser sus "representantes".

Hoy la cuestión que cabe plantear es si el gobierno de Kirchner podrá entrar en sintonía con el nuevo mapa ciudadano y con sus demandas de integración social, preservación de la democracia y reconstrucción institucional y ética de la vida pública. Sería ingenuo creer que todos esos reclamos, no necesariamente sostenidos por los mismos actores ni con igual prioridad, son de fácil satisfacción; pero en las actuales condiciones de desarticulación económica, política y social, encarar la tarea de su realización puede ser la única manera de reunir los apoyos sociales necesarios para crear una efectiva legitimidad al actual gobierno. No está de más repetir que en nuestros días, prácticamente, no existen tradiciones políticas, partidos o corporaciones que puedan transferir por sí mismas una legitimidad gubernamental suficiente como para intentar resolver los grandes problemas argentinos.

Ricardo Sidicaro. UBA-CONICET. Doctor en Sociología. Ha publicado recientemente *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-55/1973-76/ 1989-99. Siglo XXI Editores Argentina, 2002.*

A 60 años de la rebelión del Ghetto de Varsovia

Memorias de la resistencia

por Ing. Mauricio Tenenbaum

“El sueño de mi vida se ha cumplido: la autodefensa judía en el Ghetto de Varsovia es un hecho. Soy testigo del heroísmo de los sublevados”, escribió en abril de 1943 un combatiente de la resistencia judía. En esta nota, la crónica de una rebelión que sirvió de ejemplo al resto de la Europa ocupada.



Soldados Alemanes arrestan a miembros de la Resistencia Judía durante el levantamiento del Ghetto de Varsovia, para ser deportados.

El 19 de abril pasado, se conmemoraron sesenta años del histórico levantamiento del guetto de Varsovia. Nadie discute el significado fundamental en la resistencia universal contra la opresión, y particularmente en la lucha contra el nazismo alemán, ucraniano, lituano y polaco durante la Segunda Guerra Mundial. En cambio, se hace necesario reconstruir los hechos históricos a partir de una crónica que no distorsione tendenciosamente los acontecimientos y protagonistas.

Pretendemos contribuir para incorporar la epopeya de los jóvenes judíos militantes de los partidos políticos sionistas de izquierda y derecha, del Partido Socialista Judío (Bund), Partido Comunista, en el recuerdo y la memoria de las generaciones que nos siguen, el martirio y los sufrimientos y las victorias alcanzadas. El 23 de abril de 1943, arriesgados luchadores anti-nazis pegaron carteles en las calles de Varsovia, en su sector "Ario" (fuera del guetto judío en armas): "Por nuestro y vuestro honor nacional y social... Viva la Fraternidad de Armas y Sangre de la Polonia Combatiente ¡Viva la libertad! Muerte a los ocupantes criminales y asesinos". Z.O.B. (Organización Judía de Combate).

La crónica que desarrollaremos reúne testimonios de líderes sobrevivientes, que desde posturas ideológicas a veces enfrentadas, contaron su verdad.

El escritor Jorge Semprún acota la suya: "Nadie puede contar ni literaria ni cinematográficamente la verdad absoluta del horror. Parecería irreal, nadie se lo creería, sería una paradoja."

Los hechos

Durante la ofensiva del Hitlerismo para dominar el mundo durante la Segunda Guerra Mundial ocurrió un hecho inesperado que marcó el destino trágico de Europa Oriental y sus millones de ciudadanos judíos. Hitler y Stalin, el Nazismo y el Comunismo firmaron el Tratado de Amistad y no Agresión. El 13 de agosto de 1939, la Unión Soviética y Alemania, representados por sus cancilleres Molotov y Ribbentrop, acordaron repartirse el territorio de Polonia en los días que seguían. Su capital, Varsovia, sería conquistada por Alemania.

El 1º de septiembre de 1939, los nazis invaden Polonia, con una población judía de 3.350.000 personas, la mayor de Europa, y el 27 de septiembre, Varsovia, tras cuatro semanas de asedio y resistencia, capitula. El pueblo polaco entierra a sus muertos y soporta resignadamente el paso de ganso y la arrogancia nazi, aprende a luchar por la sobrevivencia, las tarjetas de racionamiento y el sometimiento a la ley *Verbotten* de los nuevos dueños.

Para los judíos comenzaba la tragedia que condujo a la desaparición de la comunidad judía más importante de Europa. En Varsovia convivieron con el resto de la población polaca durante mil años y llegaron a ser un tercio de la misma en 1939: trescientos sesenta mil judíos que desarrollaban una intensa y creativa actividad industrial, profesional, financiera, cultural, política y religiosa.

El ocupante nazi encuentra a esta gente en una situación de total desorientación, aterrorizada y abandonada. A los pocos días de iniciada la invasión, el 7 de septiembre, toda la dirigen-

"Decenas de niños forzados a madurar al filo de la muerte. Muchachos que querían revelarse contra el filisteísmo de sus mayores, que amaban esas calles judías donde habían crecido, ese ambiente judío que los había educado... y que a pesar de todo se empeñaron en vivir una vida diferente. Se rebelaron contra el silencio y la tranquilidad ilusoria, contra la depresión de los judíos y su falta de seguridad física y espiritual".

cia de la comunidad judía abandona la ciudad y deja a la población sin respaldo ni apoyo orgánico, desprotegida de dirección política, donde el temor a la aplicación de las leyes nazis (leyes de Nuremberg de 1933) se instala generando terror e impotencia. Golpizas, expulsión de viviendas, capturas en las calles en operativos represivos, requisas y apoderamiento de patrimonios al conjunto de la población llegan a su punto culminante con el asesinato de los miembros más combativos de los partidos políticos, especialmente los lúcidos dirigentes del Comité Anti-nazi de 1933.

El 12 de noviembre se obliga a todo judío, a partir de los 12 años, a llevar sobre el brazo derecho una banda blanca con una estrella de David. Las organizaciones políticas, culturales y sociales pasaron a la clandestinidad, sus actividades se concentraron en la publicación de diarios, revistas en la actividad educativa y de solidaridad, por separado y renovando los debates ideológicos que los distanciaban antes de la ocupación.

El Ghetto (*)

El ghetto y la construcción del enorme muro de separación del resto de la ciudad de Varsovia fue creado el 16 de octubre de 1940. Fugitivos que huían de las provincias y la orden militar estricta de desplazarse de los barrios vecinos hacia aquél, ampliaron la población a 550.000 judíos apretujados en cien manzanas con veintisiete mil departamentos. Abandonados a sus propios recursos, al hambre, la desocupación, las enfermedades y, principalmente, segregados física y definitivamente de la población polaca que continuaba su vida "normal".

Los muros del ghetto encerraban a una población a la que había que someter, destruir su autoestima y eliminar toda idea de resistencia. La actitud pasiva de la población fue el resultado de la acción traidora de la mayoría de los miembros del recientemente designado Consejo Judío (*Iudenrat*), la nueva policía judía y los soplones. El ghetto "no era precisamente un lugar en el que se manifestaban todas las virtudes". Nuevos ricos, especuladores y lacayos de la Gestapo acumulaban fortunas mientras otros judíos en harapos no probaban alimentos durante días y vivían a la intemperie o hacinados en la promiscuidad de pequeñas habitaciones, "el bajo se hizo más bajo aún, y el noble crecía aún más su espíritu y su firmeza moral".

Mientras tanto, los jóvenes formados en los partidos políticos antes de la ocupación para la lucha por una sociedad

más justa, libre y solidaria, entendieron que había llegado la hora de su aparición en el escenario de combate por la libertad y contra el ocupante. Los nazis calculaban que la depresión colectiva en que había caído el conjunto de la población los haría proclives a aceptar el sometimiento sin resistencia y lanzaron consignas para crear esperanzas, expectativas y separarlos de las débiles convocatorias que los partidos políticos les hacían llegar. Esperanzados en salvar la vida y en negar la realidad, no querían aceptar como ciertas las primeras noticias que llegaban sobre el asesinato en masa de judíos en las cámaras de gas de Chelmo y otros campos de exterminio.

Durante 1940 y 1941, los grupos juveniles organizaron huelgas, manifestaciones callejeras y las primeras acciones de enfrentamiento a la represión de las S.S. y de la Policía Judía. En marzo de 1942, se constituye el Bloque Antifascista Judío: sionistas socialistas, socialistas (Bund 2) y comunistas con contactos con el partido Socialista Polaco y el Ejército Nacional Polaco que funcionaban fuera del ghetto producen el hecho fundamental que cambiará la relación de fuerzas en el enfrentamiento a los enemigos.

El 20 de enero de 1942, el gobierno alemán decide planear "la solución final al problema judío", reuniendo en el edificio de la calle Wansee de Berlín a los funcionarios de más alto rango y con minuciosidad burocrática, se propone el envío de millones de judíos europeos a los campos de exterminio y a su asesinato en las cámaras de gas.

Ese plan debía aplicarse de inmediato en Varsovia y a ese efecto, en mayo, logran detener y asesinar a la plana mayor de la resistencia. Eso facilita que, entre el 22 de junio de 1942 y hasta el 3 de octubre, logren deportar a los campos de exterminio y conducir a la muerte a más de trescientos mil judíos con mínima resistencia. Aun así, cerca de ocho mil mueren en combate. Sería tema de una nota más extensa el abordar los métodos empleados por los alemanes y sus colaboracionistas judíos para forzar a trescientas mil personas a evacuar sus casas, concentrarse en las estaciones, subir a los trenes y voluntariamente aceptar la deportación.

En agosto, setiembre y octubre, la resistencia, en particular miembros de la derecha sionista, inician el ajusticiamiento de los jefes de la Policía Judía, soplones y confidentes de los alemanes. El 20 de octubre, culminan las trabajosas negociaciones para la unidad en la lucha antinazi y se crea un comité coordinador con división de responsabilidades: Departamento de Propaganda, de Finanzas, compra de armas, construcción de refugios y relaciones con la zona ariá. La principal decisión es la formación de un grupo de combate unificado: la histórica "Organización Judía de Combate (Z.O.B.)", a su frente designan a un joven militante sionista de extraordinaria personalidad, de veinticuatro años, fogueado en muchas acciones individuales y probado en su entereza: Mordejai Anielewicz, completando el comando, Marek Edelman del Bund Socialista, Itzjak Zukerman y Herz Berlinski (sionistas de izquierda) y Michel Rosenfeld (comunista). Todos jóvenes de alrededor de 20 años, ninguno soldado profesional. Se formaron

cincuenta unidades de cinco combatientes cada una. Así describía la joven combatiente y enlace entre ghettos, Jaija Grossman, sus identidades: "Decenas de niños forzados a madurar al filo de la muerte. Muchachos que querían revelarse contra el filisteísmo de sus mayores, que amaban esas calles judías donde habían crecido, ese ambiente judío que los había educado... y que a pesar de todo se empeñaron en vivir una vida diferente. Se rebelaron contra el silencio y la tranquilidad ilusoria, contra la depresión de los judíos y su falta de seguridad física y espiritual".

El 18 de enero de 1943 se pone en marcha el primero de varios intentos de las SS para capturar al resto de los ciento cincuenta mil judíos sobrevivientes, y se encuentran con una inesperada resistencia armada. Fue la chispa que produjo los primeros alzamientos. La insurrección comenzaba, las primeras unidades que entraban en acción habían logrado interrumpir y demorar las deportaciones y los pobladores que no colaboraban con los grupos armados se sorprendieron de que hubiera otra alternativa. Los judíos pudieron saborear su primera victoria, habían luchado y triunfado. Era posible, "la insurrección también tuvo repercusión fuera del ghetto. El clandestino ejército nacional polaco, que siempre había ignorado los desesperados pedidos de colaboración, quedó impresionado por el heroico levantamiento y entregaron a sus contactos del Bund cincuenta ametralladoras y cincuenta granadas, una gota de agua al mar de sus necesidades." Las células armadas lograron aterrorizar a los colaboracionistas del Consejo Judío, hicieron huir o mataron a muchos miembros de la policía y pasaron a dominar la noche del ghetto y el silencio dominante durante los días. Varios intentos de las SS por recuperar el ghetto fracasaron y la hegemonía de la Organización Judía de Combate se imponía. Muchos habitantes hostiles a la resistencia se adhirieron a última hora y reforzaron sus filas. Hubo también acciones políticas y de esclarecimiento contra los intentos nazis de seducir a los más débiles y separarlos de la resistencia.

Las últimas acciones

El 19 de abril es equívocamente denominado "el día del levantamiento". En realidad, fue el comienzo del último y masivo intento de los nazis que con tropas frescas, más numerosas y armas pesadas, intentaron retomar el ghetto, asesinar al resto de los cincuenta mil sobrevivientes, y transformarlo en escombros. Era la víspera del Pesaj (Pascua Judía en recordación del éxodo de Egipto), y también el del cumpleaños de Hitler. Algunos piensan que la recuperación del ghetto era el regalo que las tropas alemanas pensaban ofrecerle. Fracasaron varios intentos de penetrar al ghetto, la lucha se desarrolla calle por calle, casa por casa, defendiendo y luchando hasta la muerte en los refugios desde el 24 de abril hasta el 8 de mayo. Fue una epopeya que, hora a hora, día a día, mostraba lo que podía el valor de una juventud dispuesta a no rendirse y mostrar que valía la pena reivindicar la dignidad judía y servir de ejemplo a todos los otros países ocupados de Europa. Dos semanas antes de su heroico fin, Mordejai había escrito a su lugarteniente, Antek Tzukerman

El 19 de abril es equívocamente denominado "el día del levantamiento". En realidad, fue el comienzo del último y masivo intento de los nazis que con tropas frescas, más numerosas y armas pesadas, intentaron retomar el ghetto, asesinar al resto de los cincuenta mil sobrevivientes, y transformarlo en escombros.

quien se hallaba en el lado ario de Varsovia: "El sueño de mi vida se ha cumplido: la autodefensa judía en el ghetto es un hecho, la resistencia judía armada es una realidad. Soy testigo del heroísmo de los sublevados judíos."

La combatiente Tzivia Lubetkin, en su testimonio, declaró que en los días de combate en el ghetto se veía a muchos judíos que se abrazaban de regocijo en plena calle por haber llegado, por fin, el día de la verdad.

El primero de mayo, la comandancia resuelve convocar al festejo del Día de los Trabajadores con acciones militares de mayor envergadura. "Al anochecer tiene lugar la convocatoria. Cortos discursos y el canto de La Internacional. Nunca La Internacional fue cantada en un sitio donde ha sucumbido un pueblo. Se oyen palabras conmovedoras", recuerda Marek Edelman. El eco del coro llegó más allá de los muros del ghetto.

Después del 8 de mayo cae la comandancia del Z.O.B. y Mordajei Anielewicz se suicida. Continuaron resistiendo pequeños focos de un total de sesenta que escaparon, hasta que en setiembre, los últimos diecisiete combatientes que sobrevivieron logran subir a un camión de la resistencia comunista polaca que los sacaron del ghetto y los trasladaron a los bosques cercanos.

Allí se sumaron a las brigadas partisanas donde casi todos perdieron la vida en acciones contra los alemanes y en algunos casos, traicionados por los soldados antisemitas del Ejército Nacional Polaco. Recién en octubre, los alemanes toman el control completo de la ciudad.

Todavía un pequeño grupo de sobrevivientes tuvo una activa participación, como Organización Judía de Combate, en el levantamiento generalizado anti-alemán de la población de Varsovia en 1944.

Vale la pena recordar una conclusión política fundamental de Marek Edelman: "Me parece que nunca hubo una relación tan armónica y coordinada entre gentes de distintos partidos y grupos políticos como en este período, todos éramos combatientes de una causa justa".

El 12 de abril de 1951, el Parlamento de Israel resolvió fijar en el calendario hebreo un día destinado a conmemorar especialmente la Shoá, el asesinato de seis millones de judíos (incorrectamente llamado holocausto), coincidentemente con el recuerdo de los hechos heroicos que protagonizaron los movimientos judíos de resistencia a los nazis y particularmente en el ghetto de Varsovia. En el calendario gregoriano es el 19 de abril.

La lucha continua

La vocación de lucha por los más altos ideales del hombre en-

contró a los sobrevivientes del levantamiento, continuando la misma en los países que eligieron para seguir con sus vidas. Terminada la guerra, Tzivia Lubetkin y Antek Zukerman viajaron a Israel y vivieron en el Kibutz Lojamei Hagettoot (los luchadores de los ghettos) construyendo una isla socialista democrática. La inolvidable Jaika Grossman también se radicó en Israel, fue diputada por el partido socialista Mapam y destacada luchadora por la Paz entre israelíes y árabes. Marek Edelman se quedó en Polonia, se recibió de médico cirujano, luchó contra la dictadura servil del stalinismo, siendo uno de los dirigentes del sindicato Solidaridad y luego enfrentando a la corrupción de Lech Walesa y sus seguidores. Todos ellos, en algún momento, visitaron la Argentina. Quien esto escribe, en 1987, tuvo el honor de organizar el conmovedor encuentro privado de Jaika Grossman y Hebe de Bonafini en la Casa de las Madres de la ciudad de La Plata. Acompañamos a Marek Edelman en su visita a la ciudad de La Plata en el mes de mayo de 1995. Allí tuvo encuentros con jóvenes y dejó su mensaje: "Afectuosos saludos a la ciudad donde la juventud hace años pasó una matanza por parte del régimen fascista y reconstruyó una nueva vida. Creo que en el futuro vivirán en un mundo mejor y más libre, sin crímenes y con más amor".

1. Ghetto: barrio en el que vivían o eran obligados a vivir los judíos en algunas ciudades de Italia y otros países durante la Edad Media. La zona residencial libre, pasa a ser zona cerrada. Hipótesis sobre el origen: La más aceptada es la que hace derivar "ghetto" de la palabra veneciana "geto", que quiere decir fundición. Según se cree, el primer barrio cerrado obligatorio para los judíos en Venecia fue establecido en las cercanías de una fundición, en el año 1516.

2. Bund: Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia. Fundada en 1897 con filiales en los países con clase obrera judía. Partido clasista y antisionista. Sus líderes participaron de la fundación del Partido Socialdemócrata Ruso de Lenin.

3. Sionismo. Movimiento Nacionalista Judío creado en Basilea, Suiza, en 1897. Su programa recogió adhesiones en todos los países con comunidades judías. Movimiento no clasista con predominio laico. Su acción culminó con la creación del Estado de Israel en el año 1947.

4. Holocausto. Del griego, holos: todo, y kaustos: quemado. Sacrificio entre los judíos en que se quemaba toda la víctima (un animal). Nada que ver con la Shoá (aniquilamiento) que sufrió el pueblo judío por parte del nazismo alemán y sus aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

· "Los que supieron morir", Antología del ghetto. Varios autores. Ed. Candelabro.

- "La resistencia en el ghetto de Varsovia", Schlomo Mendelson. Ed. Cong. Judío Latinoamericano.

- "El ghetto lucha", Marek Edelman, Ed. Mila.

- "No moriré del todo", Irene Birnbaum, Ed. Mila.

- "Tiempo de recordar", Jack Fuchs. Ed. Mila.

- "La resistencia clandestina", Jaika Grossman, Ed. Milá.

- "Ghetto de Varsovia. Lección permanente", Mina Fridman Ruetter. Ed. Agrupación 19 de abril.

- "Cinco estudios sobre el genocidio", Daniel Fajershtein. Ed. Acervo Cultural.

- "El exilio de la memoria", Jacques Hassoun, Ed. Xavier Bóveda.

El deterioro del mundo del trabajo

La sociedad de lo descartable

por Ricardo Antunes

Ilustraciones Daniel Ontiveros

En esta ponencia, presentada en el III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva, realizado en setiembre de 2002, el sociólogo brasileño indaga en aspectos centrales del modelo neoliberal: la destrucción y precarización de la fuerza de trabajo, el desempleo estructural y la degradación del medio ambiente.

En las últimas décadas, el capitalismo contemporáneo acentuó su lógica destructiva y diseñó algunas de las tendencias que vienen afectando fuertemente el mundo del trabajo. Este patrón de acumulación, que fue dominante durante todo el siglo XX, se ve alterado, mezclado, y en algunos casos hasta sustituido, por las formas productivas flexibilizadas, desreguladas, de las cuales la llamada "acumulación flexible", el modelo japonés, constituye un buen ejemplo.

Del mismo modo, el estado de bienestar social —el welfare state— que dio sustento al modelo socialdemócrata y conformaba el aparato político, ideológico y contractual de la producción industrial en los países centrales, queda también oculto por la desregulación neoliberal, privatista y antisocial.

Con la reestructuración productiva del capital como base material, el proyecto neoliberal adoptó formas singulares e hizo que los diversos países reorganizaran su mundo productivo, procurando combinar elementos del ideario neoliberal y dimensiones de esta reestructuración productiva económica.

Cada vez más apegados a la agenda neoliberal, los diversos gobiernos, incluso los llamados socialdemócratas, han ofrecido ejemplos de compatibilización y defensa de este proyecto: Fernando Henrique Cardoso, en Brasil o Tony Blair, en Inglaterra. La práctica de la reestructuración productiva

se compatibilizó con algunos fundamentos básicos de la llamada política económica y del ideario neoliberal. Pero los mismos objetivos que conducen a esas dos fuertes tendencias —que en verdad no son sino respuestas del propio sistema a una crisis estructural iniciada en la década de 1970— acentuaron las tendencias destructivas que presiden su lógica, afectando la gestión de la democracia en América Latina. Cuanto más alimentan la competitividad, cuanto más alimentan la financiarización de la economía, más nefastas son sus consecuencias, de las cuales dos manifestaciones son particularmente virulentas y graves: la destrucción y precarización sin paralelo en toda la historia moderna de la fuerza humana que trabaja, que desemboca en el desempleo estructural. En segundo lugar, la creciente degradación que destruye el medio ambiente y la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza, guiada por una lógica de mercado volcada prioritariamente a la producción de mercancías para un proceso de valorización del sistema del capital.

Resulta hoy evidente el carácter destructivo del mundo contemporáneo. Un mundo regido por una razón instrumental completamente irracional. Se trata de una aguda destrucción signada por esta crisis que marca la desociabilización contemporánea. Una sociedad que destruye la fuerza humana que trabaja, que destruye sus derechos sociales, donde se

brutalizan enormes contingentes de hombres y mujeres que viven de la venta de su fuerza de trabajo. Una clase trabajadora más fragmentada, más heterogénea, más complejizada, más precarizada, y que vive en condiciones de exclusión inaceptables. ¿Cómo podemos imaginar el sentido de la desocupación en un continente donde los niveles de welfare state son escasos o casi inexistentes? Los sistemas tornan predatoria la relación producción/naturaleza, creando una monumental sociedad de lo descartable. Un sociedad de la superfluidad.

Este escenario está caracterizado por una tríada que domina el mundo: Estados Unidos, su NAFTA y ahora el ALCA. ¿Qué será el ALCA? ¿La doctrina Monroe del siglo XXI? No es sólo la integración de la producción, del mercado, sino también de los servicios, desde Estados Unidos en cuanto país económica, política, ideológica y militarmente hegemónico, pero secundado por Alemania y la Europa Unificada, Japón, Asia del Pacífico y otros países asiáticos. Cuando uno de los polos se fortalece, los otros se resienten y debilitan. Por ejemplo: la crisis que se intensifica ahora en Estados Unidos —antes fue Japón— y cuyo potencial de propagación es avasallador para América Latina. No soy especialista en economía, pero intuyo que las crisis brasileña y argentina, la crisis latinoamericana, tiene un epicentro. Y este epicentro está un poco más arriba.

La gran expansión de Asia en los últimos diez, veinte años, se dio a expensas de una brutal superexplotación del trabajo. Las mujeres que trabajan en la empresa Nike de Filipinas trabajan 60 horas por semana para recibir un sueldo mensual de 30 dólares, que no alcanza para comprar un único par de zapatillas de los miles que producen. De África, el capital ya no quiere casi nada. Sólo interesa su parte rica. La parte del oro, de la plata, no la parte negra. América Latina se integra a la llamada globalización destruyéndose socialmente: esta es nuestra condición de integración. Los índices de indigencia social hablan por sí solos. En Brasil tenemos cerca del 20 por ciento de desempleo real en las principales capitales. Este cuadro tiene grandes consecuencias en el mundo del trabajo. La disminución del trabajo estable, el aumento acentuado de las formas de precarización del trabajo son fenómenos que se encuentran en expansión en todas partes del mundo, incluso en Estados Unidos. Hay un aumento substancial del trabajo precarizado, un aumento substancial del trabajo femenino en el mundo de la producción y del servicio. Hay una gran expansión de los asalariados medios en servicios. Hay una exclusión monumental a escala mundial de los jóvenes. Hay una exclusión de los "viejos" para el mundo del mercado (alguien de cuarenta años ya no puede retornar al mundo productivo). Hay una intensificación y una superexplotación de los inmigrantes, de los negros. Y hay también una inclusión criminal de niños en el mundo del trabajo: excluyen a los jóvenes e incluyen a los niños. Estos elementos permiten hacer consideraciones acerca del

modo de concebir la democracia. ¿Es posible seguir hablando de democracia cuando la exclusión alcanza al cuarenta o al cincuenta por ciento de la población; una población que no tiene las mínimas condiciones materiales para la sobrevivencia? Tenemos que mirar un poco a ese otro diseño social que emerge de las grandes luchas sociales y de las movilizaciones. Aquello que el más grande sociólogo de mi país, Florestan Fernandes, llamaba la "democracia de los de abajo", para diferenciarla de la "democracia de los de arriba".

En el Brasil de los años 90, inicialmente con Collor de Melo y luego con Cardoso, la exclusión se intensificó por la implementación de medidas propias del recetario neoliberal. El país cambió en la década de 1990. Ya no es el mismo país. Algunos dicen que cambió para bien. Yo diría que la consecuencia de las nuevas formas de gestión productiva, de la flexibilización y la desregulación, fue un enorme daño social, la pérdida de derechos y de identidad nacional. Se dijo que se iba a privatizar todo para que el país saliera de la pobreza. Y se privatizó casi todo. La energía eléctrica está privatizada y sus trabajadores precarizados. La telefonía no está precarizada pero es carísima, una mercancía de alto valor. Lo inimaginable hace algunos años está pasando ahora. Brasil no tiene hoy energía, tiene apagones. Brasil es un país de energía, su pueblo tiene energía; pero el gobierno consiguió "desenergizar" al Brasil.

Este cuadro plantea grandes desafíos para América Latina. Hace diez o veinte años me hubieran dicho que mi discurso era atrasado y que el imperativo era la modernización. México era citado como el ejemplo de modernidad en los años 90. En Brasil, la Argentina era puesta como ejemplo: allí sí están haciendo las cosas bien, están siguiendo las recomendaciones del FMI. ¿Y cómo está Argentina hoy? Se privatizó todo y se arruinó el país. Soy muy optimista respecto de América Latina en este nuevo siglo. Advierto en la Argentina que los desocupados, las asambleas barriales, los de abajo, ya no aceptan que el neoliberalismo sea la única alternativa.

Muchos cambios ocurrieron en mi país durante los años 90. La población económicamente activa es de unos ochenta millones de personas. Diez años atrás era predominantemente reglamentada por relaciones laborales reguladas. Actualmente es enorme el contingente informal. Nosotros decimos en portugués "sin carta de trabajo". Son los informales. Los altos niveles de desempleo afectaron muy fuertemente a los sindicatos. En Brasil hubo un nuevo sindicalismo, del cual Lula es heredero. Este nuevo sindicalismo que nació como sindicalismo de masas —muy combativo, muy clasista— se vio afectado en los años 90. Primero, porque se desarrolló en el movimiento sindical un sindicalismo de nueva derecha, de corte neoliberal, que se llama "Fuerza Sindical", y que defendió la privatización y la desregulación del trabajo. El resultado es un país más o menos destrozado. La otra agrupación importante,

más crítica, con componente fuertemente de izquierda, es la Central Única de Trabajadores. Pero también ésta enfrenta hoy desafíos enormes. Los sindicatos deben romper la barrera social que separa a los trabajadores estables, en franco proceso de reducción, de los trabajadores de tiempo parcial, precarizados, subproletarizados, subempleados, en significativa expansión. Sabemos que los sindicatos se detienen en los estables. Pero el mundo del trabajo está en cambio: hay una reducción del trabajo estable y una ampliación desmesurada del trabajo part-time. Por otra parte, los sindicatos deben colaborar con la autoorganización de los desempleados, en lugar de expulsarlos por la obligatoriedad de pago de la cuota de afiliación. En tercer lugar, deben reconocer el derecho de autoorganización de las mujeres trabajadoras. La ampliación del trabajo temporario implicó una feminización de la fuerza del trabajo. Es necesario que los sindicatos articulen las cuestiones de clase con las cuestiones de género. Y deben abrirse también a los trabajadores más jóvenes. Se trata de un conjunto de desafíos que emergen de la vida cotidiana.

El Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra nació en Brasil a mediados de los años 80, organizando una masa inmensa de excluidos del campo, puesto que la modernización agraria, la mecanización de la agricultura, también provocó desempleo. El MST se mostró receptivo a los desempleados de la ciudad que migraron del campo a la ciudad hace veinte o treinta años y ahora la ciudad les dice: "fuera de acá, retornen a su tierra". Pero ya no tienen más tierras. El MST apareció como un movimiento social abierto al universo de la vida cotidiana de estos hombres y mujeres desposeídos del campo para procurar afrontar esta situación. Y surgió entonces un fuerte movimiento que es actualmente el más importante movimiento social y político de Brasil. Moviliza a una masa inmensa y entrevé la posibilidad de retornar a una vida cotidiana dotada de sentido.

En poco más de quince años, el MST se volvió —de un modo parecido a lo que ocurrió en Chiapas o lo que ocurre en otros lugares del mundo— como un camino de organización menos institucional, menos institucionalizado y más social, menos parlamentario y más de base. No se trata de no negociar. El MST negocia, y lo hace bien. Pero negocia con la fuerza de su base. Y esta fuerza no es pequeña. Una de las tentativas del gobierno de Cardoso ha sido reprimir al MST con una política de criminalización. Cuando no se derrota a un movimiento social y popular de base, auténtico, por la forma consensuada —porque el MST no acepta el consenso de la modernidad destructiva de la que hablábamos aquí— se inicia una campaña de criminalización. Hubo sectores duros del gobierno, herencia de la dictadura militar, que en documentos oficiales compararon al MST con el narcotráfico. Digamos que expresan una doctrina de la seguridad nacional algo vetusta, para no decir protofascista. Como el MST, existen también otros movimientos sociales.

Hubo recientemente en Brasil una manifestación muy significativa. Doscientos hombres, mujeres y niños, desempleados, en su mayoría negros, entraron a un shopping center de Río de Janeiro. Fue una confusión tremenda. El sistema de seguridad del shopping entró en cortocircuito. ¡Tantos negros y pobres entrando en un shopping al mismo tiempo! Los shopping no están concebidos para los negros y mucho menos para los pobres. Es más: generalmente los negros y los pobres son una misma cosa. Los negros entraron. Los pobres entraron. Son el movimiento de los trabajadores sin techo. Los latinoamericanos que, cada vez más, pueblan las villas miseria. ¿Qué querían esos trabajadores sin techo? Decían: "Nosotros construimos los shoppings, pero no podemos entrar en ellos. Nuestras mujeres quieren entrar en las tiendas de ropa y quieren experimentar cómo es una ropa de seda. Nosotros la producimos pero no la conocemos. Los niños quieren entrar a un comercio de juguetes. Quieren saber cómo son los juguetes". Y un grupo se dirigió a una joyería. Inmediatamente, un sistema la cerró con barrotes de hierro, pensando que los miserables (las "clases peligrosas", como diría la historiografía inglesa) querían apropiarse del oro. Ellos pararon, bajaron, se sentaron frente al local de la joyería y comenzaron a leer poemas de Ferreira Gullart, que es un poeta brasileño, y de Pablo Neruda, a quienes probablemente el dueño o el gerente de la joyería no conozcan. Terminaron el día entrando en el patio de comidas. Rápidamente les ofrecieron hamburguesas. Y ellos dijeron: "No, no queremos sus hamburguesas, nosotros sólo queremos sentarnos en las mesas del patio de comidas, junto con los otros que están comiendo. Pero no queremos sus hamburguesas. Vamos a comer nuestro almuerzo. Y comenzaron a comer sus sándwich de pan con mortadela, el sándwich de los pobres también en Brasil. Comieron tranquilamente y se retiraron. El shopping no los pudo reprimir porque no rompieron nada. Era una manifestación para el Brasil y para el mundo, pequeña, como los piqueteros aquí, pero que llega de la exclusión, llega de una sociedad destructiva, llega de una democracia para los de arriba, llega de una democracia institucional que no se ocupa de los de abajo. Lo que los piqueteros piden. Lo que piden quienes gritan "¡Que se vayan todos!". Queremos otra democracia, otra sociedad. El siglo XXI puede abrir una posibilidad para el mundo, un mundo que tiene a George Bush como ejemplo de liderazgo internacional.

Nosotros queremos y podemos cambiar este mundo. La democracia no puede vivir en América Latina excluyendo, precarizando, deshumanizando a aquellos y aquellas que viven de su trabajo. Y hoy ni siquiera ese trabajo consiguen.

Ricardo Antunes es Sociólogo del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de UNICAMP.

Testimonio del último joven que recuperó su identidad

“Se trata de armar un pasado posible”

Este es el relato de Horacio César Pietragalla Conzi, un joven que hace poco más de dos meses recuperó su identidad. Ahora, con 27 años, sabe que fue secuestrado por el Ejército cuando tenía cinco meses de vida, que su madre fue asesinada y un militar lo entregó a una empleada que fue quien lo crió.



“En el 75, la Triple A lo mata a mi viejo en Córdoba. Él era montonero, había llegado a un lugar alto dentro del movimiento. Mi mamá estaba embarazada de mí y pasa a la clandestinidad. Nazco en un sanatorio al que la llevan, en situación clandestina. Por eso, no me hacen partida de nacimiento ni documentos. Ella vuelve a la clandestinidad y la matan en un operativo militar en la casa donde estábamos, en Villa Adelina, el 5 de agosto de 1976. A mí me secuestran. Lo siguiente que sé es, más o menos, cómo llegué a la casa de mis papás que me criaron. Ellos vivían en Villa Lugano. Mi mamá trabajaba en la casa de un militar, Hernán Tetzlaff, como empleada doméstica. El militar tenía una nena apropiada. Un familiar le pide que le consiga un varón. Cuando aparece yo, la familia que le había pedido que le consiguiera un chico, tiene miedo y se echa atrás. Mi mamá escuchaba estas conversaciones donde se hablaba de que había un problema con un bebé al que nadie quería tener. Ella le pidió que se lo diera. Después de insistir lo logró. Mis padres eran —y son— personas de origen muy humilde: mi papá es carpintero, mi mamá empleada doméstica. Ya tenían una hija. Vivían en el mismo edificio que el militar. Ellos me dieron todo, no hicieron ninguna diferencia con mi hermana, siempre éramos iguales para ellos y no tengo nada que reprocharles. Todo es agradecimiento. Pero, a través de los años, y ya desde muy chico, a mí me costaba entender por qué yo era tan diferente a ellos. Como si las piezas no encajaran. Físicamente, porque yo mido casi dos metros, tengo el pelo enrulado, y ellos nada que ver. Pero también en otras cosas, más imperceptibles, que se manifestaban en lo cotidiano. Cuando yo preguntaba por cómo había nacido, dónde, ellos no me hacían una película, pero las respuestas eran raras. En mi partida de nacimiento decía que yo había nacido el

22 de mayo de 1977. Mi nombre: César. En la adolescencia, esta suerte de presentimiento se hizo más fuerte. Mis padres nunca me prohibieron nada, no sentía que tuvieran un cuidado especial o que me quisieran ocultar algo. Sin embargo, yo me sentía extraño de alguna manera. Hasta con mi hermana yo sentí esto, una diferencia de intereses muy fuerte, algo muy marcado. Ellos no me podían llegar a entender a mí algunas cosas que yo pensaba o planteaba. Simplemente, yo no encajaba. Después cuando supe de mi verdadero padre entendí que mi parecido físico, pero también el ideológico eran muy fuertes.

Con el tiempo esto se fue haciendo más fuerte. A principios de los '90, se hizo público que este militar, el represor Hernán Tetzlaff, que vivía en nuestro edificio, tenía una hija que era de desaparecidos. Yo me cruzaba con él en el ascensor, en el pallier, era siempre muy soberbio. Era así con todo el mundo. Si te hablaba era para tirarte abajo. Me acuerdo que yo iba, por ejemplo, con mi bolso a entrenar y él me decía: “Seguro que sos un tronco jugando”.

Mis dudas estaban ahí siempre, pero yo no les daba mucha bolilla. Cuando me puse de novio, hace cinco años, mi novia empezó a ir a mi casa y ella, que venía de afuera de la familia, notó más claramente estas diferencias entre mis padres y yo. Además, un día mi vieja hablando con ella le dijo que el día que se muriera nos íbamos a enterar de algo muy grave. Todo esto me hizo pensar. Hasta que un día me decidí y fui a la CONADP. Recuerdo estar en la puerta y querer irme, pensar que era una locura sospechar que yo pudiera ser hijo de desaparecidos. Pero entré. Ahí me atendieron y me tomaron los datos. Finalmente, me citó la abogada de Abuelas y me dijo que había posibilidades de que fuera hijo de desaparecidos. Ahí se empezaba a confirmar mi duda. Me dijo que podía presentarme ante la Justicia.

Antes de hacerlo pensé que era mejor saber la verdad desde mi casa. Pensé entonces en mis vecinos. Un día me acerqué al portero y le pregunté si él se acordaba de cuando yo había nacido. Le dije que estaba esta chica en nuestro edificio, la hija del militar, que en verdad se había confirmado que era hija de desaparecidos, y le pregunté si yo no había corrido la misma suerte. El dudó, pero finalmente me dijo que el 80 por ciento de la gente que vivía en el edificio sabía que me había traído este militar. Después fui a ver a Marisol, la chica que era hija del militar. Ella ya encontró a su familia de origen.



Después hablé con mis padres. Les dije lo que creía y les pedí que me contaran la verdad, que para mí iba a ser mejor enterarme por boca de ellos. Así fue como me contaron cómo habían sido las cosas. Finalmente, el análisis de ADN arrojó el resultado de que era hijo de Horacio Pietragalla y Liana Corti. El día que supe que era hijo de desaparecidos fue el 11 de marzo pasado. Después me enteré que había nacido el 11 de marzo del 76, es increíble ¿no? Tengo un año más y el nombre que me dio mi madre fue Horacio, como mi papá. Después vine a Abuelas de Plaza de Mayo y me recibieron como si fuera una fiesta. Y conocí a mi familia de origen. Lamentablemente, mis abuelos ya no viven. Me buscaron muchísimo, pero no llegaron a encontrarme. Pero tengo tíos y primos. Y es increíble descubrir que tengo los gestos de ellos, el tipo físico, el mismo humor. Y lo que me resulta bárbaro es que siento una gran cercanía con lo que pensaba mi viejo. Es bárbaro porque empiezo a entender que yo soy así por muchísimas razones.

Y estoy recuperando de a poco la historia, las fotos de mi mamá conmigo recién nacido, las de ellos cuando se casaron... Ahora sé que tuve un hermanito que había nacido antes que yo y que murió cuando tenía tres años por una enfermedad. Es como armar un rompecabezas. Cada uno que se acerca me cuenta cómo eran ellos, lo que querían. Se trata de armar un pasado posible.

Yo soy creyente, por suerte. Así que siempre pienso que nos vamos a volver a encontrar. Y siento que la presencia de ellos me acompaña. Por suerte no me crió un militar y mi familia fue muy buena conmigo. Después hay un montón de casualidades, como la fecha del cumpleaños. O que a mi papá le decían Chacho y a mi papá de crianza, también. Los dos son hinchas de San Lorenzo y yo también. Imaginate que me enterara ahora, después de 27 años, que mi papá



era hinch de Huracán... me hubiese querido morir. Mi familia de crianza está muy conmovida con todo esto. Pero me acompaña. El domingo vamos a reunirnos todos en la casa de un tío, y ellos van a venir también. Después aparecen muchos amigos de mamá y papá que me llaman o me escriben mails y me cuentan muchísimas cosas de cómo eran ellos. Conocer por ejemplo a la mejor amiga de mamá de aquella época, amiga de estudios y militancia y al verla a ella pensar en cómo serían mis viejos hoy. Creo que en esto tuve suerte, porque hay gente que desapareció con sus amigos y compañeros. Y también pensar en la militancia de ellos, en lo que querían y por lo que se jugaban y tratar de entender, no con los parámetros de hoy sino con los parámetros de aquella época. Y siento que si yo hubiese vivido en la época de mis viejos también hubiese militado como ellos. Sé que hay cosas inconscientes y fuertes de esos cinco meses en que viví con mi mamá. Ahora tengo un Edipo total. El otro día alguien me mostró un video donde está ella y no podía parar de llorar. Llevo las fotos en la agenda y ya soñé una vez con ella. Era tan lindo el sueño que ahora sólo espero volver a soñarla. En cuanto supe que mi verdadero nombre era Horacio, todos me empezaron a llamar así naturalmente. Mi documento, algún día dirá 'Horacio César Pietragalla Corti'. Ése es mi verdadero nombre. Hasta hace un mes trabajaba en un supermercado. Ahora estoy trabajando con las Abuelas y estoy tan contento de poder ayudar a que otros también recuperen su historia... Estoy esperando que se confirme si entre unos restos que se encontraron en Córdoba están los de mi papá y si otros restos que tiene el Equipo de Antropólogos son los de mi mamá. Eso sería de alguna manera una forma de cerrar esta historia. Es como si yo quisiera decir: 'Conmigo no pudieron y con ellos tampoco'. Me gustaría saber que no son más desaparecidos, poner los restos de ellos junto a mis abuelos y mi hermanito fallecido. Es una forma de ponerlos donde tienen que estar: donde yo quiero que estén."

1. Se refiere a Hilda Victoria Montenegro (ver recuadro en esta página).
2. Es la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad, creada en el año 2000 con el fin de localizar los niños desaparecidos durante la dictadura.

El militar Hernán Antonio Tetzlaff 1

Mi vecino, el represor

La trama de la apropiación ilegal de niños remite a lo más perverso de la ideología represiva practicada por los militares argentinos de la dictadura. A través de los diferentes casos, se evidencian claros parámetros que dan cuenta de un plan sistemático, elaborado y sostenido en el tiempo por una compleja red de obediencias, complicidades, silencios y pactos de camaradería. Compleja, pero no imposible de indagar, tal como lo ha probado la justicia.

El caso de Horacio Pietragalla da cuenta de cómo se tejía esta red. Para ello solo cabe detenerse en el personaje central de esta historia: Hernán Antonio Tetzlaff, el militar que le sustrajo su identidad y que vivía en su mismo edificio de departamentos, en Villa Lugano. Mayor del Ejército, jefe de los grupos de tareas del centro clandestino de detención "El Vesubio", Tetzlaff actuaba bajo el apodo de "Gordo José". Se apropió de una niña, obtenida en un operativo en que secuestró a sus padres: Hilda Torres y Roque Orlando Montenegro, hoy desaparecidos.

Al momento del secuestro, la niña —Hilda Victoria Montenegro— contaba con tan sólo 20 días de vida. Tetzlaff y su esposa, María del Carmen Eduartes, quienes no podían tener hijos, la anotaron bajo el nombre de María Sol Tetzlaff Eduartes. El militar no sólo contó con la obvia complicidad de su esposa, sino que también obtuvo la ayuda del médico Juan Carlos Zucca, quien firmó la partida de nacimiento falsa, según la cual María del Carmen Eduartes dio a luz el 28 de mayo de 1976.

El caso de Tetzlaff fue uno de los cinco que sirvieron de base al procesamiento y la detención de Jorge Rafael Videla, ordenada por el juez federal Eduardo Marquevich el 9 de junio de 1998 quien consideró que Videla era autor mediato del robo de hijos de desaparecidos durante la última dictadura militar. En la misma causa, el propio Marquevich, señala que Tetzlaff incurrió en el "delito de ocultamiento y retención de menores", que "lejos de parecer una consecuencia de designios criminales individuales y por lo tanto su semejanza (con otros casos) obra de la casualidad, es por el contrario el resultado de un propósito único o concierto previo."

Un testimonio que ayudó a esclarecer el caso de Hilda Victoria —y hoy nos da una idea acabada de quién fue y cómo actuó el represor— fue el que proporcionó el teniente de Fragata (RE) Jorge Eduardo Noguera, padre de María Fernanda Noguera y abuelo de Lucía Villagra, quienes habían sido secuestradas en junio de 1976, en San Isidro. Debido a que Noguera había pertenecido a la Marina hasta 1967, logró en-

trevistarse con Santiago Omar Riveros, comandante de Institutos Militares de Campo de Mayo, para pedirle datos sobre su hija y su nieta. Este militar designó a Tetzlaff —que en ese momento se desempeñaba como "representante de la Escuela de Comunicaciones y era jefe de la zona de San Isidro, Boulogne y Tigre", y que "trabajaba en forma conjunta con el Batallón de Inteligencia de Campo de Mayo", según el testimonio—, para que "lo ayudara a reconstruir el operativo" en el que se habían llevado a su hija y su nieta.

Noguera declaró ante el juez Marquevich que estuvo nueve meses detrás de las pistas y que Tetzlaff lo guiaba. Contó, además, que durante ese período el militar lo pasó a buscar por su domicilio y lo llevó a una vivienda a media cuadra de Panamericana (en la calle Thames o Dardo Rocha) donde la noche anterior había participado de un procedimiento del Ejército en el que —según dijo— "los reventamos". Tetzlaff le contó: "cuando entramos nos encontramos con dos chicos con los ojos gigantes, abiertos, y me quedé con uno". Ante ese comentario, Noguera volvió a ver a Riveros para preguntarle si su nieta no habría corrido igual suerte. El general le aseguró que no y que "esas eran normas para que los hijos de zurdos caigan en hogares bien constituidos ideológicamente". Incluso hizo una mención acerca de que existía una estructura dentro de las Fuerzas Armadas para apropiarse "de los hijos menores de matrimonios zurdos con el fin de enderezarlos". Finalmente, y tras otras gestiones que lo llevaron a consultar al entonces Ministro del Interior Albano Harguindeguy, en el mes de enero de 1977 Noguera recuperó a su nieta.

Tetzlaff estuvo en prisión por la apropiación de Hilda Victoria Montenegro, desde diciembre de 1997 hasta abril de 1998, cuando fue excarcelado por la Cámara federal de San Martín. Posteriormente, en agosto de 2001, fue nuevamente condenado a 8 años de prisión por el juez Marquevich.

La Cámara confirmó la culpabilidad del represor, aunque redujo la pena de ocho a cuatro años y medio. Con la sentencia firme, Tetzlaff fue detenido y hace poco más de un mes falleció.

El caso de Horacio Pietragalla Corti muestra, sin dudas, la impunidad con la que se movían los represores al momento del reparto de lo que se dio en llamar "botín de guerra". Pero también da debida cuenta de que el origen de los chicos apropiados durante allanamientos, o nacidos durante el cautiverio de sus madres en centros clandestinos de detención, era conocido y silenciado por un buen número de personas. En su caso, "el ochenta por ciento de los vecinos" conocía la si-

por Alejandra Correa

ilustración Adolfo Nigro



tuación que lo había llevado a las manos de Tetzlaff, como le confiesa a Horacio, el portero de su edificio.

Es decir, al plan sistemático elaborado por los militares se sumó, en un gran número de casos, una acogida silenciosa, resignada y atemorizada por parte de la sociedad civil. O acaso, ¿es tan fácil que en el seno de una familia entre en escena un bebé sin justificaciones? Es decir: sin embarazo, sin parto, sin documentos, sin antepasados. ¿Y los familiares? ¿Y los vecinos? ¿Y los amigos de la familia? ¿Y los médicos? En un gran número de casos las pruebas y los testigos han quedado sepultados por el silencio, el miedo y la resignación que construyeron, a través de los años, una red realmente difícil de desarmar.

Esta es una historia que escribió la dictadura. Una historia que posibilitó por ejemplo, que un represor intentara "paternar" a una niña siendo el asesino de sus verdaderos padres, o que fuera vecino de otra de sus víctimas durante años y que tuviera el poder suficiente para manejar una porción del "mercado" de niños a quienes se les hurtó la identidad para convertirlos primero en objetos y luego en mercancía.

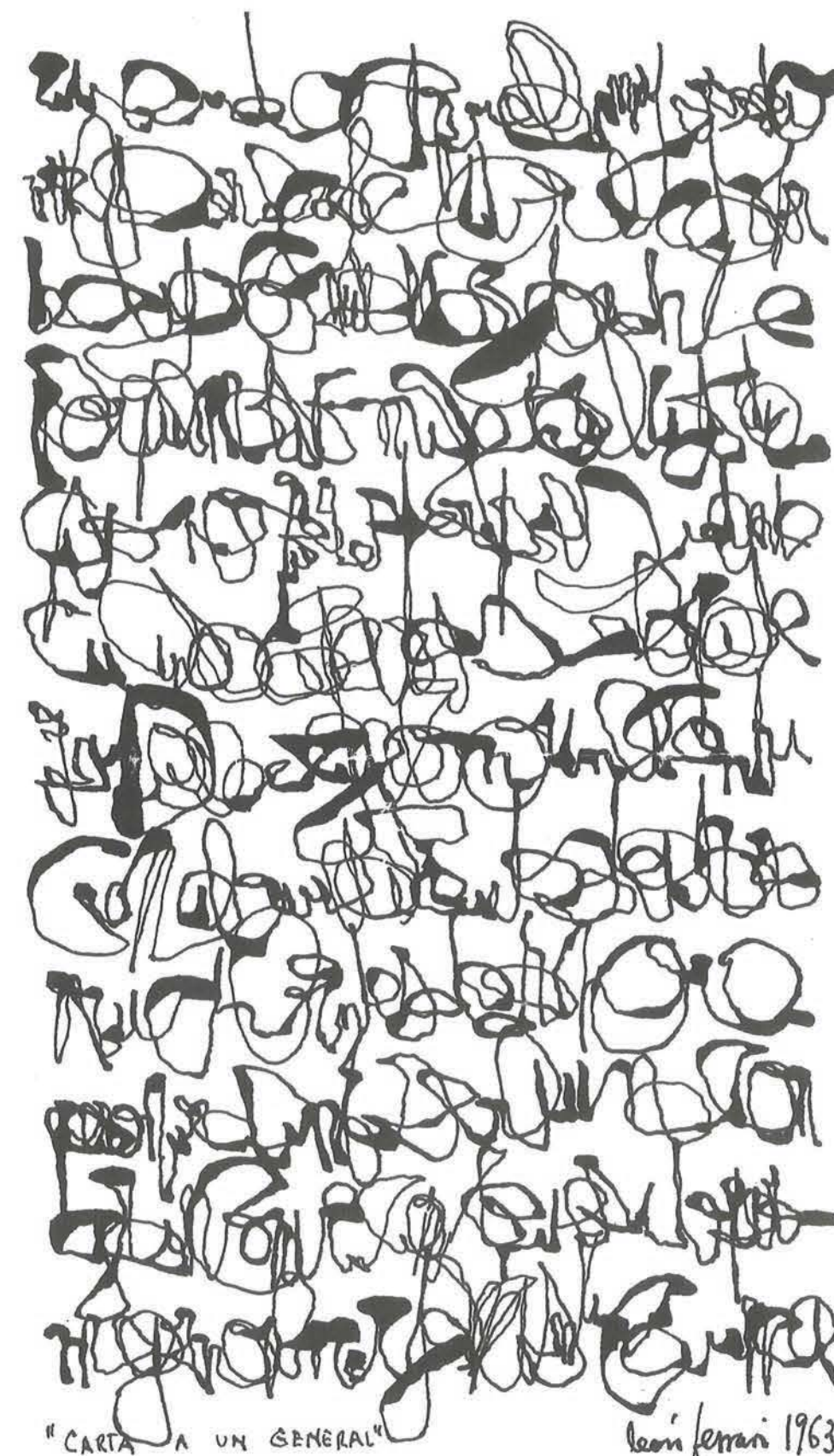
Esta es la más pesada carga con la que la dictadura preñó a la sociedad democrática. Con ella conviven una buena cantidad de ciudadanos argentinos. Es la piedra que las Abuelas de Plaza de Mayo, en la búsqueda de sus nietos, vienen arrastrando cada día de sus vidas.

Literatura y memoria

Reescrituras del pasado

Ilustraciones León Ferrari

En este dossier se da cuenta de algunas claves sobre las relaciones posibles entre la literatura y la memoria. La poesía de Juan Gelman, los aportes del género testimonial en la construcción de los relatos sobre la última dictadura militar, la vigencia de esta temática en las recientes producciones de escritores argentinos de diversas generaciones y la forma en que la historia social se entrecruza con la personal para dar origen a un relato, son algunos de los temas en los que se centran los autores de los artículos que publicamos en las siguientes páginas.



"CARTA A UN GENERAL"

león ferrari 1963

Madres e HIJOS

en la poesía de Gelman

Para el autor de este artículo, los textos de Juan Gelman, tanto como los discursos de otros sobrevivientes que él cita o recopila, producen la experiencia familiar y colectiva como experiencia artística. Lo vivido se “recorta” contra lo ordinario y demanda construcciones de significación para las que no hay lengua cultural disponible. En ese nuevo territorio, lo literario logra hacer su aporte a la construcción de la memoria colectiva.

por Miguel Dalmaroni

Ilustraciones León Ferrari

para Lucy Chatte

*“Lo más interesante que he escuchado en este campamento es lo que dijo Jirafa, el poeta. Que los filósofos sacan lo nuevo del trasmundo”.
Escuchado en el campamento nacional de HIJOS
Córdoba, octubre de 1995.”*

“Mi mamá no será guacha de sus hijos”

En el libro de testimonios de hijos de desaparecidos que compiló con Mara La Madrid, Juan Gelman incluyó, entre tantos otros, un texto de Andrea Suárez Córlica, cuya madre había sido secuestrada, torturada y asesinada por un comando de la Triple A en 1975.² En ese testimonio, en términos muy similares a los que había empleado en un libro con relatos de sueños publicado poco antes³, Andrea discurre sobre una experiencia que repiten muchas otras de las voces reunidas allí por Gelman y La Madrid: las formas a la vez conflictivas y autoafirmativas de la identificación con la madre ausente. Aunque no es el único, se trata del texto del libro que reflexiona de modo más claro acerca del carácter construido y, en este caso, conciente y hasta intencio-

nal de ese proceso de identificación: “Sobre mi madre, yo fui rescatando la memoria de quienes la conocieron, después tomo lo que quiero. Con mi deseo y con mi intuición voy armando su rostro, su personalidad, y esto va a cobrar más valor cuando mis hijos me pregunten cómo era la abuela” (pp. 377-378). En esa construcción presente para el futuro, compuesta con mucho más que restos del pasado, se destaca un movimiento que aparece primero como amenaza contra la identidad —la hija se confunde con la madre, especialmente en sueños— pero que se resuelve luego en una inversión intencional de la línea de parentesco y funciona como recurso de autoafirmación para darse una memoria operante: cuando su tío materno rechaza una invitación para una Jornada de Memoria donde se reivindicaría a su madre, Andrea anota: “Salimos del departamento y dije: ‘Mi mamá será guacha de hermanos, y de madre si no la llevan a la Jornada, pero jamás de sus hijos’” (p. 375).⁴ La *lógica* de ese desafío en que la hija, como si extrajese del trasmundo de la pesadilla una forma imposible y nueva de las relaciones familiares y del tiempo, declara que será madre de su madre, parece prefigurada en un texto en prosa que Juan Gelman fechó en Roma, el 25 de mayo de 1980:

Acá en Europa el tiempo es sucesivo, nadie se pone el traje que vistió mañana, ninguno ama a la novia que va a tener ayer.

En mi país [...] cualquier futuro ardía en la memoria, el pasado fue un continente que alguna vez descubrirán.

*Acá nadie lavó los pañalitos de su madre [...].*⁵

No es novedoso que eso que la modernidad y aún nosotros llamamos "arte" pueda pensarse como una de las formas de la experiencia que se recorta de otras porque opera por el camino más atravesado y, en lugar de arribar finalmente a destino, por ese atajo contrario del que se toma conocimiento únicamente durante su mismo discurrir, descubre territorios y contra-tiempos imposibles de ser hablados por el orden del discurso o pensados por la ideología. Las figuras con que una noción de "arte" como esa se ha inscripto en el pensamiento más o menos reciente son muchas. En el cruce de los textos que propongo leer aquí, la figura que toma forma es la de una inversión con efecto contracultural: el "arte" como una palabra-saco con que podemos referir, entre otros, un tipo de acontecimiento de la producción de significaciones en que cierta inversión desanda, a veces en el camino de la paradoja, recorridos impuestos a la experiencia por los sistemas de sentido de la cultura. Y que, cuando se trata de recorridos a que se nos ha obligado con grados extremos de violencia, se apura no tanto como contestación sino más bien como un juego revertido de descomposición-composición: da vueltas lo que se impone y, tras el desarme, muestra que aquello que estaba antes del sentido obligado de la barbarie cultural se reengendra como si fuese su efecto, la ironía involuntaria de su revancha *natural*, de su venganza no deliberada.⁶ "El monstruo de la razón engendra sueños", según le hizo escribir Gelman a uno de sus heterónimos, Julio Greco, "asesinado o secuestrado por la dictadura militar".⁷ Como lo muestra el trabajo de los discursos de la memoria de los HIJOS de secuestrados, desaparecidos o asesinados, con esos sueños se amasaron nuevas formas de identidad.

Fotos y pronombres

"Tengo la imagen de un domingo, mucho antes de que la maten, estábamos los dos solos una tarde, caía el sol, tengo una imagen hermosa, de colores, eso lo tengo así, son fotos que tengo grabadas, tenía un romance yo con mi vieja.

.....
Hay una foto que aparece en todos lados".

Testimonios de Esteban y de Guadalupe, de HIJOS⁸

En relación con la experiencia que construyen, entonces, los discursos de las víctimas sobrevivientes del genocidio dictatorial en la Argentina, lo que me interesa proponer aquí es menos unas hipótesis que una constatación: en una serie de poemas de Juan Gelman en cuyo centro está *La junta luz. Oratorio a las Madres de Plaza de Mayo*⁹, las experiencias

"No es novedoso que eso que la modernidad y aún nosotros llamamos 'arte' pueda pensarse como una de las formas de la experiencia que se recorta de otras porque opera por el camino más atravesado y, en lugar de arribar finalmente a destino, por ese atajo contrario del que se toma conocimiento únicamente durante su mismo discurrir, descubre territorios y contra-tiempos imposibles de ser hablados por el orden del discurso o pensados por la ideología."

construidas por los discursos de los parientes de los desaparecidos desarrollan su forma, es decir se despliegan en un trabajo textual que consiste a la vez en una exploración desregulada de la gramática de la persona y en una representación des-arbórea de las relaciones de parentesco: lo que la experiencia de las víctimas le devuelve al genocidio mediante los trabajos de la memoria que se expanden en la poesía de Gelman es la producción revertida de un engendro antifamiliar, tras el que quedan desplomados los límites y exclusiones con que la cultura estatiza los cuerpos, los vincula o les amputa posibilidades de conexión.

Los organismos de familiares de las víctimas del terrorismo de Estado en la Argentina han insistido con razón en una circunstancia histórica, la fórmula de cuyo descubrimiento el orden constitucional de la llamada transición usó como consigna judicial y luego se negó a reconocer como instrumento político: hubo, se dijo hasta convertir la afirmación en un saber social, un plan sistemático de exterminio. Durante los últimos años del siglo XX, el trabajo de las Abuelas de Plaza de Mayo y de la red de agrupaciones de HIJOS, y las causas judiciales abiertas contra ex genocidas, concentraron la discusión del problema en torno del colmo del alcance de ese plan sistemático: la destrucción de la identidad del *enemigo* hasta en el nivel más recóndito de la constitución de la subjetividad mediante la anulación violenta de los vínculos familiares más elementales y de sus rastros. Los efectos de Orden buscados, digamos, mediante la apropiación de recién nacidos, hijos de secuestradas luego desaparecidas, y mediante la alteración de la identidad de esos niños.

Ahora bien, en la experiencia de las víctimas, es decir en los modos en que los destinatarios del horror construyeron sentido tras esa violencia ejercida de modo pretendidamente definitivo sobre sus cuerpos físicos y sociales, se produjo una reversión tan inesperada por los victimarios como *natural o propia* de la condición de la víctima: a partir de los restos, inevitables hasta para el totalitarismo más compacto, se emprendieron no sólo reconstrucciones que *restituían* parte de lo suprimido sino, además, formas nuevas de la identidad que alteraban las tipologías de la subjetividad individual y familiar mucho más de lo que se imaginaba en

las ideologías dominantes de la intimidad y sus modelos de los vínculos familiares cuando se emprendió el exterminio. El trabajo de búsqueda de una identidad o unos lazos familiares perdidos resultaba reemplazado no sólo por relaciones sucedáneas o sustitutas que tuviesen morfologías análogas a las relaciones familiares convencionales (las que la represión había querido exterminar según una concepción arbórea y unilineal de filiación, parentesco y autoridad paterno-filial) sino también por de-formaciones vinculares *contra-natura* que insinuaban nuevas y, en algún punto, escandalosas estructuras de subjetividad y parentesco.

Ya en el discurso de las Madres de Plaza de Mayo durante los años ochenta, el intento de supresión no sólo de los cuerpos físicos sino también de la ideología de los hijos desaparecidos era revertido de un modo que resultaba por un lado desafiante, pero que por otro no era más que una narrativización de la *obvia* experiencia íntima y colectiva de la madre en búsqueda de la verdad y la justicia para el hijo desaparecido: "Nuestros hijos nos parieron", "Somos las hijas de nuestros hijos". La demanda de restitución se traducía, así, en su ejercicio presente antes que en mera recuperación del pasado e invertía la dirección *natural* de la descendencia cortada, ponía patas arriba el sistema de sentido que la cultura fija en la figura del árbol genealógico y anticipaba, entonces, otras experiencias de contra-construcción de identidad en reemplazo de las cadenas de identidades suprimidas. Lo mismo sucede en el discurso de algunas publicaciones de hijos de detenidos-desaparecidos o asesinados por los genocidas, —poemas, testimonios, relatos de sueños, revistas— en los que el sujeto construye una memoria de la identidad propia sustituyéndola con la imagen del padre o la madre ausente entre rememorada, reconstruida e imaginada en una ficción de espejo y de actualización de legado o asunción de herencia, que —en términos imaginarios— equipara madre o padre con hija o hijo, como identidades intercambiables; y que —en términos históricos— permite una cierta apropiación del pasado, es decir una producción presente de memoria por parte de un sujeto etaria y culturalmente muy diferente de las juventudes revolucionarias de los años setenta.⁹

En la poesía de Gelman, el relato familiar confunde identidades y disuelve la legislación cultural del terreno de lo íntimo, porque las relaciones de parentesco directo entran en un juego de intercambios sólo regidos por un imaginario del amor y del dolor no delimitados por la prohibición del incesto: los poemas figuran e inscriben en su habla la transgresión *inocente* del tabú fundador de la cultura y del Estado, sin que esa transgresión resulte advertida ni registrada como tal en la enunciación. Y a la vez, entonces, los textos invierten la dirección de la herencia o la abren para que vaya y venga sin anularse: memoran el pasado, lo reinventan, como futuro del presente.

En *Carta a mi madre* (1989), Gelman escribe una elegía del in-

"En *Carta a mi madre* (1989), Gelman escribe una elegía del incesto infantil no cumplido, imaginado completamente fuera de los términos de la prohibición, como una forma superior del amor erótico entre el hijo-niño y la madre, muerta en el presente de la enunciación."

cesto infantil no cumplido, imaginado completamente fuera de los términos de la prohibición, como una forma superior del amor erótico entre el hijo-niño y la madre, muerta en el presente de la enunciación. Es recurrente en este extenso poema la representación de las varias formas del encuentro de los cuerpos (la nuca de la madre, su pelo, sus pechos), que va con insistencia hasta la mención nostálgica de la simbiosis prenatal, pero también vuelve hasta intercambiar la identidad, los roles y el lugar físico de los parentescos:

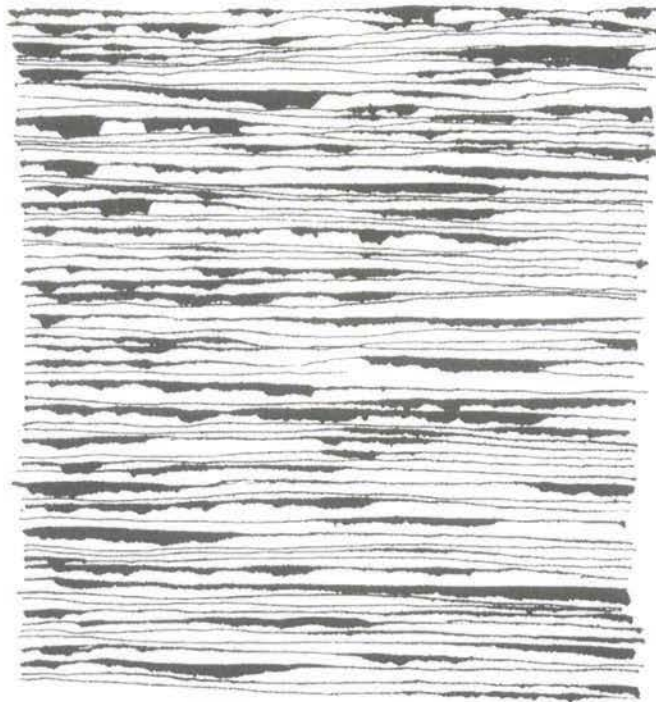
todavía recojo azucenas que habrás dejado aquí
para que mire el doble rostro de tu amor
mecer tu cuna / lavar tus pañales / para que no me
dejes nunca más /
sin avisar / sin pedirme permiso /
aullabas cuando te separé de mí / (p. 28)

.....
entonces me dejabas peinarte lentamente y te ibas
en mí y yo era tu amante y más / ¿tu padre? ... (p. 14)

.....
.../adivinaste que me
preparaba a volver? / yo entraría
a tu cuarto y no lo ibas a admitir / y nos
besábamos / nos abrazamos y lloramos... (p. 7)

En estas añoranzas —escritas a veces en modalidades enunciativas que imitan el habla infantil, como en el uso del pretérito imperfecto ficcional de los juegos (*yo dale que* "nos besábamos")— el hijo sobreviviente que escribe, reconstruye su memoria de las relaciones familiares y las resignifica sobre el presente de la enunciación mediante el abandono de los límites impuestos por el sistema cultural de parentescos: muerta la madre, se la rememora como hermana, como amante o como hija —y el escribiente de la carta se inscribe como su "padre" pero se ha sugerido antes como su madre ("mecer tu cuna / lavar tus pañales"). Además, en la primera cita transcrita, que pertenece al final del poema, el hijo que escribe vuelve a la escena del parto (sobre la que el texto insiste desde el comienzo) e invierte la relación natural entre quien expulsa y quien es expulsado: "aullabas cuando te separé de mí". A la vez, casi todas las citas transcritas arriba están precedidas en el poema por una operación imaginaria de memoria selectiva: el hijo que escribe recuerda

con tanta precisión únicamente una fotografía / Odesa,
1915, tenés 18 años, estudiás medicina, no hay de co-



44/64

mer / pero a tus mejillas habían subido dos manzanas (así
me lo dijiste) [...] / esas manzanas tenían rojos del fue-
go del pogrom que te tocaba? / ¿a los 5 años? / ¿tu
madre sacando de la casa en llamas a va-
rios hermani tos? / ¿y muerta a tu hermanita?
[...] ¿me pedías que fuera tu hermanita? / ¿así me dis-
te esta mujer, dentro / fuera de mí? / ¿qué es esta he-
rencia, madre / esa fotografía en tus 18 años hermo-
sos / con tu largo cabe llo negrizul como noche del al-
ma / partida en dos / ese vestido acampanado marcán-
dote los pechos / las dos amigas reclinadas a tus pies / tu
mirada hacia mí para que sepa que te amo irremediamente (p.
12)."

Así, el recuerdo se hace nítido sólo bajo la forma de la memoria de un *recuerdo*, de un objeto *souvenir* que pudo ser contemplado una y otra vez y que garantiza la fijación de la imagen de la madre antes de serlo, una imagen de juventud en la que todo, pero especialmente aquello que el texto destaca en su memoria de la fotografía, la aproxima más a la figura de una hija o una amante del que escribe. El recuerdo por la fotografía es, además, físicamente comunicable a la mirada ajena: el vínculo del parentesco más estrecho se poetiza mediante la rememoración de una foto de álbum familiar, es decir del registro o testimonio *social* de la intimidad, que actualiza por sustitución visual la presencia de quien ha desaparecido y permite comunicarla, como las pancartas con fotografías de sus hijas e hijos que enarbolaban las Madres de Plaza de Mayo mostrando *en vida* la aparición que deman-

daban. Desde el amor presente, el hijo de toda una vida, que responde la última carta de la muerta (recibida "20 días después de tu muerte y cinco minutos después de saber que habías muerto" -p. 7-), no puede recordarla hoy, en el ahora del dolor de la noticia, sino como hija, hermana, niña, amada, joven estudiante allí fijada: la discronía de la contemplación de la foto rememorada en el texto poético dirige "tu mirada hacia mí" (la voz del poema socializa la relación técnica y la contemplación estética: se ubica y ubica al lector en la subjetividad de la lente) porque el poema, lejos de ritualizar el pasado en su repetición, busca —como quiso verlo Benjamin en la poesía de Else Laske-Schüller— "algo que no se consume en el testimonio del arte del fotógrafo [...], algo que no puede silenciarse, que es indomable y reclama el nombre de la que vivió aquí y está aquí todavía realmente, sin querer jamás entrar en el *arte* del todo", busca "el lugar inaparente en el cual, en una determinada manera de ser de ese minuto que pasó hace ya tiempo, anida hoy el futuro".²² "¿y vos creés que estás muriendo? / ¿antes que muera yo?" (p. 20) pregunta el hijo que escribe la carta a esa madre juvenilizada, como si tras haber invertido los roles quedase autorizado a citar el lugar común según el cual se espera que sean naturalmente los hijos quienes entierren a sus padres (revirtiendo con efecto de paradoja, entonces, esa doxa). Para interpelar el presente-futuro de quienes ven la foto que se les muestra o leen el poema que la recuerda, enarbola en público —como una *Madre*— la foto íntima del pasado que vivió aquí y está aquí todavía realmente.

Ahora bien, ese trastrocamiento móvil de lazos anormales se escribe en *Carta a mi madre* mediante una intervención sobre la norma de la lengua iniciada en libros anteriores. En términos generales, esa intervención retoma transgresiones morfológicas y sintácticas iniciadas por Gelman en *Cólera buey*, entre las cuales la alteración de la concordancia y del género resulta especialmente significativa para la poética de los parentescos de algunos de sus libros: "tus rostros es un aire, una calor, un aguas" escribe Gelman en *Carta a mi madre* (p.8); pero hay que destacar sobre todo cierta exploración contra la gramática de la persona que el libro propone de modo más o menos intermitente: "¿y sin embargo / y cuándo / y yo tu sido? / ¿vos en yo / vos de yo?" (p. 15); "¿qué sembré / cultivé / regué con mi tu sangre" (p.24); "¿soy el que vos morís?" (p. 27). Esta desgramaticalización encuadra en una serie de procedimientos que, aunque podría retrotraerse hasta los primeros libros de Gelman, desciende directamente de citas y comentarios, y de *Notas y Carta abierta (en Si dulcemente)*, es decir los libros del exilio en que la intimidad del dolor personal y familiar traspone y rescribe los límites de la persona gramatical. *Comentarios* está fechado en "roma/madrid/parís/zürich/ginebra/calella de la costa" en "1978-1979", y dedicado "a mi país", y es el libro en que Gelman explora con mayor intensidad la relación yo-tu, pero textualizando la segunda persona del singular con la forma rioplatense del pronombre, "vos", igual que en *Carta a mi madre* y en otros títulos. Para indagar ese vínculo, en *Comentarios* se utilizan los textos reescritos —predominantemente, la fusión mística en Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, y los tópicos del abandono en algunos poetas del tango— como motivación para imaginar el deseo de reunión con el otro, es decir con el yo, como desposorio o reencuentro amoroso y como regreso a la "patria" o "tierra", y desarrollar a la vez formas agramaticales de la predicación:

tan uno somos que vos soy /
yo sos / o resplandores como
agrandamientos de la ser(p.45)

Citas, fechado en "roma" en "noviembre/diciembre 1979", prosigue el registro y el conjunto de procedimientos de *Comentarios* en la figuración agramatical de esa "llama única donde vosmí // crepitamos al sol de la justicia" (p. 134). En estos dos poemarios, "vos" es una patria o una amada sobre la que reinciden figuras o calificaciones lumínicas, entre las que se cuenta una que nos interesa especialmente porque, además de textualizarse asociada al tópico de la *desaparición*, dará título al libro de 1985 dedicado a las Madres de Plaza de Mayo:
[...] como desposorio

de vosmí natural tímido/bajo/
que se alza a arder en tu parlar mismísimo



como *desaparición* de tu ser/
o cuerpo dulce al que entrás como limpia

juntadora de luz? moro tu absorta
aparición de vos en estas vidas/
en estos tiempos/tan subidas unas/
escribidas por vos sobre mi sangre

(p. 109, subr. nuestros)

Pero antes de referirme a *La junta luz*, retrocedo brevemente, a los poemas incluidos en *Si dulcemente* donde lo que se escribía, citando también las figuraciones místicas y amorosas del *Cantar de los Cantares*, de San Juan y Santa Teresa, era en ese caso el extrañamiento del hijo secuestrado y desaparecido: en *Notas* (1979) Gelman había inscripto la primera inversión importante de los lugares de los parentescos, pues el hijo, al que interroga el poema, es "padre de mi ternura" (p. 29). En *Carta abierta* (de 1980, dedicada "A mi hijo"), el "alma" del padre que escribe en segunda persona (y que en un verso se escribe "la padre", p. 50) "se enciatura" (p. 51), "padrea" al hijo pero también lo "deshija" y se deshija, o pregunta al amado: "¿me despadrás para despadecerme?" (p. 52). Por otra parte, se le escribe al hijo acerca de una "realidad que sufrís como pariendo" (p. 57); o se

lo incluye como “vos” en una repetida fusión gramatical e imaginaria con el yo: “volar de vos a vos / sangre de mí” (p. 48), “perderme en tu perder[...] de esta mitad rota de vos /sin vos” (p. 49); y en sistema con esas construcciones recurrentes, la fusión o su imposibilidad se mentan como un estado (perdido o conjeturado, soñado en la escritura) mediante la sustantivación del participio o del gerundio del verbo ser: por una parte, al rostro del hijo, o a un “alma” que puede ser tanto la del hijo como la del padre, se le escribe que “me penás el mientras / la dulcísima // recordación donde se aplaca el siendo” (p. 47); por otra, el estado de identidad distinguible del yo, no fusionada con “vos”, se escribe como desgarramiento o exilio: “odiandomé // la pretensión/el sido/el recordemos// toque sacándome de mí” (p. 60).

La madre en el regazo del hijo

Yo escribo mis sueños cuando los recuerdo. Tuve uno en que voy por una avenida, hay un accidente y veo una nena en el piso y la mamá llorando; después hay una confusión, no se sabe quién es la accidentada, si la madre o la nena.

La abrazo fuertemente poniendo su cabecita en mi hombro y siento asombrada cómo ella, a pesar de ser una bebé, también me rodea con sus brazos.

Andrea Suárez Córlica⁵

La junta luz es uno de los títulos de Juan Gelman que forman parte de esta fase de su obra que —entre 1979 y 1989— va de *Notas a Carta a mi madre*: los textos que analizábamos antes están fragmentariamente citados o reescritos en éste, y el sistema de procedimientos verbales es casi el mismo (la morfología anómala, especialmente en la prefijación; los usos del verbo ser; la segunda persona en “vos” y el insistente tópico de la fusión con la primera persona que habla, en los recurrentes “vosyo” o “sos yo”; los diminutivos, etc.). A la vez, es el libro de Gelman donde de modo más claro y con mayor intensidad su poesía trabaja la expansión de la consigna de las Madres de Plaza de Mayo, “Nuestros hijos nos parieron”⁴ (que no obstante no se cita en el texto) y, según la lógica de esa frase, rescribe el tópico bíblico del “árbol de la vida” como inversión de la figura del árbol genealógico.⁵ El libro, que no se cuenta entre los títulos de Gelman a los que se haya prestado mucha atención, es una pieza escénica más bien breve que sigue en líneas generales la composición del género dramático-musical indicado en el subtítulo, *Oratorio a las Madres de Plaza de Mayo*; una especie de instalación multimedial de tonos hieráticos y graves.⁶

Los personajes más importantes son la “Madre” y el “Hijo (del árbol de la vida)” —quien en otros momentos es la “niña” o el “niño”—, y a través de cuya relación se va desarrollando la acción principal, que representa algunas alternati-

“Los parentescos que se inscriben en estos textos, entonces, lo hacen no sólo como restitución de los vínculos perdidos y de sus formas, sino también mediante invenciones de lenguaje en las que los lugares, los géneros, los tiempos y las direcciones de la identidad se recombinan contra la estructura de las subjetividades familiares provista por el orden social de la cultura.”

vas emocionales y discursivas del proceso de búsqueda del hijo secuestrado y tal vez asesinado y termina reafirmando la necesidad de persistir “hasta encontrarlos”.

En el texto, la Madre interpela al hijo como el “padre de mi ternura” (p.25) o le dice que “te nací” (p. 56); a su vez, la cadena de inversiones del pasado hacia el futuro se continúa en la “niña”, hija embarazada que, en un soliloquio durante su secuestro, dice que el hijo que está gestando es quien “hace mi rostro” (p. 34), o en segunda persona le cuenta que “sos yo” (p. 34). Además de hijas de sus hijos, las madres del texto son discípulas: reescribiendo la escena evangélica del diálogo entre el crucificado y María en el Gólgota, o la del encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena, el vocativo que usa el hijo no es “madre” sino —como en el texto bíblico— “mujer” (pp. 21 y 56). En cambio, la circunstancia escénica en que el hijo trata de “mamá” a su madre es aquella en que la tiene “en su regazo” y “la acuna” (p. 23). Esta inversión del vínculo corporal se organiza para el resto de la pieza en una acotación escénica escrita en prosa casi poética, después del primero de los siete cuadros que componen el oratorio, donde se describe el “árbol de la vida” como un artefacto de *degeneración*-regeneración entre cultural, animal y fantástico, al que “movimientos marinos de cuerpos que se juntan y separan, van construyendo”: el árbol, “que también es la pirámide de mayo” va siendo armado por los cuerpos “con animales rarísimos”, “perros de ocho patas con cara de mono, sirenas con una oreja como vientre y torso”. Y en esa escenografía en movimiento, la relación invertida entre madre e hijo retoma la con-fusión erótica de los otros libros de Gelman que comentábamos: “en el centro del árbol de la vida están la madre y el niño. la madre es bellísima y joven. el niño es un hombre, está semidesnudo, brilla. los dos son jóvenes y bellos, como amantes, son amantes, sin gestos exteriores. la madre está en el regazo del niño” (p. 19).

Los parentescos que se inscriben en estos textos, entonces, lo hacen no sólo como restitución de los vínculos perdidos y de sus formas, sino también mediante invenciones de lenguaje en las que los lugares, los géneros, los tiempos y las direcciones de la identidad se recombinan contra la estructura de las subjetividades familiares provista por el orden social de la cultura.

Por supuesto, la posibilidad del desarrollo poético de esa experiencia en la obra de Gelman deriva directamente se su con-

dición de víctima de la persecución y del exilio, y sobre todo de pariente directo de las víctimas del genocidio: su hijo y su nuera detenidos-desaparecidos, su nieta nacida en cautiverio y apropiada por los genocidas; su contacto y actividad casi constantes con los organismos de familiares: la Madres y Abuelas de Plaza de Mayo primero, entre los años setenta y los ochenta, y con H.I.J.O.S. durante los noventa. No es menos significativo, además, que esa condición haya ido tramándose con el relato genealógico del propio Gelman. Pienso especialmente en la insistencia con que, a medida que iba regresando de su exilio y más intensamente desde principios de los noventa, el poeta se ha ocupado de la construcción de sí mismo como figura de escritor, sobre todo mediante un relato autobiográfico que va ganando lugar en sus declaraciones y entrevistas: hijo de inmigrantes judíos, Gelman procura mantener con esa ascendencia una relación narrativa que pasa por la memoria de lo político, lo cultural y lo lingüístico, según un modo migratorio, es decir pre o trans-estatal de traspaso de la herencia y de la propiedad de los bienes culturales; en ese relato, las genealogías pierden fiabilidad y los vínculos familiares —lejos de naturalizar un orden unilineal y estable de las identidades— modelan y legitiman la sustracción del cuerpo y de los parentescos al Estado:

El único argentino de la familia soy yo. Mis padres y mis dos hermanos eran ucranianos. (...) Mi padre era un socialrevolucionario que había participado en la revolución de 1905. Yo no lo supe sino mucho después, en 1957, cuando encontré en Moscú a dos tías y a una prima que aún vivían en la casa de madera donde mi padre se había refugiado, y de la que debió escapar porque la policía del zar le pisaba los talones. Después anduvo por otras regiones de Rusia, vaya a saber por dónde, hasta que decidió ir a Buenos Aires. Llegó por primera vez en 1912, escapando del servicio militar (...), hasta que se produjo la revolución de octubre. Entonces decidió volver, pensando que sus ideas de juventud se estaban por cumplir (...) Lo que lo desilusionó fue, sobre todo, la expulsión de Trotsky del Partido Comunista y su destierro (...). Entonces se fueron todos, con pasaportes falsos, inaugurando así la tradición de los pasaportes falsos en la familia.⁹

Esa contragramática de la familia donde las identidades y sus lugares se falsifican para recomponerse, por la escritura, en una politización extrema de la subjetividad, sobre todo en la poesía gelmaniana del exilio, puede leerse a su vez como el desarrollo de algunos de los principales rasgos que caracterizan el proyecto poético de Gelman desde su primer libro, *Violín y otras cuestiones* (1956) pero tal vez especialmente desde *Cólera buey* (1962). Como he propuesto en otro lugar, si la poesía de Gelman comienza inscribiéndose en la tradición de la poesía política vinculada a la vez a ciertas variantes del discurso *realista*, también desde ese poemario inicial emprende la paulatina composición de un habla poética particular, que pro-

blematiza cualquier posibilidad de reconocimiento pero resulta —a la vez— de una *disonancia* legible.⁸ Las formas diferenciales de ese hablar en el que no reconocemos sino a Gelman, se leen en los poemas como puesta en forma de una voz *desalineada* por un trabajo *des-gramatical*; apenas menciono aquí algunas notas principales de ese trabajo: la ruptura de las expectativas retóricas e ideológicas de ritmos poéticos reconocibles o de discursos sociales codificados, que el texto transcribe para hacerles dar el mal paso a la imagen y anular así la representación⁹; y, sobre todo, la invención de una gramática discrónica del idioma, que Gelman construye por analogía con restos y procedimientos cuya procedencia es más o menos imaginariamente reconocible en ciertas variantes lingüísticas: el habla infantil previa a su normalización; el español de la época de la conquista y de los místicos (que a veces se confunde con inflexiones criollistas o gauchescas); las invenciones, deformaciones, barbarismos y localismos del “habla popular” en general y de los usos rioplatenses del idioma en particular. En ese cruce de variantes equivalentes confundidas a su vez con la experimentación vanguardista (del neocriollo de Borges a *En la marmédula* de Gironde, pasando por el arte combinatoria de César Vallejo) Gelman compone una voz del no-saber de la lengua, en la que resuenan la ignorancia lingüística del extranjero o del inmigrante (“la calor”, “la mundo”, “la ser”, “la trabajo”); la voz abierta del niño que todavía no ha sido constreñida por la pedagogía (“ponido”, “sabió” “morida”); y la identificación de esas voces con las libertades combinatorias del español premoderno, todavía no normatizado, lo cual traza a su vez una confusión paradójica de esas lenguas *menores* con las letras mayores del canon peninsular. Lejos de garantizar la transparencia de un sujeto que comunica o que sentencia, la experimentación gelmaniana desdice la expectativa de esa certeza, mientras se identifica tanto con las voces bajas de la ignorancia como con la plasticidad gramatical del español literario más prestigioso.¹⁰ A la vez, ese hablar es puesto en boca de una serie abierta de figuras de sujeto que, para decirlo de algún modo, van personificando el descalabro de la gramática social que se desarrolla en la escritura y su reemplazo por otros *órdenes* de discurso: el niño; el extranjero sin estado, es decir sin lengua o con hablas de mezcla (y sus variaciones: el inmigrante, el exiliado, el judío); los místicos; las locas o el loco, el incestuoso y la incestuosa; los hijos que *padrean o madrean*, las madres acunadas en el regazo de sus hijos. Esa contra-gramática y esas figuras van presentando menos un sistema que una constelación móvil de confusiones, que opera siempre en torno de la identidad, para descomponer sus formas aceptables e inventar morfologías contraculturales de la subjetividad y sintaxis sociales utópicas. En la poesía que Gelman escribió entre los ochenta y los noventa se despliega, entonces, uno de los itinerarios de esa constelación: como si el pozo más hondo del dolor exorbitara el desaffio mismo de la violencia genocida contra los vínculos

familiares y reduplicase —invirtiéndola completamente y contra toda *razón*— su pulsión de exterminio, los poemas ponen fuera de línea el nudo del contrato social de sujeción de identidades, la familia, para volver a componerla de formas imprevistas. Los textos de Gelman, tanto como los discursos de otros sobrevivientes que Gelman cita o recopila, producen esa experiencia personal y colectiva —ese trabajo de la memoria que se dan— como experiencia *artística*, es decir como una ocurrencia de lo vivido que se recorta contra lo ordinario y demanda, mientras las engendra, construcciones de significación para las que no hay lengua cultural disponible.

Miguel Dalmaroni es docente e investigador de la Universidad Nacional de La Plata. Este ensayo forma parte del libro que compilaron Miguel Dalmaroni y Ana Porrúa, *Juan Gelman: papeles y lecturas*, de próxima publicación por Editorial Alianza de Buenos Aires.

1. En Gelman, Juan y La Madrid, Mara (eds.), *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*, Buenos Aires, Planeta, 1997, p. 341. El libro reúne testimonios de algunos integrantes de HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), de otros familiares de víctimas del genocidio y de otras voces vinculadas con los organismos de defensa de los Derechos Humanos.
2. Gelman, Juan y La Madrid, Mara, *Ni el flaco perdón ...*, cit.
3. Andrea Suárez Córca, *Atravesando la noche. 79 sueños y testimonio acerca del genocidio*, Avellaneda, Ed. de la Campana, 1996.
4. Sobre las prácticas simbólicas de los HIJOS como construcción presente de memoria a partir de estrategias discursivas nuevas, destinadas a suturar restos del pasado mediante iniciativas operantes de significación, véase el libro de Sandra Lorenzano, *Escrituras de sobrevivencia*, México, UAM-Ed. Beatriz Viterbo, 2001, especialmente pp. 31 a 37 y 179 a 183.
5. Gelman, Juan, "XX", en *bajo la lluvia ajena (notas al pie de una derrota)*, en *Interrupciones II*, Buenos Aires, Tierra Firme, 1986 p. 37; cursiva nuestra (el libro incluye además los poemarios hacia el sur, com-posiciones y eso).
6. Por supuesto, no pretendo que esa noción de arte se corresponda con lo que la civilización moderna identifica con el arte, aunque muchas "obras de arte" suelen consistir en esa experiencia.
7. Gelman, Juan, hacia el sur, en *Interrupciones II*, pp. 82 y 81.
8. En Gelman y La Madrid (eds.), *Ni el flaco perdón de Dios ...*, p. 70 y 229.
9. Juan Gelman, La junta luz. Oratorio a las Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, Tierra Firme, 1985. La serie incluye, como se verá, *Carta a mi madre* (Buenos Aires, Tierra Firme, 1989); *Citas y comentarios* (Madrid, Visor, 1982); *Notas y Carta abierta* (en *Si dulcemente*, Barcelona, Lumen, 1980).
10. Propongo una lectura de las revistas de algunas filiales de H.I.J.O.S en "Dictaduras, memoria y modos de narrar: Confines, Punto de vista, Revista de crítica cultural, H.I.J.O.S", en prensa en Revista Iberoamericana, Pittsburg.
11. Gelman ha explicado en varias oportunidades que la familia de su madre fue víctima de un pogrom en la Rusia zarista, durante el cual su abuela logró rescatar del fuego a todos sus hijos, excepto a una niña de dos años de edad. En una de sus típicas construcciones artísticas de memoria en la que se trastoca la racionalidad temporal para ejercer una crítica utópica sobre los hechos de actualidad mediante su conexión inesperada con el do-

- lor de la intimidad autobiográfica, Gelman escribe que "Entre los muertos del atentado a la [sede de la mutual judía] AMIA [en Buenos Aires en 1994] seguramente está esa tía que nunca pude conocer" (en *Prosa de prensa*, Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, 1997, p. 137). Conjeturo una analogía por contigüidad discursiva y biográfica: uno de los tópicos recurrentes en los testimonios de los HIJOS de desaparecidos recopilados por Gelman y La Madrid es, precisamente, la necesidad de construir un imaginario discríptico del vínculo materno o paterno-filial a partir de una advertencia repetida: "Papá muere a los 26 años de edad, la edad que casi tengo ahora"; "sé mucho más de mi vieja cuando era chica que de cuando era adulta"; "Voy a cumplir 30 años, la edad que tenía mi mamá cuando fue secuestrada, torturada y asesinada" (*Ni el flaco perdón...*, cit., pp. 29, 210 y 372).
12. Benjamin, Walter, "Pequeña historia de la fotografía", en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 66-67.
 13. En Gelman y La Madrid, *Ni el flaco perdón...*, p. 376; y en Suárez Córca, Andrea, *Atravesando la noche...*, p. 12.
 14. La consigna forma parte de la discursividad de las Madres. Como recordaba en 1988 Hebe de Bonafini, presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, "en la medida que se habla de las Madres, se habla de los hijos. Si nosotras estamos en esto es porque ellos —como decimos siempre— nos parieron", en www.madres.org/historia/historia.htm. También en Sandra Lorenzano, *Escrituras de sobrevivencia*, p. 39.
 15. La figura del "árbol de la vida", que Dios hace nacer en el huerto del Edén junto con el "árbol de la ciencia del bien y del mal", proviene de Génesis 2, 9 (también en Apocalipsis 2, 7 y 22, 2 y 14).
 16. Siguiendo la paginación y las situaciones escénicas que va proponiendo, La junta luz se compone de seis segmentos o actos, en cada uno de los cuales se desarrollan entre una y cinco unidades escénicas o cuadros, y un breve "final". Los materiales son variados: diálogos y parlamentos, formados a veces por uno o un par de versos, a veces por tiradas más extensas que, según las acotaciones, se dicen, se cantan, o "candicen", se gritan, se murmuran o "cantagrimuran", se leen o "leemurmuracantan"; nanas, tangos, un rock; fondos sonoros y musicales, carteles, flashes y otros efectos luminotécnicos, pasos de danza entre personajes, fotografías de desaparecidos, "manifestaciones" que pasan o se dejan oír; y acotaciones escénicas escritas a veces en una prosa casi poética. La pieza se va desarrollando en varios planos sobre el escenario, en el primero de los cuales se ubican la orquesta de un lado y, del otro, la Madre y un coro de madres; en un segundo plano, se destaca durante todo el transcurso de la obra un "árbol de la vida que también es la pirámide de mayo" (p. 11) alrededor del cual ronda otro grupo de madres.
 17. Martínez, Tomás E., "La voz entera. Entrevista con Juan Gelman", *Página/12*, suplemento "Primer Plano", Buenos Aires, 9 de agosto de 1992, p. 2.
 18. Sintetizo aquí lo que propuse en "Juan Gelman: del poeta-legislador a una lengua sin estado", en *Orbis Tertius V*, 8, La Plata, 2001.
 19. Lo que Ana Porrúa ha razonado con la figura deleuziana del pliegue ("Una poética del pliegue", en *Orbis Tertius V*, 8, La Plata, 2001).
 20. Sobre el vínculo entre experiencias de los dominados y libertad artística en el uso del idioma, Gelman ha reflexionado en varios lugares. Véase la entrevista que Gelman mantuvo con el Subcomandante Marcos del EZLN, donde el poeta vincula los modos gramaticalmente irregulares de apropiación del castellano por parte de los indígenas guatemaltecos con las inflexiones morfológicas o sintácticas de los clásicos españoles (*Prosa de prensa*, pp. 352 y sigs.).

Los conjuros contra el horror

por María Malusardi

Ilustraciones León Ferrari

Luchar para que lo monstruoso siga siendo monstruoso, para que el horror siga conservando intacta toda su dimensión: tal vez esa sea una de las funciones de la literatura cuando se refiere al pasado traumático. En la Argentina, aun a casi tres décadas del Golpe de Estado, la dictadura sigue siendo un tema central en la producción literaria, tal como lo muestran las recientes novelas de los escritores José Pablo Feinmann y Martín Kohan.

El horror en sí no admite formas estéticas, pero sí las admite la memoria del horror. Su paradigma en la literatura es "La escritura o la vida", de Jorge Semprún, el escritor español sobreviviente del campo de concentración de Buchenwald. Semprún encontró el modo de sobrevivir después del campo y la escritura se hizo cargo de lo inefable: "La verdad esencial de la experiencia no es transmisible... O mejor dicho, sólo lo es mediante la escritura literaria."

En la Argentina, a pesar de que muchos escritores se han esforzado por combatir la desmemoria, 27 años después del golpe militar aún existen cuestiones que política y socialmente continúan en los bordes y sin solución: es el de genocidas sin condena, el de políticos que, habiendo participado de aquellos años, hoy merodean por las instituciones del Estado impunemente. ¿Cómo narrar el horror renovando, cada vez, el lenguaje estético? Por un lado, está el tema de la memoria y lo que debe hacerse para restaurar y persistir en esa reparación dinámica; por otro, la literatura. Obviamente, no es la única función de la literatura transmitir la memoria colectiva de ciertos acontecimientos históricos. Es más, considerar que una narración tiene valor ar-

tístico por el sólo hecho de abocarse, en este caso, al tema del genocidio de la dictadura, al exilio, al secuestro de hijos, a las madres de Plaza de Mayo o a cualquier aspecto que se desprenda del tema, es un error. Políticamente correcto no equivale a mérito literario ni mucho menos. Pero tampoco una escritura brillante implica un pensamiento justo. Cabe recordar el caso de Ferdinand Celine, un eximio escritor francés, quien fue colaboracionista del nazismo y expulsado de su país.

A diferencia de la educación y la lectura histórica, la literatura funciona con prepotencia, instalándose sin permiso en el inconciente. En el prólogo de los ensayos reunidos en *Memorias en presente – Identidad y transmisión en la Argentina del posgenocidio* (Editorial Norma), Alejandro Kaufman considera: "Es en el arte, la poesía, el cine, donde encontraremos algunos caminos transitables". Esto no garantiza una toma de conciencia definitiva, aunque al menos podremos en esta experiencia, según Kaufman, "manifestar nuestra inquietud trágica, nuestro atravesamiento sensible e intelectual por la tragedia y nuestra imposibilidad radical de mostrar eso".

La memoria como tema

Se podría decir que la literatura argentina vinculada a los hechos de la dictadura militar de 1976 está tejida, por un lado, por los autores que trabajaron desde la persecución y/o el exilio. Y por otro, por innumerables textos posteriores a la dictadura de aquellos que escribieron luego de haber atravesado la experiencia, y de los autores jóvenes que, aunque la hayan vivido lateralmente por ser niños, continúan renovando las formas y creando variaciones sobre el tema. Autores como Juan José Saer, Manuel Puig, Antonio Di Benedetto, Pedro Orgambide, Mempo Giardinelli, Luisa Valenzuela, Juan Gelman, David Viñas, Luis Guzmán y Noé Jitrik, por nombrar sólo algunos, llevan una obra entera marcada por el exilio y la represión sufrida. Deportados de su lucha política e intelectual, no han hallado mejor camino que el de una escritura en permanente desarrollo para fertilizar, una y otra vez, el terreno de la memoria.

Se podrían citar dos novelas posdictadura, de 1984: *La casa y el viento*, en la que Héctor Tizón construye una elíptica metáfora de una odisea al exilio, y *La larga noche de Francisco Sanctis*, de Humberto Constantini, donde un hombre común, a fines de los setenta, se encuentra de un día para el otro envuelto en una persecución ineludible y absurda. Y otras dos de estos últimos años: *La sombra del jardín* (1999), donde Cristina Siscar alienta la búsqueda de una identidad perdida por tanta desaparición: la de seres amados, la del lugar propio, la del idioma, la de la historia, y *Perder la cabeza* (1998), en la que Marcos Rosenzvaig provoca un interesante cruce histórico entre dos narraciones marcadas por el amor, y derribadas ambas por los gobiernos sanguinarios que les tocaron en suerte: Marco Avellaneda y Fortunata García durante la dictadura de Rosas, y la historia de dos jóvenes militantes durante la represión en Tucumán. No hay en estas elecciones más que una búsqueda de mostrar, a partir de la propia memoria lectora, una diversidad de tratamientos y de temas desprendidos de la dictadura. Cabe destacar que estos cuatro autores, en mayor o en menor medida, han vivido en carne propia la persecución y el exilio.

Contrapunto

Aquí y ahora, dice el argentino José Pablo Feinmann que la literatura debe luchar para que lo monstruoso siga siendo monstruoso. Y de eso se ocupó él mismo en su reciente novela *La crítica de las armas* (Editorial Norma), título que se desprende de un texto de Carl Marx, epígrafe del libro y epígrafe desencadenante, también, de una parte crucial de esta historia argentina que el propio Feinmann, inteligentemente, deja entrever: "De todos modos, el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas."

Leer *La crítica...* es dejarse astillar por la historia de la dictadura argentina del '76. Así, crudamente. Su tratamiento no ofrece grietas por donde escaparse. Feinmann es uno de esos autores que vivió en carne propia la dictadura y que la sobrevive para continuar narrándola. Lo que queda ahora, dice Feinmann, "es escribir. Es el único modo en que las tragedias cobran algún sentido y uno puede, así, aceptarlas y trabajar sobre ellas."

El joven autor Martín Kohan, que por una cuestión generacional —nació en 1967— rozó la dictadura desde la infancia, publicó el año pasado *Dos veces junio* (Editorial Sudamericana). El tratamiento narrativo de la novela alcanza una verosimilitud escalofriante.

Feinmann escribe desde la experiencia y "su" dictadura, en esta novela —que de algún modo es la continuación de una anterior, *La astucia de la razón*— se centra en el terror cotidiano que deben vencer sus protagonistas, intelectuales y activistas, ante el vertiginoso transcurrir de esos hechos absurdos que se disparan desde los discursos oficiales en los medios de comunicación, en la calle, en la vida de todos. Y el ser testigos de la desaparición de personas allegadas, cosa que, la mayoría de la clase media intentaba no saber. Kohan no se basa en la experiencia propia sino en la investigación y, evidentemente, se desprende de una novela precursora, admirada y estudiada por el propio autor, que es *Villa*, de Luis Guzmán, quien sí, como Feinmann, atravesó la desesperación de esos años mortuorios. La dictadura de Kohan se concentra en el lugar de la tortura y en el secuestro de un bebé; se huelen esos ámbitos helados de muerte, desesperadamente grises, atravesados por los aullidos provocados por una insólita bestialidad.

Hay una coincidencia en ambas novelas de la historia de la dictadura, y es el Mundial '78, donde se describe el jolgorio en las calles de Buenos Aires en contraste con un terror oculto.

En un sentido narrativo, la novela de Kohan no es nada visceral —en contraposición a la de Feinmann—, es deliberadamente lacónica y fría y se asegura esta elección apelando a un lenguaje preciso y depurado. Además, adhiere a una tendencia más vinculada a los circuitos académicos que pregonan que, sobre la dictadura, sólo puede escribirse sin adjetivos, sin barroquismos de ningún tipo.

Ambos autores, pertenecientes a diferentes generaciones, logran mantener la tensión dramática —en el texto, en la vida y en la historia— de aquello que no debe dejar de nombrarse, de renovarse, de reescribirse. Pero ambos —y este es otro centro de la cuestión— lo hacen ejerciendo el peso de la forma, de donde se desprende la verdadera calidad literaria.

Es interesante crear un contrapunto entre *La crítica de las armas* y *Dos veces junio*. Ambas desgranar el tema hasta congraciarse con el espanto —meten, literalmente, el dedo en llaga—, y ambas lo hacen a partir de estructuras narra-

tivas y lenguajes completamente distintos.

Feinmann trabaja cruces interesantes, creando un collage sutil entre la ficción, ciertos relevamientos periodísticos en función de su narrativa (agregando textos como: "Pues también Camps diría: 'Nosotros no matamos personas sino subversivos'", además de titulares textuales de los diarios de entonces), la filosofía y la cita como elementos reflexivos y teóricos, y lo autobiográfico no sin un cinismo atinado y justo como para soportar semejante exposición.

En su novela juegan dos relatos paralelos pero que burlan las leyes de la geometría, dado que ambos relatos se van cruzando entre sí antes de llegar al infinito. Es la historia de Pablo Epstein en un presente actual, mientras visita a su madre en un geriátrico, por última vez. Epstein comienza la narración en primera persona, y en diálogo interior con su madre —a quien tiene delante y con quien establecerá escasos diálogos concretos a lo largo de toda la novela—. En ese encuentro con su madre revela para sí mismo, y para los lectores, que la matará ese mismo día —claro que a ella no se lo dice—. Desde esta situación narrativa, Pablo Epstein contrapuntea con su pasado durante esos años de la dictadura desde el 76.

Las magníficas 375 páginas tensan sobre estos dos ejes narrativos. En ambos hay horror, mucho horror. Pero Feinmann apela a un lenguaje que avanza dinámica y dramáticamente sobre el sarcasmo y la ironía, y el dolor escupido sin eufemismos. Feinmann desnuda la historia de los años 70, se desnuda a sí mismo, discute con la época, expone ambigüedades y paradojas, no se enreda en el facilismo de quedar bien parado ante nadie, ni aun ante sí mismo.

Durante esos años de horror, el joven Epstein vive no sólo amordazado por el contexto, perseguido, extremadamente paranoico, deliberadamente mordaz, sino que otra persecución se suma: un cáncer, una operación, una metástasis en potencia. Otro paralelismo, dos persecuciones paralelas: una metáfora del horror, por un lado; una literalidad del horror, por el otro. El autor —porque el tema bien merece ser escarbado— se vale del cáncer como metáfora —aunque también esa metáfora es una historia concreta, una historia íntima y personal— y se vale de la persecución como historia. De este modo, la novela de Feinmann —más allá de la obvia transformación literaria— es crudamente autobiográfica. Él mismo reveló, en un testimonio, la imposibilidad de irse del país por tener un cáncer y el sufrimiento que le produjeron varias pérdidas juntas: la de las ilusiones, la de la participación política y universitaria, la de la escritura. "Yo me volví loco —cuenta—. Entre la enfermedad y el golpe me 'rayé' por completo. Se me desencadenó una especie de neurosis obsesiva por la cual lo único que hacía era leer discursos militares."

Kohan, en cambio, resuelve el relato desde una pureza ficcional meticulosa, que jamás decae ni cede ante la ideología desde la cual escribe su autor. Seguramente se habrá mordido la

"Ciertamente, hay una biblioteca de la memoria que aún no ha terminado de compilarse, que recibe aportes cada año, en una necesidad de nuestros narradores y poetas de que el horror no deje de serlo. Allí se reviven las experiencias desestructurantes y desoladas del exilio, los pasillos de tortura, partos violentos y robos de bebés, desapariciones, familias rotas, calles aparentemente inocuas llenas del terror de la negación y el olvido inminente."

lengua para no triturar de insultos al narrador que él mismo concibió, y que tanto oprime en la lectura por su necedad, negación del horror en busca de la propia supervivencia o, simplemente, asqueante cómplice inocuo. Este narrador va creando desesperación en la medida que se avanza en la lectura. Se trata de un joven conscripto con ciertos rasgos obsesivos —es el único exceso, la única desmedida—, y que sabe todo, lo que ve y hasta lo que no ve. Pero de ahí no se corre ni un milímetro; su cabeza, su modo de actuar frente a lo que ve y vive, exaspera al lector. Él ni pestañea, nada se le arruga. Kohan, a través de este personaje, expone el funcionamiento de una sociedad adormecida, estúpida, banalmente peligrosa, tibia, complaciente. Su personaje narrador ve y revela con una frialdad acuciante, con una conciencia sin corazón, el horror como si no fuera tal. La narración es fragmentada y cada capítulo lleva por título un número que tiene una razón de ser en el mismo texto. Es un recurso original, interesante y es parte de la clave de la narración.

Ciertamente, hay una biblioteca de la memoria. Es una biblioteca que aún no ha terminado de compilarse, que recibe aportes cada año, en una necesidad de nuestros narradores y poetas de que el horror no deje de serlo. Allí se reviven las experiencias desestructurantes y desoladas del exilio, los pasillos de tortura, partos violentos y robos de bebés, cárceles, persecuciones, desapariciones, familias rotas, casas dadas vueltas, calles aparentemente inocuas llenas del terror de la negación y el olvido inminente. Hay también, a través de esa literatura, un reservorio de imágenes y sensaciones de dolor, absurdo, impotencia, desamparo. Dispersa esta biblioteca, pero como sucede siempre en la lectura, ese orden deberá hallarlo cada lector en su experiencia. Más que nunca, la aparición de textos que renueven las formas literarias de este horror histórico, es fundamental. La literatura y el arte se ocuparán de hostigar la desmemoria, de darle paso rebelde a la remembranza y a través de la belleza artística. El acostumbamiento y el olvido fortalecen la ignorancia, y viceversa. Y la ignorancia, sin duda, es el verdadero camino para la reincidencia del horror.

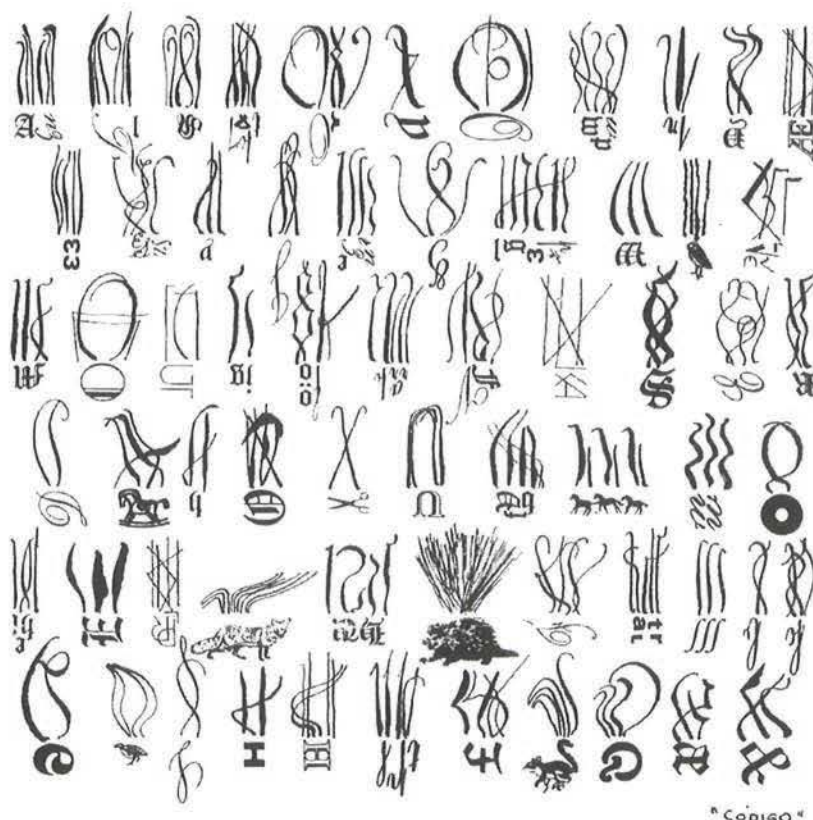
María Malusardi es poeta y ha publicado "El accidente" y "la carta de vermeer" (Alción, 2002) y trabaja como periodista en diversos medios.

desmontable

por Rosana Nofal

Ilustraciones León Ferrari

La escritura testimonial es un género literario que, tal como señala la autora de este artículo, "se supone deliberadamente menor, colectiva y políticamente enfrentada a la literatura canónica, y se inscribe en el cruce de otros discursos, la literatura, la historia y el periodismo" y puede marcar con persistencia el retorno de lo ausente.



Esta reflexión intelectual se construye en el tiempo de la memoria en el Cono Sur. Memoriosos no sólo por una cuestión de equidad con los muertos, memoriosos de oficio porque así nos protegemos solidariamente de la repetición de la historia aunque venga con otros disfraces. El núcleo de la escritura testimonial es la memoria; la historia irrumpe como una tragedia brutal que ataca desde fuera a la comunidad. La voz de los testigos de los hechos se erige contra el olvido obligatorio impuesto. Expresa la voluntad de registrar la experiencia de aislamiento de grupos marginales y negados por el sistema central. La memoria como trabajo, como ejercicio, definida como un mecanismo cultural que fortalece el sentido de pertenencia tiene un papel importante en este itinerario crítico. La memoria-olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan a experiencias traumáticas y colectivas de represión y aniquilación. (2000:7)

En un sentido político, los debates acerca de la memoria de períodos represivos y de violencia política se plantean con relación a la necesidad de construir órdenes democráticos. Las luchas por definir y nombrar lo que tuvo lugar durante los períodos de guerra, violencia política o terrorismo de Estado, así como los intentos de honrar y homenajear a las víctimas e identificar a los responsables, son vistos como pasos necesarios para ayudar a que los horrores del pasado no se vuelvan a repetir nunca más. Lo que sigue es la historia de un camino con distintas entradas y salidas, a lo largo del cual se utilizaron diversas herramientas de trabajo. El resultado es un modelo de análisis en movimiento y sin límites definidos; requiere nuevas pruebas y ofrece múltiples posibilidades de lectura. Estas palabras son un recorte, irremediable, arbitrario, resultados de elecciones que tienen que ver con la voluntad de dar sonoridad a las palabras escritas.

El género testimonio en América Latina

El desarrollo inusitado del discurso testimonial en América Latina a partir de la década del sesenta estimula la preocupación intelectual por diferenciar su estatuto genérico. Se han ocupado de la cuestión René Jara y Hernán Vidal, (1986); Marc Zimmerman y John Beverley, (1990, 1993). Desde la corriente crítica de los estudios subalternos han determinado la condición "representativa" de los testimonios centroamericanos. Desde otra posición epistemológica, Elzbieta Sklodowska (1990, 1994) ha señalado la gravitación del concepto de "diferencia" de Lyotard en la constitución del género. Ninguna de las dos posiciones se ha ocupado de definir las características del género cuando el informante de los hechos no es un sujeto analfabeto, y en este punto se ubica mi aporte a la cuestión.

Esta investigación se inicia en un momento en que la literatura como institución es objeto de fuertes críticas, especialmente desde el ámbito de los estudios culturales.

Críticos como John Beverley (1993) asocian la práctica de las tradiciones letradas con el proyecto nacionalista de una burguesía emergente. En esta misma línea, se ha apuntado que la literatura, en su calidad de institución privilegiada, sólo puede defender un pasado conservador. Para algunos críticos de la escritura testimonial, la literatura en América Latina debe tener un significado revolucionario. Considero el problema desde una perspectiva distinta, sosteniendo que la literatura no se puede valorar solamente por su papel intermediario de una élite, sino por su estética de continua subversión. El testimonio forma parte de estas producciones simbólicas; no sólo "representa" una realidad, sino que intenta disputar un espacio de interpretación de la misma. Es una de las marcas que dan el "tono" a un nuevo espacio cultural en la estructura de sentimiento actual. Es decir, es un elemento más de la trama de relaciones sociales, ideologías e instituciones tal y como son experimentadas en la contemporaneidad. Considero que el testimonio da cuenta de la emergencia de nuevos procesos sociales.

El testimonio es un género discursivo que ingresa en el espacio crítico desde los márgenes de la institución literaria.² En tanto modo de representación de los sujetos subalternos, el género supone un posicionamiento diferente del intelectual en el espacio autorial, y establece dos pactos de lectura identificables como verdaderos: con el informante de los hechos y con el lector de la transcripción escrita de este relato.

Las marcas más relevantes que, desde los dominios borrosos del género, definen sus dominios teóricos son las siguientes: —El testimonio está marcado por enunciados primarios que se niegan a inscribir la pérdida de la oralidad de la entrevista inicial. Sigo la diferencia señalada por Mijail Bajtin (1990) entre géneros discursivos primarios, fundamentalmente orales, y géneros discursivos secundarios, escritos. Los géneros discursivos complejos, tales como los que definen las novelas, dramas, investigaciones científicas, géneros periodísticos, surgen en condiciones de comunicación cultural relativamente más desarrollada, organizada y escrita. En el proceso de su formación, estos géneros reelaboran diversos géneros primarios, simples, constituidos en la comunicación discursiva inmediata.

—La posibilidad de ficción queda aparentemente excluida del relato testimonial. Se presenta a la mentira como posibilidad de transgresión de los cánones de lo verdadero. La mentira oculta la verdad, la ficción indirectamente la expone. El relato testimonial está estrechamente ligado a un sujeto en la medida en que el testimonio implica siempre un vínculo entre un individuo y una verdad. Desde esta perspectiva, el género expone, en su construcción, la parcialidad de los sujetos, quienes fundan un espacio clave en el género, una zona fundamental de pasaje e intersección de lo textual y lo real. Puesto que la verdad es la de un sujeto, se plantea siempre en estos textos una perspectiva

política: el relato testimonial se incluye en una tradición que deja de lado la creencia de que es posible el testimonio objetivo y que éste puede garantizar la verdad en la medida en que es auténtico. Esto implica una transformación en la idea de verdad, y es aquí en donde se encuentran los elementos que constituyen la identidad del género.³

Se trata de un proyecto de una literatura, que se supone deliberadamente menor, colectiva y políticamente enfrentada a la literatura canónica y establecida. Se inscribe en el cruce de otros discursos, la literatura, la historia y el periodismo. Desde esta diferencia construye su fuerza subversiva; los autores eliminan de su relato lo "superfluo", "retocan" sólo lo necesario para hacer inteligible el lenguaje hablado al ponerlo por escrito. Marcan una definición de lo literario como un espacio en el que es posible la usurpación de la memoria; mantiene el tono de la improvisación del relato oral, los defectos del recuerdo espontáneo; una mayor elaboración de la trama narrativa es, para los autores, una actitud irrespetuosa "con el sufrimiento de tantos". Busca una nomenclatura, trata de decir, como otras literaturas, cuál es su objeto, cuál es su materia. La anécdota es siempre angustiante: cómo pensar "sin que me rompan el corazón"... cómo desenterrar muchos muertos con la escritura de sus nombres borrados.

—El género es una forma residual del modelo realista de representación y de las formas literarias canónicas. Defino como retórica del realismo la voluntad de convertir a la novela en un modo de representar la realidad mediante la composición de una imagen histórica total. Esto implica plasmar una rica y matizada acción recíproca de los personajes "histórico universales", como lo define Lukács (1974: 46)³, para revelar poéticamente la conexión entre la vital espontaneidad de las masas y la posible conciencia histórica máxima de los personajes dirigentes. La imagen histórica no puede leerse como un fragmento de texto o como una parte acotada de un conjunto mayor. Es una totalidad compuesta por enunciados de contenido temporal y espacial. La finalidad de estas construcciones es, fundamentalmente pragmática: se trata de proporcionar ejemplos imitables.

Ubico la escritura testimonial en el espacio de "lo residual", un espacio en que lo secundario puede presentar una relación alternativa e incluso de oposición con respecto a la cultura dominante. Residual, definido como aquello que se halla a cierta distancia de la cultura dominante, aunque una parte de él proviene efectivamente de su pasado; por ejemplo la idea de comunidad rural como alternativa al capitalismo industrial urbano que escenifican los testimonios canónicos o la filiación con la tradición literaria realista del testimonio intelectual. Por retórica de lo "residual" entiendo aquellos elementos no integrados de la cultura, capaces de desplazar la fuerza de la significación hacia los bordes más desfavorecidos de

la escala de valores sociales y culturales. Hablo de los gestos y de las marcas que atraviesan las prácticas significantes con una voluntad de contenido más que de forma, en tanto el testimonio es la reescritura del realismo, modo de producción literario hegemónico del siglo XIX.

—En cuanto a la tipología discursiva del género decidí proponer una clasificación de acuerdo a dos corpus textuales: el testimonio canónico y el testimonio letrado⁴. El testimonio canónico se caracteriza por un sistema desigual de negociación de la palabra escrita ya que el informante es, en general, iletrado; necesita de la escritura de un intelectual, compilador de sus recuerdos, para acceder al espacio de la memoria escrita. El testimonio letrado es el relato de una experiencia personal de cautiverio. Dentro del corpus testimonial letrado pueden establecerse, dos grupos textuales: aquellos destinados a enaltecer la memoria una épica militante y aquellos producidos para exponer, verbalmente, la experiencia flagelante de la tortura. Pertenecen al primer grupo aquellos testimonios en los que el personaje, aparece modelado por los atributos ideales de su partido. En la Argentina, pueden citarse como ejemplos la obra de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la Muerte, La voluntad, Todo o nada*, y el libro de Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*.

En el segundo grupo me parece pertinente ubicar el libro de Hernán Valdés, *Tejas verdes*. Todo "desaparecido" en la realidad "aparece" en el relato testimonial que adquiere el estatuto de un verdadero documento, todo sujeto "no identificado" es "identificado" con un nombre propio en este registro. La escritura testimonial puede marcar con persistencia el retorno de lo ausente. La escritura se convierte en una representación del desaparecido; el cuerpo del desaparecido no existe o existe en tanto cuerpo negado.

La escritura testimonial en los 70

Los testimonios canónicos de los años 70 tienen importantes criterios de "validación".⁶ Tienden a la concientización de las masas y a la creación de vínculos de solidaridad social. El hecho de que el texto sea obra de un testimonialista con su transcriptor y su colaborador, implica que el relato no surge de la perspectiva de un único individuo. Se trata de la historia de un pueblo, pensada desde la voz de uno de los miembros de la comunidad (un ejemplo desde otro contexto, es el de Rigoberta Menchú "... y de cómo me nació la conciencia". "Mi situación personal engloba toda la realidad de un pueblo", dice Rigoberta Menchú.⁷

Miguel Barnet (1983) fue el primero en ponerle la etiqueta de testimonio a esta modalidad al referirse a su novelización de la vida de Esteban Montejo, ex-esclavo cimarrón y mambí, escrita en los sesenta. Para Barnet, la misión del escritor de testimonios es desenterrar las historias negadas por la historia dominante. Este tipo de

“El relato testimonial está estrechamente ligado a un sujeto en la medida en que el testimonio implica siempre un vínculo entre un individuo y una verdad. Desde esta perspectiva, el género expone, en su construcción, la parcialidad de los sujetos, quienes fundan un espacio clave en el género, una zona fundamental de pasaje e intersección de lo textual y lo real.”

escritura abandona el yo burgués para permitir que los testimonialistas hablen por cuenta propia. Los textos recrean el habla oral de los informantes, y colaboran en la articulación de una memoria colectiva. Según el escritor cubano, esta colaboración produce “una solidaridad entre el intelectual y el ciudadano que merma la enajenación endémica de la vida cotidiana en las sociedades contemporáneas”. Barnet, aunque lo niegue, sigue las directivas expuestas por Fidel Castro en su discurso “Palabras a los intelectuales”,⁸ más conocido por haber establecido las reglas de la ortodoxia creadora con la fórmula “Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada”.

El testimonio desafía la división tradicional de los géneros e inclusive se distancia de las matrices postuladas institucionalmente por la política cultural castrista de Casa de las Américas. Hoy el testimonio responde a otros mandatos políticos y son otros los sujetos que salen a “dar testimonio”, ya no desde la posición del uno que pone a hablar al sujeto diferente, sino desde la posición de mismidad en la que informante y compilador comparten condiciones sociales o son el mismo sujeto.

He revisado las distintas líneas críticas sobre el género planteando adhesiones y distancias. La poética del testimonio se forma con discursos transformados en fantasmas, espectros de visiones anteriores de las relaciones sociales que no pueden disolverse con el derrocamiento de las quimeras idealistas que los generaron; lo residual es, usando la metáfora del viento de Eduardo Galeano, aquellos residuos que quedan en el siglo de la modernidad una vez que el viento destructor arrasa con todo; aquello que no se disuelve y guarda para sí el extraño poder de resistir distintas conmociones.

Los itinerarios críticos señalan la impugnación, pero también la apelación a una tradición literaria e histórica que posibilita la emergencia de este género nuevo, de este nuevo modo de hablar y de escribir de los sujetos (a los que inicialmente había denominado los “sin voz”) han provocado este ejercicio crítico y este recorrido. A partir de aquí pueden abrirse múltiples caminos, más precisos, que incluyan nuevas escrituras en este canon.

Rossana Nofal es Doctora en Letras, Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT) e Investigadora Asistente del CONICET. Partici-

pa del Núcleo Memoria del IDES, dirigido por Elizabeth Jelin. Es autora del libro *La Escritura Testimonial en América Latina. Imaginarios revolucionarios del sur* (2002). En Tucumán, Coordina el Grupo Creativo Mandrágora.

1. Jurij Lotman, y Boris A. Uspenkiy. 1979. “Sobre el mecanismo semiótico de la cultura”, en: V.V.A.A. *Semiótica de la cultura*, Madrid: Cátedra. pp. 74-75.

2. En el libro *Kafka, por una literatura menor* (1978, México: Era) Gilles Deleuze y Félix Guattari señalan: “Una literatura menor no es la literatura de un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor”. (23) En las literaturas menores todo adquiere un valor colectivo y político. “La segunda característica de las literaturas menores es que en ellas todo es político. En las ‘grandes literaturas’, por el contrario, el problema individual (familiar, conyugal, etcétera) tiende a unirse con otros problemas no menos individuales, dejando el medio social como una especie de ambiente o de trasfondo; de tal manera que ninguno de estos problemas edípicos es particularmente indispensable, ni absolutamente necesario, sino que todos se unen ‘en bloque’ dentro de un espacio más amplio. La literatura menor es completamente diferente: su espacio reducido hace que cada problema individual se conecte de inmediato con la política” (29).

3. Ver Rossana Nofal 1994 “Miguel Barnet: la construcción del testimonio”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington: OEA, Nro. 1, Vol. XLIV.

4. “La composición de la imagen histórica total consiste en plasmar una rica y matizada acción recíproca, llena de transiciones entre los diversos grados de la reacción a la conmoción del fundamento ontológico” (Luckács 1974: 46).

5. Aquí he seguido los postulados de dos críticos: G. Yúdice y E. Skoldovka.

6. Para leer el testimonio como un hecho cultural complejo, sigo la categoría de Raymond Williams (1980: 150) definida como “structure of feeling” instrumento que le permite incluir categorías más o menos difusas, pero siempre colectivas, de conciencia y sensibilidad. Este concepto me permite a la vez abordar la emergencia de nuevas formas de conciencia social en el momento mismo de su constitución, ya sea dentro, ya sea al margen de instituciones y movimientos preexistentes.

7. Elizabeth Burgos Debray, 1983. *Me llamo Rigoberta Menchú*, La Habana: Casa de las Américas. p. 30

8. 1961. Montevideo: Comité de intelectuales y artistas de apoyo a la Revolución Cubana. p. 31. “En días recientes nosotros tuvimos la experiencia de encontrarnos con una anciana de 106 años que había acabado de aprender a leer y escribir y nosotros le propusimos que escribiera un libro. Había sido esclava y nosotros queríamos saber cómo un esclavo vio el mundo cuando era esclavo, cuáles fueron sus primeras impresiones de la vida, de sus amos, de sus compañeros. Creo que esta vieja puede escribir una cosa tan interesante como ninguno de nosotros podríamos escribirla sobre su época y es posible que en un año se alfabetice y además escriba un libro a los 106 años. ¡Esas son las cosas de las revoluciones! ¿Quién puede escribir mejor que ella lo que vivió el esclavo y quién puede escribir mejor que ustedes el presente? Y ¿cuánta gente empezará a escribir en el futuro sin vivir esto, a distancia, recogiendo escritos?”.

Literatura y memoria

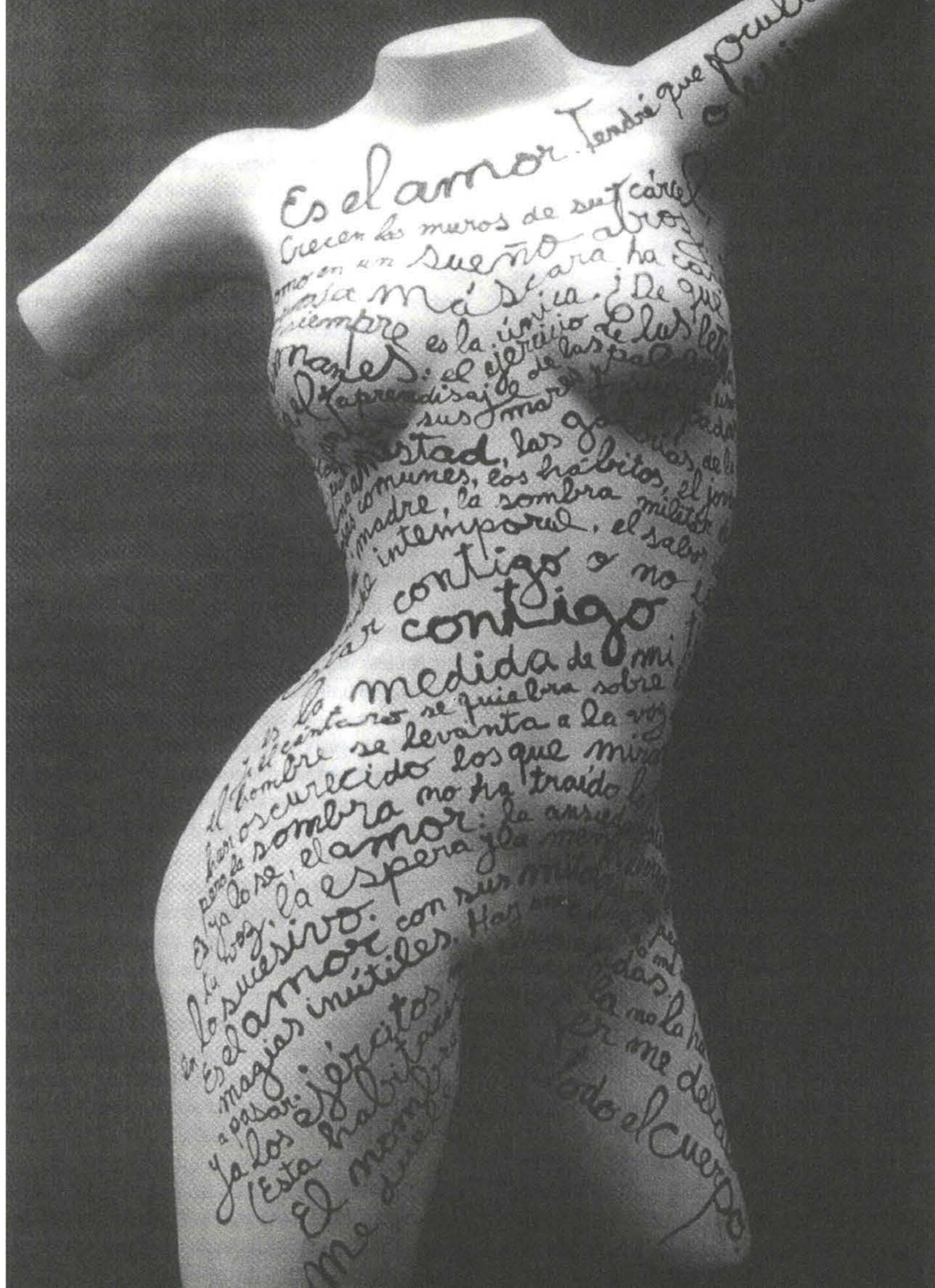
Memoria de la lluvia

por Mario Goloboff

Ilustraciones León Ferrari

En este artículo su autor va tejiendo un relato donde la realidad toma forma literaria. De esta manera, establece las claves para comprender cuál es el trabajo del escritor con relación a las palabras y la memoria.

La frase aún retumba en mis oídos, aunque no fui su destinatario directo ni la escuché personalmente: "Cuando ganemos la guerra, a ustedes los colgaremos en la plaza". Por entonces, yo tendría apenas tres o cuatro años, pero supe, algo después, que el autor de esa maldición era el representante conocido de los nazis en la zona pampeana; que dirigía un periódico favorable al Eje, cuyo título, me parece, era *El Zonda*; que el tipo era renco y se llamaba Pavento o Pessavento. Y que la amenaza había sido expedida, en voz medianamente reposada y segura, y en presencia de varias personas, a mi padre. Por él, con él, la frase sigue resonando en mis oídos, y me acompaña, aún hoy, a los sesenta de mi edad, aunque actores y escenarios hayan cambiado o, acaso, porque ellos no han cambiado tanto. Era, probablemente, el '43 o el '44. Y en el pequeño shtetl que representaba Carlos Casares, en plena pampa (donde la Colonia Mauricio había sido la primera y más importante agrupación judía de la enorme provincia de Buenos Aires), debía tomarse bien en serio. Mis abuelos presidían una familia que temblaba durante todos los almuerzos, alrededor de la mesa en la que comíamos no menos de catorce o dieciséis personas, y al lado de una mesita sobre la cual se erguía, soberano y arbitrario, el aparato de radio. Una vez encendido, había que esperar a que se calentara, y había que esperar también a que tuviese la amabilidad de marchar, de sintonizar, de difundir, más o menos confusamente, las voces que albergaba. Pero, cuan-



do éstas sonaban, por lo general no traían nada bueno. Por ese aparato de radio nos llegaba todo lo que sucedía del otro lado del Atlántico: escuchábamos los noticiosos con las malas nuevas, las voces arrogantes de los ganadores, los movimientos y las penurias de las naciones en llamas. Argentina, se sabe, mantenía una sospechosa neutralidad entre los contendientes de la Segunda Guerra Mundial. Sospechosa y también provechosa: vendía materias primas a las potencias beligerantes, y no quería perder la amistad de ninguna de las partes. Se inquietaban, además, en nuestras fuerzas armadas y en importantes sectores de la sociedad, disfrazadas de posiciones anti-liberales, viejas y arraigadas simpatías con el fascismo italiano y con el nazismo, con las derechas autoritarias de Europa, con todas las formas que por entonces florecían de chauvinismo, de nacionalismo, de racismo. Uno de los primeros recuerdos personales que tengo se remonta a la difusión, siempre por esa radio, de las proclamas militares que, el 4 de junio de 1943, llevaban a los militares al poder para terminar con un gobierno civil débil y, sobre todo, para salvaguardar aquella neutralidad en claro beneficio de las potencias del Eje. A tal punto, que tan sólo en febrero de 1944, cuando ya la suerte estaba echada, el gobierno del general Ramírez rompió relaciones diplomáticas con Alemania ¡y así y todo, ello le costó la caída y su reemplazo por el general Farrell!

En el Ejército argentino pululaban las ideologías, las logias y los grupos; el que encabezó esa rebelión se titulaba G.O.U. (Grupo de Oficiales Unidos), y su mentor político era un oscuro y avezado coronel que sólo quería reservar para sí una Secretaría (ni siquiera un Ministerio) más o menos relegada, hasta esa hora subestimada: la de Trabajo y Previsión. Su nombre, desde entonces, está íntimamente vinculado a todo lo que en el país, y hasta el día de hoy, sucedió después: se trataba del coronel Juan Domingo Perón. El cerebro, dicen, del golpe del '43.

Recuerdo también que una mañana cualquiera desperté y llegué a la galería cubierta de mi casa, y que el zeide tenía entre sus manos un diario de grandes dimensiones o que, acaso para mi modesta estatura, yo veía muy grande. Ha terminado la guerra dijo el zeide, o yo recuerdo que dijo. Vi que todos lloraban y que alzaban las copas y cantaban. Habían salvado sus vidas, se habían salvado.

Supe por esas horas que la familia de mi zeide había sido diezmada en Ucrania por los nazis; supe que allí, en Europa, se habían perdido familias enteras; llegué a saber que había pasado algo atroz, algo que estaba más allá de las palabras, de los llantos, de los gritos. Pude notar también que en mi casa se hablaba de todo eso en voz baja; mis hermanos y yo éramos chicos aún, había cosas que debían ocultársenos. Pero no hay nada mejor que un chico para enterarse de lo que los grandes no quieren que se entere.

Sé pues, cuando niño, de la guerra y la matanza. Tengo apenas seis años, pero ya sé quién es Hitler, y quiénes Roose-

velt y Montgomery. Y Churchill, y hasta Stalin. Sé (ya que todavía lo cantaban mis hermanos mayores) que Miaja sí y Franco no. Sé, también, porque alcanzo a deletrearlo sobre unos pequeños volantes que se pegan en las puertas del negocio de mi padre, que Braden o Perón. Sé de la guerra, sé de los buenos y los malos, sé de la patria y la antipatria. Lo que todavía no sé es que soy judío.

Hay otras vivencias, pero no podría asegurar a ciencia cierta si se trata verdaderamente de vivencias o de recuerdos de otros que se introducen en mí haciendo que sus vidas formen parte de la mía.

Mi madre había nacido en la muy antigua y muy culta ciudad de Córdoba. Para la pequeña aldea en la que nosotros vivíamos, eso constituía uno de sus no tan secretos orgullos. Un tío de ella, don Juan Ducach, era, además, profesor en la Facultad de Medicina. Por los tiempos que corrían, que un inmigrante, para más judío, formara parte de la élite intelectual universitaria no dejaba de constituir una llamativa excepción. (Años después, un joven cuñado de mi madre fue el primer egresado de la Facultad de Minería, pero, por su apellido, no conseguía ningún puesto. Hasta que se hizo oficialista, y eso atenuó los males. La educación era un terreno particularmente custodiado por la Iglesia; durante todo el período que evoco, hubo cesantías de maestros judíos, de profesores izquierdistas o simplemente no adictos al régimen. Aquellos datos, en consecuencia, resultaban más sugestivos todavía.)

Mis abuelos maternos vivían en el centro de la ciudad de Córdoba, en una casa que era mitad vivienda y mitad local de comercio, donde funcionaba una tienda que, al llegar, había sido despacho de bebidas atendido por mi bobo, mientras mi zeide andaba por el interior de la provincia correteando otras mercaderías, y luego había sido negocio de venta de ropa de campo, y luego de ropa de ciudad, o todas esas cosas a la vez.

Quiso el destino que, con mamá, visitáramos su ciudad natal hacia mediados de la primavera. Una noche, me despertaron los ruidos y los golpes callejeros, y sentimos, tapados hasta la cabeza con nuestras frazadas, cómo pasaban multitudes hasta entonces desconocidas, golpeando puertas y vidrieras y persianas, vivando el nombre de un líder, que a la sazón estaba preso. Esa noche fue, después, el 17 de octubre de 1945, conocida fecha ritual hasta hoy en el calendario justicialista. Es decir, fue (aunque yo no tuviera la menor idea entonces) la Historia, la Historia grande, la Historia con mayúsculas.

La casa de Córdoba tenía un largo corredor, permanentemente surcado por tres o más tortugas con las que yo adoraba jugar. Por la calle Santa Rosa, pasaba frecuentemente un tranvía, y al lado de la casa funcionaba, y creo que todavía existe hoy, una de las confiterías más importantes de la ciudad. De esa confitería salen aún pizzas y masas que deseo y envidia, y ese tranvía sigue pasando en mis sue-

ños, desvinculado y polvoriento, conduciendo obreros y estudiantes a barrios alejados. O quizás esté vacío, y no vaya a ningún lugar. O a lo mejor no existió nunca, y no es más que una metáfora rudimentaria que ha construido mi infancia con aquello que, para los niños, es el tiempo.

Así, los temblores crecían y se multiplicaban a mi alrededor, y yo iba creciendo entre ellos y en medio de una historia que, cada vez más, formaba parte de mi temprana intimidad. Acaso por ello, recuerdo hasta hoy con tanta nitidez aquellas voces y, entre ellas, la del agosto coronel, llamando, en un último discurso preelectoral, a dejar los arados, a romper las tranqueras, a saltar las alambradas de los campos si los patrones de las estancias no dejaban ir a votar a los campesinos. Y luego, la de aquel locutor de apellido Taquini (que todos sabíamos radical, es decir, opositor al régimen), dando, a lo largo de los días, con voz dolida y resignada, los cómputos que señalarían para siempre la entronización del peronismo en la vida nacional.

Yo iba creciendo, y también la historia iba creciendo de un modo abarcador. En nuestra imaginación, en el mundo simbólico de nuestra comunidad (nunca demasiado alejado del real), lo que había sucedido en Europa se estaba reproduciendo en nuestras latitudes, con características específicas, nacionales, con ingredientes ciertamente originales, pero también con un trasfondo de discursos, de lemas, de actitudes y de personajes locales que traían resonancias casi insostenibles. Inocultablemente, el miedo de mis padres se infiltraba en mis venas, e iba creando un mundo de clamores y temores que presidiría para siempre mi existencia.

La escolaridad trae el primer aprendizaje de mi judaísmo. Por un lado, porque curso la escuela primaria argentina a la mañana y, a la tarde, la yiddish, donde una Morah de bucles rubios me introduce, sin saberlo, en los misterios de la lengua y de la femineidad. Todo es incipiente, todo es primerizo, y es, también, precoz. Apenas puedo deletrear la a y la b castellanas en la escuela primaria. Apenas, el Aleph y el Beth en ese shule. Y apenas también, con mis cortos seis años, puedo intuir qué habrán de depararme en la vida, los ojos de las mujeres azules y sus bucles rubios.

Mi infancia, lo que cuento de la infancia que me toca vivir por esos años, aparece reflejada en uno de los relatos que más me representa, "La pasión según San Martín", donde narro cómo vivimos esos años, entre el '46 y el '55, que es el momento de la caída de Perón en manos de una autodenominada revolución "libertadora". Cuento ahí cómo me discrimina una maestra, de una manera absolutamente arbitraria, por mi judaísmo, y cómo soy defendido por una muchacha católica, hija de obreros peronistas, de la cual, naturalmente, me enamoro para siempre, y de la que sé, durante mi posterior exilio en Francia, que ha caído, casi emblemáticamente, en la lucha guerrillera que cubrió nuestro país por los '70.

Todo esto parece explicar por qué, desde que comienzo a escribir, mi mirada está puesta en la tierra de mis antepasados,

"Tengo apenas seis años, pero ya sé quién es Hitler, y quiénes Roosevelt y Montgomery. Y Churchill, y hasta Stalin. (...) Sé de la guerra, sé de los buenos y los malos, sé de la patria y la anti-patria. Lo que todavía no sé es que soy judío."

dos, en sus vivencias y experiencias. Mi primer libro de poemas, Entre la diáspora y octubre, que data de 1966, evoca justamente ese pasado de dolor y dispersión, y la utopía de una reunión feliz a la sombra de banderas de igualdad y solidaridad.

Diez años después, publico mi primera novela, Caballos por el fondo de los ojos. El texto, aquí, dialoga con muchos otros textos literarios, argentinos y extranjeros. Y fundamentalmente con uno, que se inserta en la trama y en la escritura misma. Me refiero a la novela Billar a las nueve y media, del alemán demócrata y anti nazi Heinrich Böll. Es el libro que, desde su primera aparición, lee el protagonista de mi novela, Herman, un hombre acometido por obsesiones y fijaciones que tienen mucho que ver con lo que otros que no son él, pero que están dentro de él, han padecido durante la Shoah y en los campos de concentración. Así, en un pasaje importante, el protagonista tiene una evocación infantil, en su pueblo, de un incidente con amigos goim de la escuela y del barrio: "Herman recuerda que empezaban a echarle flit por arriba de la mampara. La pieza era muy chica y estaba atestada de cajas de ginebra y caña quemada Legui. Pero en el medio, ajena, útil, había una silla como para que por lo menos estuviera sentado. La puerta era de madera, con vidrios esmerilados tras de los cuales veía mover sombras conocidas. Las prefería, con sus risas, al alejamiento. Porque cuando pasaba un rato se iban, jugaban a las cabezas, y yo permanecía encerrado esperando a que, aun entre las burlas se comunicaran de algún modo conmigo. Y lo hacían, lo hacían. Mecánicamente, con la maquinilla de flit. A Melisco se le ocurrió que ése era un laboratorio de idiomas. Querían que lo hablara. Hablá el idioma, me exigían. Yo preguntaba qué idioma y miraba estúpidamente el ojo de la cerradura para ver en qué momento ponían la llave de nuevo y comenzaban a girarla, pero no, hacían solamente el ruido. No sé en qué idioma hablar, tosía yo, insistente. Estás castigado. Lárquenlo, podía decir Oscar tocando el picaporte, sabía que no iba a ceder. Por arriba, una nubecita picante y densa bajaba hacia mí buscándome. Hasta que en cualquier momento abrían la puerta, desaparecían, me encontraba con mi salvador, el negro Chute o algún otro mozo del bar, salía, iba para casa oliéndome el flit de la camisa, y al rato todo se desvanecía como se desvanece ahora que pienso adónde andarán, a quién torturan o aman, en qué país viven, qué idiomas hablan o escuchan, y si habrán encontrado ese que perseguían con tanto ahínco mientras detrás de la mampara del de-

pósito un aprendiz de flagelado tose o reflexiona empezando a callar para que los de afuera decidan que ya basta, esta vez se le puede dar la libertad, la fiesta de la investigación ha terminado y el otro ha creído mantener su pequeña dignidad, o no tiene respuestas para lo que no sabe, ni dará lenguas, indicios, datos, nomenclaturas o códigos porque sus compañeros luchan por lo mismo que él y él se elige contra los opresores, los piratas, los del bando opuesto, carceleros". Páginas más adelante, aparece también un cuento escrito por el mismo protagonista, en el que se mezclan escenas vividas en un gimnasio del centro de la ciudad de Buenos Aires con su obsesión por los campos de concentración. Cito el pasaje más representativo: "Cerró su casillero y abandonó el vestuario. Entró a las duchas del subsuelo. Una enorme masa de vapor se dilataba hasta las puertas. En doble hilera, las duchas generosamente abiertas apagaban ruidos, conversaciones en voz alta, gemidos varoniles de cansancio, deslizamientos de jabón y agua caliente sobre los cuerpos agotados. En medio de las paredes blancas y simétricas, entre la duermevela del vapor, la ausencia de colores y el aire espeso y desquiciado, los cuerpos, hasta hacía poco contagiosos, comunicativos en las flexiones por parejas o en los deportes del salón, se ovillaban para sí, se prodigaban en espumas y masajes, se alejaban bajo el agua. Abrió la ducha y descansó. Sintió un mareo corto y graduó el agua caliente hasta que se fue entibiando. Un cuerpo es una voluntad interna. Abrió toda la ducha y recibió el baldazo. ¿Quién pensaría en los cuerpos y en los martirizados? Allí, olvidados de la vigilia y del trabajo, felices de la higiene solitaria ¿descuidarían un rato sus musculaturas para salvar un cuerpo ajeno? Podrían abrirse ahí mismo las mirillas, nadie lo advertiría. Seguirían palpándose, midiendo sus caderas y sus muslos bajo las flores de anchas bocas, observados. Detrás de las fronteras altas y blindadas, los vigilantes de desnudos y de sobrevivientes escrutarían los torsos puntiagudos, los omóplatos desvinculados, las rodillas salientes, las piernas con gangrena. Caerían unos pocos delante de los otros.../.../ Caerían unos pocos delante de los otros, harían suciedad con sus ollos, con sus nalgas fuera de la vida, con sus segmentos de pechos mal torneados, de piernas verdaderas. Nadie los vería. El líquido magnífico, el agua prodigiosa, borraría también la imagen de los acribillados por las lluvias, de los desengañados por las lluvias. Después retornaría todo a su nivel como las aguas del Arno y quedarían unos Masacrios rotos, una recopilación de cantos y lamentaciones, la puerta de una iglesia reconstruida o un museo en Dachau. Ellos continuarían maleando sus cinturas como los dioses de la piel. Los brazos no lavados, los brazos con tatuajes, darían señal del cuerpo, memoria de la lluvia. Otros seguirían regando sus jardines y sus bocas, mirando caer líricamente el agua sobre las mirillas o sobre los compactos azulejos..."

Tal vez sea por todo ello que, al referirse a mi segunda novela, *Criador de palomas*, de 1984, Edna Aizenberg la analiza desde el ángulo del "desastre", según la óptica de Maurice

Blanchot, a quien cita: "the absolute event of history...that utter burn where all history took fire, where the movement of Meaning was swallowed up... How can thought be made the keeper of the holocaust where all was lost, including guardian thought? In the mortal intensity, the fleeing silence of the countless cry". Y luego de sostener que, en la novela, "ruined words audible from the ruins, traversing the silence", Aizenberg afirma: "The rainbow and the dove (herself a survivor) thus retained the trace of a fragmented world seeking wholeness, a potential harmony amidst the ruins of a paradise lost, rather than the stamp of a primordial harmony in a paradise possessed. In *Criador de palomas*, for all the pampa quietism with its edenic overtones, this is the world which we enter, as one by one the doves do the labor of the disaster, inscribing, whit their bodies, the calamity of history and language". Finalmente, para no abundar en ejemplos personales, quiero sólo cerrar este capítulo reflexionando sobre la capacidad de la literatura para dar cuenta de lo que, no siempre conscientemente, llevamos en nosotros.

La última novela que publiqué, *Comuna Verdad*, trata de un tema que tiene que ver algo tangencialmente con la realidad, y bastante con la ficción novelesca: la construcción de una comuna utópica en los alrededores de mi pueblo natal, el Algarrobos de mis novelas, hacia los años '40. Y con la represión de que son objeto sus integrantes, en una velada o, para muchos, clara alusión a lo que significó la última dictadura militar argentina. Se cuenta ahí que la matanza fue atroz y que, inclusive, a algunos comuneros los metieron en los mismos hornos donde secaban la sal de cuya comercialización vivían.

Sólo bastante tiempo después de publicada, un crítico advirtió (y yo con él) la presencia de la palabra y del objeto "hornos" en el texto, cosa que hasta entonces a mí me había parecido muy normal en la secuencia novelesca pero que, de ningún modo, había conscientemente pensado o proyectado como reflejo imaginario de otros hornos, de otros crímenes.

Es que tan importante fue el impacto que la Shoah tuvo sobre la conciencia argentina, que son pocos los escritores que, habiéndola vivido durante esos años cuando eran muy pequeños o muy jóvenes, no hayan registrado de una u otra manera el cataclismo que representó, o que no la hayan visto tremendamente reproducida en acontecimientos nacionales que mucho se le parecieron. Recuerdo, casi al azar, el cuento de Julio Cortázar, "Las armas secretas"; el de Abelardo Castillo, "Macabeo"; algún texto de Tomás Eloy Martínez; el poema "Kultur", entre otros, de Horacio Salas; la novela *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia (para no hablar sino de autores no judíos).

El prestigioso historiador Leonardo Senkman, en un artículo sobre "La política inmigratoria argentina ante el Holocausto 1938-1945", describe con exactitud la política oficial argentina en materia de inmigración desde mediados de la década

del '30 hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, sosteniendo que hubo una continuidad en los obstáculos interpuestos a las víctimas de persecuciones políticas y religiosas, a pesar de la sucesión de gobiernos civiles y de facto, política que no se modificó ni aún cuando los aliados y, años más tarde, la República Argentina, declararon la guerra al Eje.

En el último tramo de su artículo, Senkman analiza la política migratoria argentina comparándola con la de los demás países latinoamericanos. Y, por otro lado, con la de los dominios británicos como Canadá, Australia y Sudáfrica. A pesar de todo, concluye que Argentina, si bien no promovió el ingreso de refugiados con condiciones excepcionales por sus conocimientos científicos o porque fueran poseedores de grandes capitales, como en el caso de Brasil, fue el país de América Latina que recibió mayor cantidad de asilados judíos. Entre 1938 y 1940 se dan las cifras más altas de refugiados llegados a Argentina. De ellos, un 94% son judíos. Hay que recordar que, hacia los '20, existían editoriales, 18 revistas, 6 periódicos, teatros, organizaciones políticas y sindicales judías. También es cierto que había una colonia alemana importante, que detentaba numerosas escuelas y varios cientos de clubes, la cual, a la llegada del nazismo, segregó inmediatamente a los judíos alemanes de su seno, si bien hubo alemanes democráticos nucleados en el periódico *Argentinisches Tageblatt*, y extrañas escuelas, como la Pestalozzi, que desde 1934 reunía tanto a los hijos de inmigrantes de todas las tendencias como a los maestros y profesores perseguidos por Hitler.

Cosas de similar calibre pasaron con la emigración rusa y la de otros pueblos, y hasta con los mismos judíos, que algunas veces tuvieron posiciones o actitudes encontradas respecto de la respuesta a dar al fenómeno nazi. Cuenta Diana Wang, psicoanalista y escritora, que sólo el día del atentado contra la AMIA nació como judía: inmigrante polaca, sus padres le habían ocultado su condición, adaptado el nombre de la Dvoirale polaca a una Danuta más católica, y luego a la argentina Diana, y favorecido con un apellido y una cara que la hacían pasar literalmente por "china" ante sus coterráneos. Vale aclarar que Diana es hoy una abnegada militante por los derechos humanos, y que lucha en "Memoria Activa", por el esclarecimiento de los crímenes perpetrados contra los judíos.

La historia, empero, no es sujeto de comparaciones, y lo que pudo haber pasado en Argentina, por razones tanto internas como externas, durante la Shoah y en los años que siguieron, no accede a identificarse sin más con lo que sucedió en Europa. Siempre resultan de cierta escasez intelectual aquellos análisis que rápidamente tienden a la asimilación de un fenómeno con otro. Es, me parece, una facilidad, una simpleza que no permite comprender, y aun combatir, la especificidad y la complejidad de los hechos. Por eso, pienso que de ningún modo deben asimilarse (como alguna vez hizo la izquierda) los años del peronismo a los del corporativismo fascista, y menos aún a los del na-

Cómo pintar con palabras

El lenguaje en sus posibilidades plásticas, la subversión de los códigos que encierran los signos sociales, la oposición al autoritarismo de la palabra, son sólo algunos de los temas que llaman a pensar cuando se recorren los trabajos de León Ferrari realizados en torno a las "Escrituras", entre los años 1962 y 1998. A pura tinta, papel, tela, pinceles, interrogó a la palabra en su expresión gráfica, logrando de esta manera, sembrar una intensa inquietud en el observador.

Incansable en su producción plástica, este hombre nacido en 1920 en Italia, por razones políticas dejó el país en 1976 y se radicó en San Pablo, Brasil. Retomó la escultura metálica y realizó experiencias con fotocopias, arte postal, litografía, video texto y libro de artista.

Ya en la democracia, retomó el tema político religioso con collages que suma la iconografía católica a imágenes contemporáneas. En 1995, fue el autor de los collages que ilustraron la versión del *Nunca Más* editada por *Página 12*, donde se ocupa del rol de la jerarquía eclesiástica durante la dictadura militar deconstruyendo —una vez más— el discurso oficial de diarios y revistas para crear otro discurso en el que aparece, con humor, una mirada ácida sobre las complicidades y las identidades que respaldaron a la dictadura. En las palabras del reconocido Noé Jitrik, Ferrari pone en juego la idea de que "eso que llamamos Dios es una ausencia y que su lugar está ocupado por inquisición, dictadura, desaparición, exterminio, nuevos dioses que se disfrazan de aquél".

Así como durante la Guerra de Vietnam presentó cuatro obras al Premio Di Tella 65, que criticaban la agresión norteamericana, durante la reciente contienda contra Irán, fueron sus envíos electrónicos los que impusieron su impronta en el espacio virtual de una amplia red de observadores. Allí el polémico Ferrari sembró una maqueta de la Casa Blanca con cucarachas, dejó al descubierto el verdadero rostro de Bush y se impuso el arduo trabajo de sintetizar en sus *Electronicarte*, la verdad sobre la guerra.

En marzo pasado, fue uno de los artistas que, convocados por la Comisión por la Memoria, donó obras para el conformar el patrimonio permanente del recientemente creado Museo de Arte y Memoria de La Plata.



zismo, sin que ello signifique ignorar rasgos comunes, como los hay entre tantos fenómenos y épocas.

Pero eso es lo que sucede en lo que llamaríamos la concreta realidad, que no se presta a manipulaciones ni a rápidas comparaciones. Ahora bien: también lo simbólico, lo imaginario, forman parte de la realidad. Y este segmento de "lo real" se conforma, en buena parte, con el miedo, con las transposiciones, con las comparaciones, a veces fantasmáticas. Muchos elementos del peronismo (algunos, inclusive, absolutamente originales e intransferibles) eran sentidos por nosotros como adaptaciones argentinas de males europeos. Fuimos muy celosos frente a gestos y palabras y, algunas veces con razón, extremadamente desconfiados, vigilantes. Ello hizo que viviéramos como sometidos a un estado de cosas que, no obstante definirse por sus rasgos absolutamente argentinos, para nosotros se parecía, insoportablemente, a otros fenómenos. Una historia de pogroms nativos, de entidades como la Liga Patriótica y la Legión Cívica, de arrestos a judíos de izquierda, de militancia y simpatías antisemitas de muchos compatriotas, a la que se sumaban algunos ingredientes actuales, agregaba, sin mucho esfuerzo, pertinencia a las sospechas. Así, por ejemplo, el hecho indudable de que Argentina resultara un cómodo y hospitalario refugio para criminales de guerra alemanes y de otros países europeos, o que hubiese sido cuna de organizaciones "civiles", como la Alianza Libertadora Nacionalista, entrenada en muchos casos por ustachis protegidos por el régimen, y cuyos humanitarios miembros entonaban: "Sangre a chorros correrá / de los hijos de Israel, / y de arriba sonreirá / nuestro padre Juan Manuel" (por el dictador del siglo XIX, Juan Manuel de Rosas).

Desde este punto de vista, no es casual que tiempo más tarde se encuentre aquí a Eichmann, o que hayamos sido el primer escenario en América para los feroces atentados terroristas que anticiparon el del 11 de setiembre: el ataque a la Embajada de Israel en 1992, y el atentado contra la AMIA, el 18 de julio de 1994, agresiones poco concebibles sin una complicidad importante de aparatos o de fuerzas estatales, y ataques cuyos autores directos e indirectos, bueno es recordarlo, no han sido condenados hasta hoy.

Todo ello ilumina con nueva luz, sin duda, el clima en el que vivíamos los que éramos todavía niños cuando el imperio del nazismo: una Argentina sacudida por sus propios movimientos, a los cuales agregábamos los que venían de nuestra historia judía, del interior de nuestras casas y de nuestras familias. Como después de un terremoto, los estremecimientos se difundían hacia nuestras latitudes, y aquí estábamos nosotros, supuestamente lejos del centro de los acontecimientos, recibiendo sin embargo violentos remezones de la Shoah, en el final de los '40. Esas conmociones entraban en nuestras cabezas, formaban ya parte de nosotros, y no nos abandonarían mientras viviéramos.

Doy, sin duda, una versión muy personal y muy parcial de

las vivencias de la Shoah en Argentina. Ella debe necesariamente integrarse con la de muchos otros que, desde otras edades y desde otros lugares del país, con similar o con distinta óptica, sufrieron por igual aquellos años. Leo, al respecto, un inapreciable testimonio de un inapreciable maestro, José A. Itzigsohn, que relata la situación en las antiguas colonias de Entre Ríos, tomándola desde varios años antes que yo, con numerosos matices que a mí se me escapaban, y que pone también de manifiesto cómo los judíos se habían ganado con mucha honra la enemistad de los sectores reaccionarios por su actividad en las alas progresistas de la sociedad, por su participación como voluntarios en la guerra civil española y aun en la Segunda Guerra Mundial.

No ignoro que debe haber cientos de testimonios igualmente enriquecedores, diversos, policromos, que sólo la memoria colectiva puede rescatar completamente, y en ese sentido pienso mi testimonio, como una contribución más a ese trabajo fraternal.

La historia, decía, no es sujeto de comparaciones. Pero a veces hay fenómenos que parecen repetirse como en espejos deformados, por no decir deformes. Por mil y un motivos que no es el momento de dilucidar (pero que, indudablemente, deben tener mucho que ver con nuestra formación como nación), todo se dispuso una vez más en esta tierra para que aquí imperara, varias décadas después, un cataclismo de características bastante similares a las de los fascismos europeos: la última dictadura militar. Lo que algún historiador llamó ya para siempre "el pasado que no pasa", volvía obsesivamente a enseñorearse en nuestro país, y tuvimos que revivir experiencias lamentables que han dejado su huella muy profunda, hasta hoy y quién sabe por cuántas generaciones, en la sociedad argentina. Ser judío, en aquel contexto, si bien no era la causa primera de las persecuciones, constituía un agravante que los represores no dejaron de subrayar en toda circunstancia. Y no sólo por eso revivimos viejas injurias, sino por todas las consecuencias del devastador fenómeno: muchos debimos emigrar; otros, los menos afortunados, debieron pasar a vivir bajo las catacumbas; se reprimió salvajemente toda expresión civil; la voz "cultura" volvió ser una palabra altamente peligrosa; el pensamiento mismo vivió bajo amenaza.

En tales condiciones, fue casi natural que muchos intelectuales y escritores que hasta entonces habían sentido tenuemente su judaísmo lo redescubrieran, y que otros lo acrecentáramos: la persecución física y mental, o el destierro, evocaban otros ghettos, otras diásporas. Y en más de una ocasión, en el exilio interior o en el del extranjero, levantamos tristemente nuestras copas repitiendo el milenario buen augurio, "el año próximo en Jerusalem".

Mario Goloboff es escritor y profesor de la Universidad Nacional de La Plata. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas.

La muerte de Alfredo Bravo

Al maestro, con cariño

por Diego Díaz



Alfredo Bravo, fallecido en la madrugada del pasado 26 de mayo, fue un hombre que dejó una marca imborrable en la lucha por los derechos humanos de nuestro país. Quienes lo conocieron siempre recordarán su inquebrantable compromiso de este hombre que desde el 2002 era el titular del Partido Socialista.

El maestro. Esa es la imagen que perdura en la memoria de todos los que tuvieron la suerte de conocer a Alfredo Bravo. Es que sólo la muerte pudo con su profunda vocación de enseñar a quienes lo rodearon. Pero también su compromiso ineludible con la defensa de los derechos humanos es el legado inolvidable de un hombre que hizo de esta lucha el eje de su vida.

"Por sobre todas las cosas, era un maestro, esa es exactamente la palabra para recordarlo. Se preocupaba por estudiar y transmitir todo lo que sabía, pero además tenía la capacidad de accionar para lograr que se hiciera realidad todo lo que él pensaba y enseñaba. Por sobre todas las cosas, era una persona muy pasional", recuerda Adelina de Alaye, Madre de Plaza de Mayo de La Plata.

Cuando Alfredo Bravo falleció en la madrugada del pasado 26 de mayo, tenía 78 años y desde el año 2002 era el titular del Partido Socialista. Había nacido el 30 de abril de 1925, en Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos y tempranamente, con tan sólo 18 años, comenzó a ejercer la docencia en una escuela rural del Chaco Santafecino.

Años después se trasladaba a Buenos Aires, donde desarrolló una importante actividad gremial con el objetivo fundamental de unificar a los organismos que nucleaban a los docentes. El producto de esta lucha tuvo sus frutos en 1973, cuando se fundó la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA).

Compañera de lucha y amiga de Bravo, Adelina de Alaye recuerda cómo lo conoció por esa época: "Fue en la primavera del 74 y hubo una marcha en la Plaza Moreno de La Plata, organizada por la Confederación de Trabajadores de la Educación a causa de un conflicto docente. Y ahí lo vimos: un señor alto, que caminaba entre la gente, con un traje verde oscuro. Nadie lo conocía, pero ya notábamos que había algo en él, algo que lo hacía trascender, que iba más allá de él." Cuando en 1975 comenzaron las primeras reuniones que dieron lugar a la creación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Bravo estuvo presente, y apoyó la iniciativa desde el comienzo (ver la historia de este organismo publicada en este número de *Puentes*). "Alfredo representaba en el ámbito político y educacional una fuerza muy grande. Y en ese sentido fue uno de los pilares de la Asamblea porque sabíamos que podíamos contar con él incondicionalmente", rememora José Miguez Bonino, otro de los fundadores del organismo.

Al hombre de lucha y trabajo se sumó además el interés y el compromiso por la vigencia de los derechos humanos. De esta forma, Alfredo Bravo daba pelea en todos los frentes: la política, el sindicalismo y los organismos que empezaban a denunciar los crímenes del terrorismo de Estado.

Fue en 1977 cuando sufrió uno de los golpes más duros de su vida: el Gobierno militar lo secuestró, arrancándolo de la escuela donde daba clases para subirlo a un Renault 4 que lo trasladó a la ciudad de La Plata. "Me dijeron que me citaba el Ministro del Interior, y yo les pregunté si podía ser más tarde, después de dar clases. Pero enseguida comprobé

que el portero y el director habían sido golpeados", recordaría en abril de 2001 cuando declaró ante la Cámara Federal de La Plata en el Juicio por la Verdad.

En esta oportunidad, Bravo pudo reconocer —por medio de planos que le mostró la Cámara Federal—, los centros donde estuvo secuestrado: la Brigada de Investigaciones y el Destacamento de Arana. Además, habló de las torturas a las que fue sometido y señaló a los represores Ramón Camps y Miguel Etchecolatz como los encargados de los interrogatorios.

Como consecuencia de la campaña nacional e internacional que pidió por su vida, el 21 de septiembre de 1977 de Alfredo Bravo fue trasladado a una cárcel común y, en junio de 1978, a su domicilio particular con libertad vigilada.

"Alfredo fue una persona que no vaciló ante ningún peligro. A tal punto que cuando le dieron la prisión domiciliaria, su casa se transformó en una especie de sucursal de la Asamblea. Nosotros lo íbamos a visitar con cuidado, para no perjudicarlo más. Pero él nos hubiera recibido a todos juntos. Era una persona que estaba dispuesta a ofrecerlo todo con cualquier consecuencia que pudiera tener", señala Miguez Bonino.

Coincidiendo con este testimonio, Graciela Fernández Meijide, quien tuvo gran participación en los primeros años del organismo, asegura: "Alfredo era el tipo que iba primero en cualquier línea, al frente. Cuando lo liberaron y la familia le pidió que no siguiera, en él primó el sentido de la ética."

Después del 83, con la democracia, Bravo abandonó el lugar que ocupaba como Secretario General de CTERA y fue designado Subsecretario de Actividad Profesional Docente en el Ministerio de Educación. Allí trabajó, por la incorporación del tema de la defensa de los derechos humanos a la currícula docente, entre otras cuestiones. Debido a la sanción de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, en 1987, decidió finalizar su gestión dentro del gobierno de Raúl Alfonsín, manifestando su profundo descontento y repudio. "Para Alfredo, la defensa de la verdad, la justicia y los derechos humanos eran ideales no negociables. Era un hombre íntegro que no estaba dispuesto a dejar de lado sus ideales frente al poder", comenta Aldo Etchegoyen.

En su carrera política, dedicada a la militancia activa dentro del Partido Socialista, también alcanzó importantes reconocimientos. En 1991 fue elegido diputado nacional y reelecto en 1996. Su labor en la legislatura reconoce más de 200 proyectos de contenido social, fundamentalmente destinados a la defensa de los derechos humanos y la educación pública. El 14 de octubre de 2001 fue electo Senador Nacional por el ARI, en la Capital Federal. El resultado final de las elecciones fue cuestionado por Gustavo Béliz, dirigente del Frente por un Nuevo País, que disputaba su banca. Días después de su fallecimiento, la justicia le otorgó la banca a Béliz. Las ceremonias que suscitó su fallecimiento dan cuenta de que Alfredo Bravo, el maestro, era uno de los hombres más valiosos que tuvo la lucha por los derechos humanos en la Argentina.



Adiós al amigo

por Hugo Cañón

Bravo: "genio áspero", "temperamento difícil". Pero también audaz, animoso, esforzado. No sólo lo dice el diccionario, sino también el reflejo del apellido en el espejo de su vida. Nos conocimos en un café de Lavalle y Libertad. Era la época del juicio a los ex-comandantes de la dictadura militar. Desde entonces, hasta el último encuentro en mi despacho de Bahía Blanca, el 19 de marzo de este año (única visita fuera de su agenda política), conocí y admiré a este maestro de la vida, a este hombre de principios. Su llamado telefónico a mi casa, diez días antes de su muerte, fue el diálogo inconsciente de nuestra despedida.

Es mi último referente de la "vieja guardia" que acaba de partir. Fue uno de aquellos hombres sabios que sembraron nuestro camino unos veinte o veinticinco años previos al andar elegido y que luego —en paralelo— nos enseñaron y acompañaron. Antes se fueron Omar Roberto Ozafrain -ese querido juez republicano que en La Plata me enseñó cómo la ley se puede aplicar al más poderoso y que el poder sólo merece reconocimiento cuando sirve a la Justicia-, y don Jaime de Neves -mentor en la escuela primaria y permanente ejemplo de coherencia entre la prédica evangélica y la forma de obrar en la vida-.

Alfredo estaba muy indignado por el manoseo interminable que le negaba el cargo de Senador que el pueblo de la Ciudad de Buenos Aires le había conferido. Pese al impecable dictamen del Procurador General de la Nación, todo se postergaba, todo se enredaba laberínticamente. Y me dijo: "Claro, el reclamante y el Opus Dei quieren quedarse con la banca," comentando pícaramente: "La Iglesia nunca quiso a mi familia porque eran panaderos y según ellos los panaderos eran todos anarquistas". Y agregaba con un dedo

levantado y una mueca sonriente: "¡Y tenían razón!. Si no ¿de dónde creés que salió el nombre de las facturas: 'suspiro de monjas', 'vigilante', 'bolas de fraile', 'sacramento'...?". Ese 19 de marzo le conté que en la década del '60, un profesor de las Prácticas Penales de la Facultad de Derecho de La Plata, llevó a sus alumnos a una Comisaría del Gran Buenos Aires, y el Comisario -el más joven de aquella época- le mostró a los alumnos una picana eléctrica. El comisario era Miguel O. Etchecolatz.

Por eso coincidíamos con Bravo en que el plan criminal de la dictadura comenzó a aplicarse el 24 de marzo del '76, pero la preparación del mismo, como la formación de sus ejecutores, comenzó muchos años antes.

Me invitó a compartir su cumpleaños 78, a fines de abril. Lamento que a veces no sepamos dar prioridades y que una supuesta "obligación" tenga tanta estúpida fuerza como para postergar profundos encuentros afectivos. Hoy ya no está para compartir el festejo.

Pocos días separan nuestras fechas de cumpleaños. Ambos, como también mi madre, somos del primer decanato de Tauro. A propósito de esta coincidencia, le comentaba a Alfredo que cuando le remarco a mi madre lo "porfiados" que somos los tauros -según los perfiles zodiacales- ella me responde: "¡Bueno chel, seremos cabeza dura, pero de buen corazón".

No creo mucho en la astrología, pero sí en el buen corazón de este cascarrabias. Y como el recuerdo es una forma de encuentro, seguramente al evocarlo seguiremos encontrándonos con ese amigo de buen corazón, que con sus gestos hondamente humanos se quedó para siempre entre nosotros.

“Las leyes de seguridad bonaerense promueven el deterioro de la Justicia”

Para aprender del pasado

Este es el documento que el pasado 17 de julio le presentó la Comisión por la Memoria al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, para rechazar las medidas adoptadas en materia de seguridad durante su gestión.

“La Comisión Provincial por la Memoria quiere expresar con total claridad su oposición a las medidas adoptadas por el gobierno provincial en materia de seguridad por considerarlas inconstitucionales y violatorias del estado de derecho, y porque no contribuyen a mejorar la seguridad y promueven el deterioro de la Justicia y las instituciones.

Entretanto, es necesidad cambios urgentes y profundos que hagan viables a las instituciones provinciales ligadas a la prevención y represión de los delitos de diversa índole y, a la vez, contribuyan a la protección de los derechos constitucionales de todos los habitantes del Estado y al cumplimiento de los pactos internacionales incorporados a la Constitución, cuya inobservancia compromete la responsabilidad internacional de la República.

Esta Comisión, se encuentra segura de que sería inútil acrecentar la memoria del pasado terrorismo de Estado si no se extrae de él la lección de que las emergencias no pueden enfrentarse sacrificando los principios básicos del Estado de Derecho, y apelamos a los poderes públicos para que, convencidos de su responsabilidad, rectifiquen el rumbo negativo en que se han ubicado.

Las normas inconstitucionales sancionadas recientemente han sido la respuesta dada por el gobierno de la provincia a los episodios demostrativos de la alarma colectiva causada por los delitos de directa violencia callejera y domiciliaria, y los secuestros que registra la prensa oral, escrita y televisiva. Las razones por las cuales tales delitos se dan con esta frecuencia y características tiene diversos orígenes. Sin duda, la fractura social provocada por la pauperización de la mayoría de la sociedad, frente a un enriquecimiento concentrado en pequeños grupos de poder, muestra aquí sus consecuencias más fuertes sobre la sociedad toda, pues nuestro país se ha transformado en una fábrica de indigentes y la circulación social se da hacia abajo. Si esta tendencia negativa no se detiene, mediante cambios de fondo en la distribución de la riqueza, y por la reforma de la mentalidad y la ética colectiva, las viejas y nuevas formas de violencia creciente y extendida contra la vida y la propiedad no retrocederá substancialmente. Sumado a esto, una razón

histórica y sistémica: la impunidad instalada fuertemente dentro del estado y la cultura de grandes sectores.

Diferentes gestiones políticas sostuvieron acuerdos que fueron la base de connivencias delictivas existentes y denunciadas entre la policía y el poder político.

Además, no debemos olvidar que existe otra delincuencia, practicada por grupos de poder económico, que atenta permanentemente contra la vida, la integridad, salud, educación y progreso de la generalidad de los habitantes del país e impide la mejora de la situación.

Con lo expresado no queremos decir que no deban implementarse con energía políticas de mejoramiento de los medios de vigilancia tendientes a prevenir la comisión de delitos de violencia callejera y domiciliaria y los secuestros. Entre estos medios se encuentra la mayor presencia policial en la calle, más patrullaje, movilidad eficaz para las fuerzas de seguridad. Pero lo que nunca puede hacerse es violentar el artículo 19 de la Constitución nacional sometiendo a procedimientos de control vejatorios e indiscriminados a los ciudadanos, que pasan a estar en situación de libertad vigilada, amparándose en una norma introducida en la gestión del ex gobernador Carlos Ruckauf.

¿Puede aceptar este gobierno democrático ofrecer imágenes que traen inevitablemente a la memoria los procedimientos de la dictadura militar?

Por otra parte, la capacidad del sistema penal, en sus distintos componentes (jueces, Ministerio Público, policía, institutos penitenciarios) aparece desbordada. Según los datos de fuente oficial de que disponemos, en febrero de 2000 había un total de 15.000 personas detenidas en la provincia y ahora existen más de 20.700 en unidades penitenciarias y casi 7.000 alojados en comisarias, en muchos casos en condiciones inhumanas.

El costo del delito en los términos que es asumido hoy por el gobierno provincial, esencialmente volcado a la represión de las conductas y obviando las instancias preventivas es muy alto en términos sociales, pero también en los económicos. Así, el costo mensual de un detenido en las unidades penitenciarias de la provincia es de aproximadamente \$1.000, o

sean más de \$20.000.000 mensuales. Los costos de nuevos establecimientos carcelarios son muy altos y resulta obvio que, ante la proliferación de la delincuencia juvenil, los recursos debieran volcarse a prevenirla mediante la contención cultural, social, educativa y religiosa de los jóvenes en peligro. Tengamos en cuenta, además, que las condiciones de alojamiento constituyen en muchos casos tratos crueles, inhumanos y degradantes, y que también existe un número considerable de casos comprobados de tortura.

La situación de la policía administrativa, la única que existe, se caracteriza por la presencia de núcleos de fuerte corrupción y por la desconfianza generalizada sobre el organismo, que seguramente tiene los suficientes miembros sanos y honorables como para servir de base a la limpieza y reforma necesarias, si la conducción política atina con las medidas adecuadas. Para ello es necesario tomar conciencia de que la policía es considerada como uno de los mayores factores criminógenos, por obra de funcionarios propensos al gatillo fácil, la tortura, la manipulación de procesos judiciales, la asociación o la pasividad con el delito y otros.

Las medidas en concreto adoptadas por el ejecutivo y convalidadas sobre tablas por la legislatura han sido esencialmente permitir a los fiscales, que son órganos pero no dueños de la investigación preliminar, realizar actos que sólo corresponden a los jueces.

Así, pueden disponer por sí allanamientos, registros, requisas personales, secuestros e interceptación de correspondencia, notificándolo a los Jueces de Garantías o a los Jueces de Paz —cuya jurisdicción se amplía enormemente— y entendiéndose que, si en 48 hs. los magistrados no han proveído las medidas de los fiscales, se reputan aprobadas. En materia de allanamiento domiciliario y de interceptación de las comunicaciones, estas nuevas normas contradicen abiertamente el texto expreso de los arts. 12, inc. 5° y 24 de la Constitución provincial que obligan ante estos casos a la intervención del juez. Asimismo, las órdenes judiciales deben ser previas, y no convalidaciones a posteriori.

Debe subrayarse que este acrecentamiento casi ilimitado de facultades del fiscal se produce dentro de una realidad institucional en la que dichos funcionarios carecen de personal propio y son asistidos en sus oficinas por empleados policiales. De esta forma, la realidad produce una transferencia de facultades propias de los jueces a una policía que contiene sectores obviamente no dignos de confianza.

Párrafo aparte merece el despropósito constitucional de que se pretenda modificar por vía de decreto de emergencia normas procesales penales trascendentes—algunas de naturaleza federal— que afectan la vida ordinaria de todos los habitantes. A la vez, creemos que deben señalarse algunas medidas que juzgamos que contribuyen a mejorar el perfil institucional del Estado y su eficiencia en los campos mencionados teniendo en cuenta que es esencial la lucha contra una corrupción ramificada y encarar una profunda reforma poli-

cial. Como ejemplo, y sin querer agotar el catálogo de posibles medidas señalemos una serie de soluciones pendientes desde hace mucho tiempo, y algunas nuevas, que a nuestro juicio, de ejecutarse, podría cambiar la faz del Estado en nuestra provincia.

Dichas medidas son las siguientes:

I. Aumento del personal judicial de las fiscalías, cuyas facultades deberán ser iguales a las del presente, excepto que no podrán recibir declaración a los imputados.

II. Aumento sustancial del número de jueces de garantía en los grandes centros urbanos. Asimismo, incorporar en planta permanente a personal contratado y meritorio que trabaja gratuitamente.

III. Dando cumplimiento a lo establecido en el art 166 de la Constitución de la Provincia, establecer de inmediato la policía judicial dependiendo la misma, por el momento, de una comisión formada por dos ministros de la Corte, y el Procurador General.

IV. Descentralización de la policía administrativa, poniéndola en cada municipio bajo dependencia de la municipalidad respectiva, bajo la coordinación del ministerio de seguridad. Prohibición absoluta de que los integrantes de la policía administrativa actúen como auxiliares directos en las unidades fiscales.

V. Sanción inmediata de la ley sobre autonomía del Ministerio Público de la Defensa.

VI. Sanción inmediata de una ley sobre el Registro Provincial de detenidos a cargo de la Suprema Corte de Justicia.

VII. Instalación de la justicia contencioso administrativa.

VIII. Inmediata implementación de los foros de control ciudadano para vigilar la actuación de la policía.

IX. Urgente reglamentación del "habeas hábeas" en sentido compatible con la Constitución provincial y nacional.

X. Creación, dentro del Ministerio Público, de una fiscalía autónoma, de investigaciones administrativas, dotada de la mayor amplitud de facultades para investigar los delitos contra la administración pública.

XI. Creación por ley de la provincia de una mesa de trabajo integrada, bajo la coordinación de la Secretaría de Derechos Humanos, por representantes de los organismos de Derechos Humanos de la provincia, la Comisión de la Memoria, la Suprema Corte, el Ministerio Público Fiscal, el Ministerio Público de la Defensa y los Ministerios de Justicia y Seguridad, a fin de que produzcan la información estadística y de campo para determinar políticas penales y penitenciarias en la provincia.

XII. Disposición sobre medidas para el desarme de la población civil, como contribución para bajar los niveles de violencia social, potenciados por la portación de armas de fuego.

XIII. Establecimiento por ley del Banco de Datos sobre la Tortura a cargo del Ministerio Público de la Defensa.

XIV. Establecimiento inmediato del Defensor del Pueblo creado por el art. 55 de la Constitución Provincial.

Comisión Provincial por la Memoria

Museo de Arte y Memoria

Con obras de los artistas Carlos Alonso, Ricardo Carpani, Luis Felipe Noé, Adolfo Nigro, Juan Carlos Romero, Horacio Zabala y Diana Dowek, el Museo de Arte y Memoria dejó inaugurada una muestra permanente donde se exhibe parte de su patrimonio. "El ejercicio de una memoria crítica involucra a todos los actores sociales. También a los artistas que desde el lenguaje del arte continúan interpelando el pasado y reflexionando sobre el presente", señaló Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz durante el acto de inauguración. Confluyen en la muestra miradas distintas y singulares sobre la experiencia del autoritarismo, la violencia y el terrorismo de estado. De Carpani se exponen tres trabajos, "Memoria", "Felipe Vallese: segundo aniversario del compañero" y "Conciencia". Nigro por su parte eligió tres obras de la serie "Madres" y Noé dos obras, "Historieta argentina" y "Aquí no pasó nada"; Dowek optó por su acrílico "No olvidar, no perdonar", Juan Carlos Romero, por un díptico en técnica digital que tituló "Cruel I y II" y Horacio Zabala, "Información-ficción" y "Mancha de aceite". Alonso seleccionó 15 obras de su serie "Manos Anónimas", y cedió en usufructo la serie completa al Museo de Arte y Memoria.

El Museo inició también un servicio de visitas guiadas para las escuelas —se está elaborando con la Dirección de Escuelas una propuesta que permita incorporar a escuelas de toda la provincia al esquema de visitas— y el público en general, y abrió su espacio a diversas actividades de extensión, cursos, conferencias y entrevistas públicas. Para obtener información, solicitar visitas guiadas o realizar consultas sobre la programación del Museo (Calle 9 N° 984) comunicarse a los teléfonos: (0221) 4831737 o 4891132, por correo electrónico a cmemoria@netverk.com.ar, o bien consultar la página web de la Comisión: www.comisionporlamemoria.org.

Ciclo de Cine y dictadura

Todos los viernes de julio, agosto y setiembre, en el Auditorium de la Comisión por la Memoria, se realizará este ciclo que pretende ofrecer una aproximación a la producción cinematográfica que revisa lo ocurrido en Argentina durante la última dictadura militar. Los realizadores aportaron nuevas miradas que han interrogado no sólo lo sucedido luego del golpe del 76, sino también la cultura revolucionaria de los años 60 y 70 y los nuevos movimientos sociales surgidos desde diciembre de 2001. Los títulos incluidos en este ciclo aspiran a ofrecer un relevamiento de esa reciente producción. Agrupados en tres ejes temáticos (Otras miradas, Contrapuntos y Cine Militante) la ficción se alterna con el documental, y los jóvenes realizadores conviven con los protagonistas de los años de plomo. Se trata de películas recientes que propician la reflexión sobre el pasado y el presente, sobre lo dicho y lo no dicho, sobre los silencios, los traumas y las luchas.

Se proyectarán "Contra Site", de Danielle Incalcaterra; "Kamchatka", de Marcelo Piñeyro; "Hijos", de Marco Bechis; "Sol de noche", de Pablo Milstein y Norberto Ludín. En agosto, llegará el eje Contrapuntos, con los siguientes films: "En ausencia", de Lucía Cedrón y "Operación Masacre", de Jorge Cedrón; "Papa Iván", de María Inés Roqué; "Memoria obstinada", de Patricio Guzmán; "Ni olvido, ni perdón", de R. Gleyzer, y "Trelew", de Mariana Arruti; "H.I.J.O.S", de Carmen Guarini. Por último, en setiembre, el eje Cine militante, centrado en el documental político, da cuenta de los conflictos sociales y de las luchas de los movimientos populares. Se verán las películas: "Raymundo", de Ernesto Ardito y Vírna Molina; "Imágenes de una dictadura", de Patricio Henríquez (Chile); "Diablo, familia y propiedad", de Fernando Krichmar; y "Piqueteras", de Malena Bystrowicz y Verónica Mastrosimone.

Formación docente

Se iniciaron en junio los cursos de formación docente en Berazategui (dictados por Sandra Raggio y Carlos Gassmann), y en agosto proseguirán en San Nicolás y Chacabuco. Por otra parte, se presentaron ante la Dirección General de Escuelas dos nuevos proyectos de cursos: sobre arte y memoria, y sobre historia y memoria de la última dictadura militar.

"Cuando el Estado no respeta la ley. La desaparición forzada de personas durante la última dictadura militar." Con este nombre se realizarán unas jornadas de formación, debate y reflexión orientadas a resaltar la importancia de que el Estado funde su gobierno respetando la Constitución, analizar la relación entre las garantías individuales y los derechos colectivos, y examinar la responsabilidad social en experiencias límite. Las actividades, destinadas a alumnos y docentes del nivel polimodal, comprenderán conferencias de un miembro de la Comisión, talleres para docentes y alumnos, y cine debate. La modalidad de la Jornada consistirá en convocar a las escuelas de una región en uno de los distritos. El 29 de agosto (en coincidencia con el día internacional del detenido-desaparecido) serán en la Región VIII: sede Chacabuco o Junín. Y el 15 de septiembre (recordando "la noche de los lápices"), en la Región XIV: sede Bahía Blanca.

Encuentro de docentes del Cono Sur

En torno al eje general de "Los desafíos de la educación frente a la enseñanza del pasado reciente signado por las experiencias dictatoriales", este Encuentro, que tendrá lugar el 30 y el 31 de octubre — conmemorando los 20 años de la reinstauración de la democracia en Argentina — se propone abordar la dimensión regional de la implantación de los regímenes militares y los distintos modos de dar cuenta de este fenómeno en la enseñanza, y, a la vez, generar una situación de intercambio a través de la puesta en común de las diferentes experiencias educativas en los distintos países (política educativa oficial, currícula, situación docente, posibilidades y limitaciones de los distintos diseños de institución escolar para tratar el tema). El debate apunta a pensar el despliegue de políticas comunes para incidir en las políticas de los estados y desarrollar experiencias educativas concretas.

Biblioteca

Debido a la demanda creciente en nuestra biblioteca, se habilitó una sala de lectura lo que permitirá contar con mayor espacio para las consultas bibliográficas. La biblioteca puede visitarse, como siempre, los lunes, martes y jueves de 9.30 a 15.30 hs., y los miércoles y viernes, de 13 a 17 hs. O bien efectuar consultas on-line en nuestra página web. Se reciben también preguntas sobre materiales y servicios en el e-mail: cmemoria@speedy.com.ar.

En el número anterior de Puentes, dentro del artículo sobre el Programa Jóvenes y Memoria, no incluimos el trabajo del Instituto Santa Marta, de Colón.

Con el título "Que el miedo quede en el olvido, recordamos en busca de la verdad", el proyecto se propuso indagar sobre algunos hechos ocurridos en la ciudad de Colón durante 1976-1983. Con la idea de construir la memoria colectiva y para transmitirla a las nuevas generaciones, se realizaron dos producciones: un mural que expresa la censura, la represión y la violación de los derechos humanos durante la última dictadura militar, que se hizo en la pared principal del anfiteatro municipal "El patio del Artista"; y un periódico local en el que se incluyeron testimonios de protagonistas y fotografías de la época.

Biblioteca



La otra juvenilia. Santiago Garaño y Werner Pertot. Editorial Biblos.

Contrafaz de las "correrías" que relataba Miguel

Cané en su Juvenilia publicada en 1882, el libro de Garaño y Pertot aborda en cambio la historia de la militancia y la represión en el Colegio Nacional Buenos Aires entre 1971 y 1986. La trama se concentra especialmente en ciertos momentos emblemáticos: el cuerpo de delegados que en 1973 generó espacios de debate para discutir de igual a igual con los profesores; la ocupación del colegio luego de la muerte de Juan Domingo Perón; el velatorio de Eduardo Bekerman, asesinado por la triple A; la disciplina marcial a la que se sometió el alumnado durante los años de dictadura. Y, sobre todo, los 105 alumnos que fueron blanco de la represión ilegal.



Morir en París. Carlos Tobal. Libris.

Tobal construye esta novela bajo la forma de un relato epistolar

escrito por un estudiante de derecho preso durante la dictadura de Juan Carlos Onganía.

La trama le sirve entonces de excusa para indagar, desde la intimidad, a quienes habrían de sufrir después la represión inaugurada el 24 de marzo de 1976 y para recrear el tiempo previo al golpe: ¿qué soñaban los argentinos antes de la dictadura de

Videla? ¿Qué proceso desencadenó Onganía? ¿Cuál es la diferencia entre un exiliado y un inmigrante? ¿Cómo jugaban sus cartas los empresarios de la Argentina Feliz?

"En este libro el pasado está tan magistralmente contado que la sensación de vivirlo llega a deslumbrar. Pero cuando ese presente se transforma en una memoria del futuro, o sea que nos hace recordar cosas todavía no sucedidas, nos damos cuenta de que Carlos Tobal posee una peligrosa inteligencia", observa Dalmiro Sáenz en la contratapa.



La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón. Uki Goñi. Paidós.

A mitad de camino entre la historiografía y el periodismo de investigación, el autor estudia y rastrea las pistas sobre el pasado "nazi" en Argentina. Es decir, el modo en que, después de la Segunda Guerra Mundial, se facilitó desde el país la fuga de criminales de guerra. Apelando a documentación desconocida hasta el momento,

Goñi establece un vínculo con la dictadura de 1976-1983 y con el presente, y asegura que las claves sobre "ese pasado horror del exterminio en masa, y de la corrupción galopante, pueden encontrarse en el (aún negado) cierre de las fronteras argentinas para los judíos al principio del Holocausto y en la cálida acogida que se dispensó a los nazis poco después".



La dictadura militar. 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática. Marcos Novaro y Vicente Palermo.

Paidós.

El noveno tomo de la colección de Historia Argentina que dirige Tulio Halperin Donghi estudia el período más complejo y oscuro de la historia nacional: el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

En este sentido, Novaro y Palermo exploran la violencia política, la crisis institucional, el terrorismo de Estado y el descalabro económico, cuyas consecuencias son perceptibles aún en la Argentina actual.

A los testimonios directos de los protagonistas, los autores agregan una vasta documentación de época, materiales periodísticos y bibliografía. Con ello, analizan minuciosamente la vida política y cotidiana del país durante la dictadura, los planes económicos, la lucha por los derechos humanos, el conflicto del Beagle, la guerra de Malvinas, y la transición al orden democrático, integrando el período en el flujo de la historia argentina. Como hace notar Halperin Donghi en la introducción: "la encrucijada que afronta hoy la experiencia democrática nacida de las ruinas del Proceso obliga a mirar esa experiencia con ojos nuevos, permite columbrar mejor todo lo que en una solución política que se definía sobre todo a partir de su oposición con la que la precedió continuaba sin embargo a ésta".